Varios autores

http://www.letralia.com/ed_let/16

Editorial Letralia
letralia.com/ed_let

Colección **Especiales**
Internet, mayo de 2012

Editorial Letralia
letralia.com/ed_let

Escribir es un arte
pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia,** un espacio virtual para la edición electrónica.
La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos.* Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño. La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa
con toda la fuerza de sus letras.

Presentación

Jorge Gómez Jiménez

Si la niñez es tiempo para la adopción de modelos y el descubrimiento del mundo, es en la adolescencia donde el individuo adquiere las herramientas con las que articulará esos primeros conocimientos en el largo camino que queda por recorrer hacia la adultez. Del entorno familiar y social dependerán el carácter, las venturas y las desventuras del adulto que se ha moldeado en los años juveniles, en que por lo general estamos desorientados y llenos de incertidumbres y acné.

El 20 de mayo de 1996 apareció la primera edición de *Letralia, Tierra de Letras*. Desde entonces han transcurrido los años que ubicarían a un individuo en el centro mismo de su adolescencia. Y, aunque no es igual al de los humanos el tiempo de las publicaciones electrónicas —que maduran conforme se van sumando los ojos que, con su lectura, dan vida a las ideas contenidas en las páginas de cada una de sus ediciones—, al arribar a sus dieciséis años *Letralia* ha querido rendir tributo a esa edad decisiva.

Letras adolescentes es, así, el título de este libro conmemorativo dedicado a la adolescencia, y particularmente a la relación entre el adolescente y la literatura. En las páginas siguientes, 26 autores de 9 países firman textos que narran la aventura de la juventud desde diversos ángulos. Algunos recrean la revelación del amor y el sexo, otros denuncian situaciones de maltrato, otros diagnostican y describen las particulares maneras del adolescente y su posición ante el mundo de los adultos.

Bienvenidos, sin más preámbulos, al 16º aniversario de la Tierra de Letras. Que lo disfruten.

Letras adolescentes

© 2012 Editorial Letralia
http://www.letralia.com/ed_let

Índice

Presentación
Jorge Gómez Jiménez 3

Adolescencia
Miguel Aguado Miguel 9

El gran Meaulnes no volverá
Mario Amengual 17

Bajo el sol
Felicidad Batista Fariña 27

Una época extraña
Alberto Bellido Esteban 33

Piedra de mar, *de Francisco Massiani*
Manuel Cabesa 39

Charlando en el muro
Estrella Cardona Gamio 45

¿Adónde la adolescencia?
Wilfredo Carrizales 55

Rescoldo
Horacio Centanino 63

TQM *(fragmento)*
Doménico Chiappe 71

Vida de perros
Juan Carlos Chirinos 77

El muro de los deseos
Rocío de Juan Romero 87

La insólita historia del gigante Arnobrás y del niño Mauricio
Milly Epstein Jannai 93

Tres relatos
Tania Hernández 105

Mujercita
Isabel Herrera de Taylor 111

Adoradoras de las cumbres
Marisol Llano Azcárate 117

Tan frágil como una hormiga seca
Eva Medina Moreno 131

La novela que todavía no escribí nunca (trediconti)
Juan Carlos Méndez Guédez 139

Cuentos breves
Julio César Parissi 149

Lucía ha crecido
Vanessa Estefanía Pérez Moreno 157

Adolescentes
Alfonso Ramírez de Arellano 163

Poemas
Rolando Revagliatti 169

Reencuentro
María Fernanda Rossi 175

El cuadro del lago de Como
Yvette Schryer 181

Cosas de vieja
Fernando Sorrentino 187

El Sixteen sixteen
María Celeste Vargas Martínez 195

Cartas perdidas
Ulises Varsovia 205

Adolescencia

Miguel Aguado Miguel

Escritor español (Estepar, Burgos, 1934). Su obra permanece mayoritariamente inédita. Jubilado desde 2004. Ganador del XXXI Concurso de Poesía «Espiga de Romanillos» (2008) y del Premio Especial del Jurado en el Certamen Internacional «Guadalquivir Cautivo» (Almería, 2011), así como de un accésit en el X Certamen de Poesía «Amanecer Literario» del Círculo de Castilla y León (Barcelona, 2007). Textos suyos han sido publicados en antologías y en revistas literarias en Internet.

Miraba... Me estremecía. / ¡Debemos cambiar el mundo! / Muchas veces furibundo / no hay derecho, me decía, / no hay derecho, repetía: / nuestros viejos lo dejaron, / nuestros padres lo encontraron... / Esto camina a peor... / lo encauzaremos mejor / a como ellos lo orientaron.

Ilustración: Todd Davidson

Adolescencia

Miguel Aguado Miguel

Sin llegar a ser anciano
ochenta cumpliré pronto:
sin mi juicio ser de tonto,
«mens sana in corporae sano»,
miro del monte rayano.
Fui también adolescente,
en mis tiempos combatiente;
a mis espaldas los viejos
cuchicheaban consejos
que oía estando yo ausente.

La juventud me empujaba,
rebosaba poderío,
fuerte me sentía un tío.
El trabajo escaseaba,
la vagancia mucho holgaba;
largos días me aburría,
me sumí en una apatía.
La vida más y más cara,
mi escenario no mudara,
la situación me afligía.

Miraba... Me estremecía.
¡Debemos cambiar el mundo!
Muchas veces furibundo
no hay derecho, me decía,
no hay derecho, repetía:
nuestros viejos lo dejaron,
nuestros padres lo encontraron...

Esto camina a peor...
lo encauzaremos mejor
a como ellos lo orientaron.

En horas sin hacer nada,
en largas horas de ocio...
¡Ay, si encontrara yo un socio
con un prado y con cebada!
Cuidaría mi vacada
con unas cuantas terneras
revoltosas y guerreras.
Mis terneritas vendiendo
dineros iré cogiendo...
¡Cuántos cuentos de lecheras!
Por fin, ¡encontré trabajo!
De novato de peones
fui trepando posiciones,
escalo y subo a destajo,
dichoso me hallo en mi tajo.
Como jefe de cuadrillas
reparto las angarillas:
han el piso como el oro
en limpiezas colaboro;
me deslizo como ardillas.

Mis esperanzas de ascenso
se vieron pronto frustradas:
gentes mejor preparadas,
con un saber más extenso
se incorporaron al censo.
La realidad fue cruel,
amargo vaso de hiel
debí a sorbos consumir,
y lo real asumir.
¡Se marchitó mi laurel!

Desde mi altozano miro:
con la experiencia de años
ya no hay sucesos extraños.
Al adolescente admiro
dudando al tomar un giro;
un corazón de oro puro

late en su pecho, seguro.
Alma amable de una en una
en grupo, ya no hay ninguna.
¡La mejor puro cianuro!

El grupo no los pervierte;
en grupo se envalentonan,
más alto su cante entonan
pretendiendo ser más fuerte,
no temiendo ni a la muerte.
Todo el grupo sólo es uno,
individuos no hay ninguno.
Quien cruelmente satiriza
sabe el grupo lo autoriza,
no tendrá reproche alguno.

Si salvamos la distancia
de modas y de los años,
no hacen más ni menos daños
que hicimos en la vagancia
mas siempre con elegancia.
Si jugábamos al corro
el ratón hacía de zorro;
ora hablan de botellón,
por botella un garrafón,
hecho todo en plan de ahorro.

El vals, tango y pasodoble
que bailamos agarrados
ya quedaron desterrados.
La maniobra no fue innoble
ni recibieron mandoble.
Los gustos se transformaron,
los caprichos mejoraron,
simples trueques de regalos,
no fueron cambios tan malos:
a su ser los adaptaron.

Desde la colina miro:
el tiempo construyó un muro
tan endeble, tan seguro
que al mirarlo lo remiro,

lo contemplo y yo suspiro.
Un muro grueso de piedra
donde la distancia medra
entre jóvenes y adultos.
Abundan sabios y estultos,
entre ambos crece la hiedra.

De jóvenes el adulto
se evade cuando se agrupan.
Juventudes le preocupan,
para ellos no existe indulto,
molesta tanto tumulto.
Su derecho a libertad
exigen con frialdad,
pero sus gozos y penas
sufren las mismas condenas
que yo en la tercera edad.

Los de la tercera edad
mejoraron la vivencia.
Ahora la adolescencia
amolda su identidad
a cruda realidad.
Aquellos tiempos extintos
con trabajos, hoy distintos;
al pasado ven ausente,
se acomodan al presente
mudando propios instintos.

Del campo, la esclavitud,
del tiempo, locos caprichos,
plagas de voraces bichos
luchamos con prontitud,
vencimos con lentitud.
Mejor vida se encontraron,
a vivirla se adaptaron;
viéndoles gozar, gozamos,
de la herencia les dejamos.
Dar las gracias se olvidaron.

Mientras vida sea vida,
llegará la adolescencia

holgándose de la herencia.
Costumbres muda y olvida
de la vida antes vivida.
Los mayores con despecho
permanecen al acecho:
las modas deben cambiar,
deben ellos aceptar
dándose golpes de pecho.

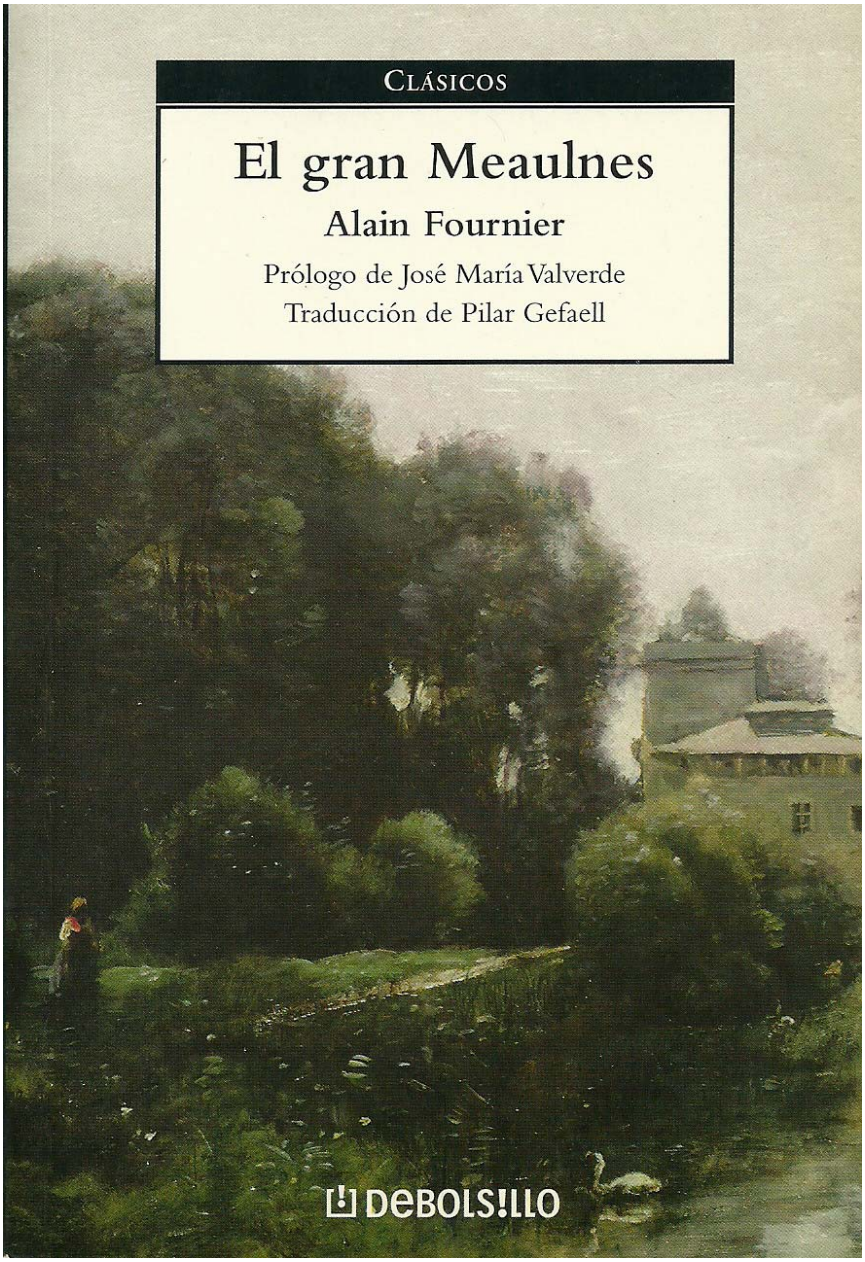
Pero la vida es hermosa:
conmigo siempre chulapa,
la veo más y más guapa.
Se deja vivir gustosa,
al degustarla, sabrosa.
A la juventud rendida
será más embellecida;
por las noches se acicala,
al alba nueva chavala
bella y rejuvenecida.

El gran Meaulnes no volverá

Mario Amengual

Escritor venezolano (Maracay, 1958). Licenciado en letras por la Universidad Central de Venezuela (1985), es desde 1997 profesor del Taller de Literatura de la Facultad de Agronomía del núcleo Maracay de la mencionada casa de estudios. Ha colaborado en las páginas de opinión de los diarios *Últimas Noticias, 2001* y *El Siglo*, así como en la revista *ElMeollo.net*, y poemas, cuentos y ensayos suyos han aparecido en los suplementos culturales de *Últimas Noticias, 2001, El Periodiquito, El Impulso* y en *Revista Nacional de Cultura* e *Imagen*. Ha publicado los poemarios *La arboleda deslumbrante* (1991) y *El tiempo de las apariencias* (Ediciones de la UCV, 2000), además de la novela breve y el poema en prosa *El pozo de la historia / Los extranjeros* (2001, un solo volumen).

La aventura adolescente de Agustín Meaulnes es una vigilia y un sueño provincianos que sólo puede atraer almas afines, con experiencias similares, y no a jóvenes o maduros lectores de las generaciones de las computadoras, los juegos de videos, las canciones de letras violentas, la omnipresente televisión y la Internet.


CLÁSICOS
El gran Meaulnes
Alain Fournier
Prólogo de José María Valverde
Traducción de Pilar Gefaell
DEBOLSILLO

El gran Meaulnes no volverá

Mario Amengual

1

Si la literatura se resiste a morir, según como sea esa resistencia, ¿cuántas y cuáles páginas llevarán ese ardor que provoca el dedo sobre la llaga? Sé que es inútil la pregunta; sé que de nada vale formularla: la respuesta está en el futuro. Tampoco espero que sobrevivan algunas de mis páginas predilectas, que son unas pocas en el creciente río de las literaturas, y me atrevo a asegurar que entre esas páginas sobrevivientes no estarán las de *El gran Meaulnes*. Y no porque esa inspiración novelada del soldado Alain-Fournier no merezca más larga posteridad: ha corrido casi un siglo y aún se reedita, pero comienza a ser antigualla, rareza de tiempos que no volverán, caduca expresión del espíritu.

La aventura adolescente de Agustín Meaulnes es una vigilia y un sueño provincianos que sólo puede atraer almas afines, con experiencias similares, y no a jóvenes o maduros lectores de las generaciones de las computadoras, los juegos de videos, las canciones de letras violentas, la omnipresente televisión y la Internet. Si no me equivoco, podría ejercer su atracción, de hondas nostalgias y felicidades proclamadas, con la sola condición de ser tenida como curiosidad literaria de principios del siglo XX; pero tan afortunado destino significa bregar demasiado y en desventaja con la sensibilidad (o insensibilidad) de estos días. Probablemente ése sea el reto de toda la literatura y de toda la poesía en los días que corren, pero será más difícil ese reto para libros como *El gran Meaulnes*, por ser recreación de experiencias y ambientes casi desaparecidos. La misma palabra *aventura* significa algo hoy muy distinto; hoy, cuando toda experiencia o toda aventura es poca cosa si no es calificada de «extrema», ¿emocionará a algún adolescente la vivencia tocante e imborrable de la extraña fiesta en la mansión sin nombre?

El gran Meaulnes es la exaltación de un tiempo de inocencia que con sus

desengaños trae aparejadas la educación de los sentidos, la ponderación de la memoria y la exaltación del amor como imprescindibles fundamentos, aunque endebles, de la existencia. Crecen Agustín Meaulnes y François Seurel, el uno como héroe melancólico y el otro como amigo y admirador de aquél, y cuando Seurel cuenta la aventura de Meaulnes y refiere sus estados de ánimo, van uniéndose en un mundo y una sensibilidad que página tras página van madurando desde el momento en que por primera vez *Meaulnes sentía por dentro esa ligera angustia que se apodera de nosotros al final de los días demasiado bellos.* La inocencia y la rutina provincianas se van desmoronando poco a poco, aunque ese desmoronamiento se inicia con un suceso inesperado y la vida comienza a mostrarse sin máscaras, con sus glorias y sus caídas. Se equivocan, por eso, quienes confunden en *El gran Meaulnes* inocencia con ingenuidad: dije inocencia, que es estado del alma limpia de culpa, y no ingenuidad, que es falta de malicia, porque Meaulnes, Seurel y Frantz e Ivonne de Galais viven desafiando lo doloroso y feliz que puede ser encontrar (o recibir) la belleza y padecen las trabas que el mundo opone a esa experiencia trascendente. En ellos no late culpa alguna: sienten el dolor y la alegría de vivir con el coraje y la entereza de quienes se sienten atraídos por *aquello que es más serio y solemne de lo común,* de quienes sienten que su adolescencia se va alejando. Con ellos vive y muere una experiencia que rebasa las fronteras temporales y psíquicas de la adolescencia; sus encuentros y desencuentros los marcan en el corazón y les dejan notables alteraciones en sus rostros y en sus miradas. Frantz de Galais se convierte en saltimbanqui errabundo, Ivonne de Galais en una mujer de sensibilidad anhelante y atormentada, Agustín Meaulnes en un buscador desesperado de la belleza o la eternidad en el momento y François Seurel sabe que su adolescencia se ha ido para siempre y sólo permanece, enaltecida, en la memoria. Más que estar lejos de esas vivencias por el ámbito en que se desarrollan, se está lejos de ellas por los cambios en el sentir de las generaciones posteriores, aunque no puede ignorarse que ya en su época lo que representa *El gran Meaulnes* es motivo de discordancia. Eso ya lo sabía Fournier y se vale de las cartas de Meaulnes para expresarlo: «...es la ciudad desierta, la noche interminable, el verano, la fiebre... Seurel, amigo, estoy lleno de congoja»; «soy como aquella loca de Santa Ágata que salía a cada minuto al umbral de la puerta y miraba, la mano encima de los ojos, del lado de la estación, para ver si venía su hijo que había muerto».

Calificar de relato juvenil a *El gran Meaulnes* es igual de inexacto y apresurado que cuando así se etiqueta a *Demian* o *Peter Camezind,* de Herman Hesse, o *El juguete rabioso* de Roberto Arlt; limitar a *El gran Meaulnes* a novela de aventura no difiere de la ceguera que sólo ve relatos de marinería en *El corazón de las tinieblas* o *La línea de sombra* de Joseph Conrad. Claro que *El gran Meaulnes* es obra de juventud y aventura, pero en un orden muy distinto al de

los libros que sólo procuran entretenimiento o roban nuestra atención con prosa tensa y sugestiva, aunque ésta sea una de sus virtudes. Detrás de su aparente sencillez se representa una aventura vital nada frecuente, y Meaulnes y Seurel lo saben y por eso preguntan y repreguntan acerca de ella, muchas veces con desesperanza o con la inconfesada convicción de que la respuesta les huye o no les será fácilmente concedida a sus razonamientos: «Quizá cuando estemos muertos, quizá sólo la muerte nos dará la clave y la continuación de esta aventura fallida», escribe Meaulnes a Seurel, cuando desolado en París le parece que nunca sabrá otra vez de la mansión misteriosa y de la gente que allí conoció. Cierto que el joven Seurel, llegado el momento, toma una determinación que trae el desenlace esperado: «Así como hasta entonces había sido un niño triste y soñador y ensimismado, así mismo me volví resuelto y, como dicen entre nosotros 'decidido', cuando sentí que dependía de mí la resolución de esta grave aventura». Pero ese desenlace, que comienza con esa resolución y por ello conoce, en casa de su tío Florentino, a Ivonne de Galais y al padre de ella, no resuelve el drama de Meaulnes ni de ninguno de ellos. Sabe desde entonces, eso sí, que la mansión perdida *ya no es una mansión... lo vendieron todo, los compradores, unos cazadores, hicieron tumbar las viejas edificaciones para agrandar sus terrenos de caza; el gran patio de recepción no es ya más que un erial de brezos y retamas... Los antiguos dueños no han conservado sino una pequeña casa de dos pisos y la granja*. También sabe desde entonces que en las relaciones entre los seres humanos median otras afinidades, no sólo las que engrandece la fantasía; sabe Seurel esas sutilezas y a través de él Fournier comienza a revelar su conmovedor sentido poético: «Estábamos incómodos los tres [Seurel, su tía Julia e Ivonne de Galais] por esa soltura para hablar de las cosas delicadas, de lo que es secreto, sutil y de lo cual no se habla bien más que en los libros». Y en esa misma conversación Fournier pone en boca de Ivonne de Galais, que manifiesta su vocación de maestra, lo que él mismo alcanzó con *El gran Meaulnes* y es su propósito fundamental: «Les enseñaría [a los muchachos] a encontrar la felicidad que está ahí cerca de ellos sin que lo parezca...». Al momento de despedirse en ese primer encuentro con Ivonne de Galais, Seurel cobra conciencia del destino que comenzó el domingo de noviembre de 189... cuando Agustín Meaulnes llegó a su casa, la Escuela Normal de Santa Ágata; y sabe que es así porque «cuando me tendió la mano, para irse, había entre nosotros, más claramente que si nos hubiésemos dicho muchas palabras, un entendimiento secreto que sólo la muerte iba a romper y una amistad más patética que un gran amor».

2

¿Dónde estuvo Agustín Meaulnes cuando se pierde en los cruces del camino

que conduce a Vierzon?, ¿en la mansión perdida?, ¿en un dominio misterioso? Estos son los nombres que él y Seurel le dan, los que universalmente ubican, en el Viejo Nancay, el lugar donde Agustín Meaulnes vive su «grave» o «extraña» aventura, pero él sabe que son meras denominaciones que encubren la verdad de su experiencia: «Un hombre que una vez entró de repente en el Paraíso, ¿cómo podría acomodarse después a la vida de todo el mundo? Lo que constituye la felicidad de los otros me pareció irrisorio». A diferencia del hombre de la especulación de Coleridge, que sueña que estuvo en el Paraíso y despierta con una flor en la mano como prueba de ello, Meaulnes entra despierto al Paraíso y la flor que lo prueba brota y perdura en su memoria, lo desespera, lo hace maduro y como Don Genaro (ese singular maestro brujo de los libros de Carlos Castaneda) siente que en el camino iniciático a Ixtlán él y a quienes se encuentra ya no son los mismos. Agustín Meaulnes, como un iluminado, le confiesa a Seurel que «ahora estoy persuadido de que, cuando descubrí la Mansión sin nombre, yo estaba a una altura, en un grado de perfección y de pureza que ya nunca volveré a alcanzar. En la muerte solamente, como te lo escribí un día, volveré otra vez a encontrar la belleza de aquel tiempo».

Al menos Agustín Meaulnes no está completamente solo; su amigo Seurel es su alma afín, influido (o contaminado) por la experiencia de Meaulnes, por la fuerza expresiva con que la refiere. Gradualmente Seurel, puede decirse, también «entra en el Paraíso»: sus sentidos se van aguzando, la melancolía y la nostalgia lo acompañan y le enseñan otro modo de ver el mundo; contempla reposadamente la belleza de Ivonne de Galais, sus amables gestos y palabras; sabe que ya no es un joven provinciano más y no se envanece de ello. Sólo alguien «tocado» por la gracia de vivir, imbuido de sentido poético, puede hablar así:

> Habíamos llegado a este sitio por un dédalo de caminitos, a veces erizados de piedrecilla blanca, a veces llenos de sal; caminos que los manantiales transformaban en arroyos al llegar a las inmediaciones del río. Al pasar, las ramas de los groselleros silvestres nos agarraban por la manga. Y a veces estábamos sumergidos en la fresca oscuridad de los fondos de los barrancos, a veces al contrario, al interrumpirse los setos, nos bañaba la clara luz de todo el valle. A lo lejos, sobre la otra orilla, cuando nos acercamos, un hombre encaramado en las rocas, con un gesto lento, tendía cuerdas para peces. ¡Qué hermoso era todo, Dios mío!

François Seurel ya no es el muchacho emocionado con la aventura de su querido y admirado amigo, él también «recibe» la gracia; la recibe con suficiente aplomo para lograr que Ivonne de Galais y Agustín Meaulnes se reencuentren y consagren su amor. En adelante actúa con decisión para alcanzar cuantos fines relacionados con la extraña aventura se propone, sin ignorar la presencia

constante (la otra gran presencia en sus vidas) de la orgullosa hermana muerte, como la llamó Thomas Wolfe. No sólo la adolescencia se va, sino la vida misma; en su transcurrir las pasiones, las alegrías y los desengaños nos mueven: vale la pena amar, celebrar la amistad, caminar por los campos, jugar a héroes y malvados, procrear, ver morir a los padres y al final, como varias veces lo repiten Meaulnes y Seurel, tal vez esté la clave. Eso aprende François Seurel... y no es poca cosa.

3

Desde la primera vez que leí *El gran Meaulnes* me causó curiosidad la imponente presencia de la muerte: ¿no es raro que, tratándose de una novela juvenil, sus protagonistas la sientan tan cerca como la felicidad con sus vaivenes? Más raro aun es que esa presencia de la muerte no les provoca pavor y, por el contrario, la encaran con un valor del todo inusual en los adolescentes. En ellos la muerte no los ronda como en esas novelas de aventura en que los héroes están a punto de morir en las garras de un animal feroz o sobreviven milagrosamente al caer por un despeñadero; no, Seurel, Meaulnes y los Galais se refieren a ella, la muerte, con inusual y triste naturalidad, aunque sus vicisitudes no entrañan peligros mortales. Ni siquiera la previsible muerte de Ivonne de Galais llega a convertirse en pretexto para sensiblerías comunes cuando muere un ser humano joven y hermoso. Seurel es testigo de la agonía de Ivonne de Galais, y de una de sus crisis refiere, con tono sombrío pero firme ante el presentimiento del momento indeseado y doloroso: «La enferma pudo respirar un poco, pero siguió medio ahogada, los ojos en blanco, la cabeza echada hacia atrás, siempre luchando, pero incapaz, así fuera por un instante, de mirarme o hablarme, de salir del abismo en que estaba cayendo». La misma noticia de la muerte de Ivonne de Galais se ajusta a la profunda sencillez que es el aire y el corazón de *El gran Meaulnes;* llega con las palabras de un niño que *venía a decirme que «la joven señora de Sablonnières había muerto ayer al anochecer»*. Le toca a Seurel bajar el cadáver desde su cuarto hasta el ataúd, en la planta baja, y allí conoce, cara a cara, en la hermosa cara de Ivonne de Galais, ya no en el presentimiento sino en un cuerpo ganado por ella, la muerte, la grande: «Agarrado del cuerpo inerte y pesado, inclino la cabeza sobre la cabeza de ella, respiro con fuerza y sus cabellos rubios aspirados me entran en la boca; cabellos muertos que tienen un sabor a tierra. Ese sabor a tierra y a muerte, ese peso sobre el corazón, es todo lo que queda para mí de la gran aventura, y de ti, Ivonne de Galais, mujer a quien tanto buscamos, mujer tan amada...».

Muere también el señor de Galais, *se apaga pacíficamente;* lo llora serena-

mente Seurel, *sentado a la cabecera de ese viejo encantador, cuya manera de pensar indulgente y la fantasía aliada a la de su hijo habían sido la causa de toda nuestra aventura*. Con igual firmeza, pese a su desesperanza y su errancia atormentada, se entera Agustín Meaulnes, cuando por fin regresa a Sablonnières, de la muerte de Ivonne de Galais:

> —¡Ah! —dijo con voz breve—. Está muerta, ¿no es cierto?

Conocen el señorío de la muerte, vacilan por momentos, aturdidos, y siguen su aventura vital. Ya son hombres, todavía con aires infantiles, y comprenden que la felicidad y la muerte están a la vuelta de la esquina o junto a ellos o andan con ellos todo el tiempo y ahora saben más de la vida y aún saben muy poco.

4

Después de arreglar el encuentro de Frantz de Galais y Valentina, la amada esquiva, después de unirlos tal vez para siempre, Meaulnes regresa con ellos a Sablonnières, donde Seurel ya se ha encariñado con la hija de Agustín e Ivonne. Sabe Seurel que tarde o temprano Agustín envolverá a la niña en un abrigo y partirá con ella hacia nuevas aventuras. De todas maneras, ya Meaulnes es un hombre que vive con *el pensamiento horrible de que ha renunciado al Paraíso y da pasos de ciego a las puertas del Infierno*. Quizás exagera Agustín Meaulnes, por la amargura del momento, cuando ya no alberga esperanzas de encontrar a Valentina y juntarla con Frantz, que entonces andaba de saltimbanqui de un pueblo a otro. Seguramente se irá Meaulnes, como lo prevé su amigo del alma, pero ya la gran aventura ha sido vivida, ninguna otra la superará. Si intentamos prolongar la ficción de Alain-Fournier, no hallaremos otro final superior al que él concibió para *El gran Meaulnes*, y sabremos que toda su intuición, todo su sentido poético, quedó en esas páginas porque le tocaba morir pronto en un campo de batalla de la primera orgía tanática del siglo XX. Al menos yo creo que el gran Meaulnes no volverá; estará conmigo, en mi memoria entusiasmada por sus aventuras, hasta mi último día. Ojalá esa forma de la belleza (por decir lo menos) que concibió el espíritu en los primeros años del siglo pasado, perdure en otras memorias y en otros devotos de su poesía donde inocencia, felicidad, muerte y belleza conviven en su propia armonía y en sus propias conjunciones.

El gran Meaulnes no volverá, me parece, a este mundo acelerado y cambiante por fuerzas de muy poca o ninguna alma, donde poquísimas voces aisladas del decir cordial son desoídas. A un mundo enloquecido por el poder político y económico no puede volver el gran Meaulnes, tampoco su amada ni su amigo: sería demasiado para sus almas provincianas y para sus sentidos exacerbados.

Tal vez más adelante pueda volver, con su intensidad juvenil, *El gran Meaulnes;* por ahora, algunos dogmas endurecen los corazones y son otros los motivos de las diversas literaturas.

Bajo el sol

Felicidad Batista Fariña

Escritora española (Arafo, Santa Cruz de Tenerife, 1961). Es licenciada en geografía e historia y titulada superior-bibliotecaria en la Biblioteca de Presidencia del Gobierno de Canarias. Estuvo entre los finalistas del II Concurso de Relato Corto Mujeresisla, organizado por el Cabildo Insular de La Gomera y la Asociación Insular de Desarrollo Local (Aider).

Se marchó a la biblioteca. Recorrió de puntillas los pasadizos de libros ordenados y escudriñó los estantes hasta que por fin se encontró con él. Permanecía solitario sobre el anaquel.

Ilustración: TongRo Image Stock

Bajo el sol

Felicidad Batista Fariña

Nora entró en casa y atravesó el zaguán saltando de baldosa en baldosa con sus zuecos de madera como si jugara al tejo. Su madre y Patricia, la hermana mayor, departían en torno a la mesa de la cocina. ¡He sacado un sobresaliente en griego, *c'est magnifique!*, gritó. Impasible y ágil Patricia la recriminó. No sé de qué te alegras tanto, guapa, si aún no has aprobado las matemáticas de primero ni de segundo de Bachillerato.

Cabizbaja se refugió en su habitación, se tumbó en la cama, y reconoció que no pasaba por su mejor día. Sí, la buena nota permitió que olvidara por unos momentos el lastre de los suspensos ya crónicos en su asignatura maldita. Sin embargo lo más duro sucedió aquella mañana en el patio del instituto. Sorprendió a su amor secreto besándose con la empalagosa de Dulce. Esa rubia artificial, de ojos claros y cerebro extraviado. Aquello sí que resultó un golpe bajo. Desde que conoció a Quique en primero mudó clandestinamente su corazón al suyo. Releyó y aprendió el poema *Si me llamaras* de Pedro Salinas y albergó la esperanza de que algún día los versos se hicieran realidad. Pensó de pronto que esa punzada instalada en el estómago desaparecería suicidándose. Lo haría introduciendo la cabeza en el horno después de abrir la llave del gas. Pero enseguida descartó la idea al percatarse de que su madre no volvería a elaborar pastelitos para su hermana pequeña Sara. Barajó practicar una de sus actividades favoritas, interpretar las formas de las nubes. Pero, claro, siempre contemplaba el cielo con su amiga Lucía y ahora andaban enfadadas. Fue desde aquella tarde en la que Nora aseguró que uno de aquellos cúmulos modelados por los alisios se asemejaba a Julio Verne. Lucía comentó que más bien parecía el rostro de Puccini, el compositor de *Madame Butterfly*. Escandalizada la corrigió aseverando que el autor era Verdi y no Giacomo. Lucía se ofendió porque si alguien conocía esa ópera era ella. Desde la niñez escuchó repetidas veces la historia del oficial norteamericano que abandonó a su amada comparándola con la de su padre que emigró a Venezuela y nunca más se supo de él. Así que lo mejor,

infirió Nora, sería acudir a su afición más preciada.

Se marchó a la biblioteca. Recorrió de puntillas los pasadizos de libros ordenados y escudriñó los estantes hasta que por fin se encontró con él. Permanecía solitario sobre el anaquel. Firme, esbelto e incitador. No dudó en solicitarlo en préstamo y llevárselo a casa. Comprobó que de las nubes ni rastro, en cambio una tarde luminosa de primavera se abría paso. Subió a la azotea y se dispuso a practicar su ceremonia secreta. Colocó el libro en el borde justo donde el sol se abatía antes de sucumbir al crepúsculo. Sentada frente al tomo observó cómo la cubierta de tela azul ultramarino se iba volviendo celeste. El papel comenzó a dilatarse y las hojas se fueron separando lentamente. Después de una hora sostuvo entre sus manos *La voz a ti debida* y comenzó a acariciar la superficie impresa. Disfrutaba del sonido que producían los folios deshidratados bajo el sol. Y mientras avanzaba por el libro se decía, si pasaras las páginas, sí, si las pasaras, todo cambiaría.

Una época extraña

Alberto Bellido Esteban

Escritor español (Madrid, 1976). Textos suyos han aparecido en las revistas *Macondo* (Aranjuez, España) y *Metamorfosis* (de la escuela de escritores Hotel Kafka; Madrid, España).

Al cerrar la puerta de su cuarto y encender la luz la casa entera se quedó en silencio. Fue hasta su escritorio y se sentó frente a la pantalla apagada del ordenador, cuya superficie plana de diecisiete pulgadas reflejaba su rostro envuelto en sombras. Se miró y pensó que aquel chico que veía allí podía ser él o podía no serlo.

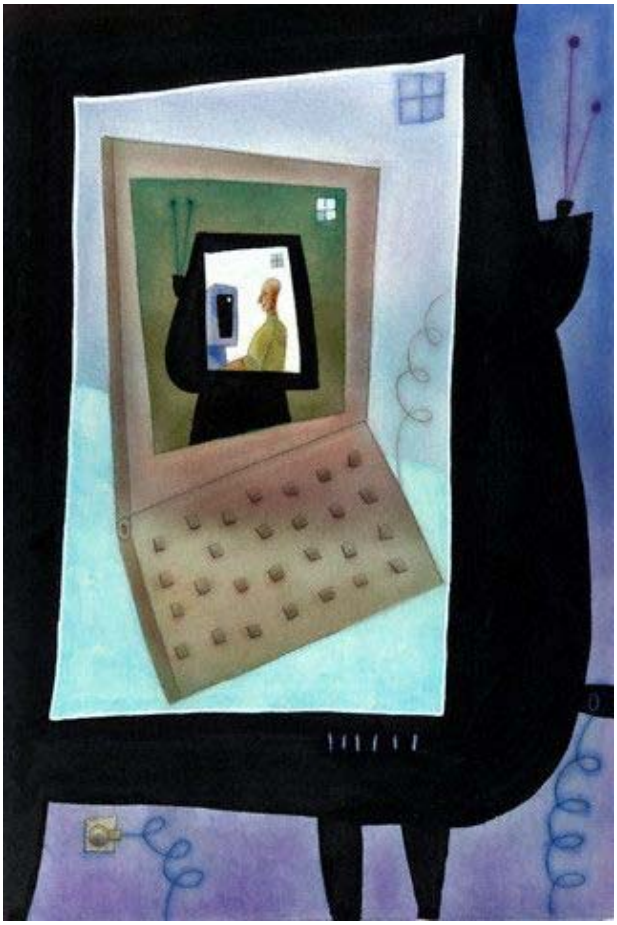


Ilustración: Todd Davidson

Una época extraña

Alberto Bellido Esteban

Nada más sentarse a la mesa supo que iba a ser una de esas noches en las que nadie hablaría durante la cena. Últimamente resultaba habitual, pero Mateo no se había acostumbrado aún a ese silencio. Parecía que sus padres ya no fueran capaces de encontrar ningún tema en común sobre el que hablar o discutir. No le habría importado que la tomaran con él por cualquier cosa, como sus malos resultados en los exámenes o la inquietante llamada de su tutora para hablar con ellos la semana próxima. Incluso esto era preferible que esa silenciosa espera que parecía presagiar algo terrible ante lo que no podían hacer nada, tan solo esperar a que ocurriera y sufrir, también en silencio, sus consecuencias.

Su madre sirvió el puré de patatas y las salchichas que había preparado para la cena. Cuando se dejó caer en su silla, bajó la vista y la clavó en la exigua ración de comida que se había servido en su plato. Nunca había sido una mujer alegre, pero últimamente parecía siempre agotada y pensativa, como si le afligiese un pensamiento incómodo que no consiguiera alejar de su cabeza. Mateo tenía la impresión de que su madre pasaba cada vez más tiempo encerrada en sí misma, y que tal vez un día no muy lejano perdería la capacidad de comunicarse con ellos y con todo lo que existía en su exterior. A veces le asaltaba el temor de que eso mismo le pudiera ocurrir a él.

El silencio de su padre era muy distinto al de ellos dos. En su manera de permanecer callado no había mansedumbre. Mantenía la boca abierta mientras masticaba y miraba alternativamente a su mujer y a su hijo con expresión de reproche, como si ellos dos fueran los culpables de que las cosas no le fueran bien. Culpables de que no tuviera trabajo. Culpables de que se hubiera peleado con su familia y no se hablara ni con sus padres ni sus hermanos. Culpables de que no tuviera un coche mejor. Culpables de absolutamente todo. Así se sentía Mateo cuando percibía esa mirada fija en él. Su padre comía deprisa, llevándose grandes cantidades de comida a la boca que ayudaba a pasar bebiendo cerveza.

Había noches en las que podía beberse tres o cuatro botellines seguidos. Esa noche se bebió seis.

Nada más sentarse a la mesa, Mateo se había dado cuenta de que no tenía nada de apetito. Se obligó a comer las salchichas, pero la montañita de puré se quedó fría en el plato, y su madre lo retiró sin decir nada y le llevó unas natillas. En otra época, sin duda le hubiera obligado a terminarse la cena antes de permitirle tomar el postre. Era incapaz de calcular cuánto tiempo había pasado desde esa «otra época», y qué había ocurrido entretanto para que hubiera dejado de importarles su alimentación. El mundo de los mayores era un misterio demasiado grande para él y no pretendía comprenderlo. Únicamente deseaba que sus padres volvieran a ser como eran hacía algún tiempo, cuando podían hablar entre ellos durante horas de cualquier tema intrascendente mientras él se sentía a salvo como solo puede sentirse un niño de doce o trece años al lado de unos padres felices. No le parecía que estuviera pidiendo demasiado. Solo eso: una cena normal con su padre y su madre en la que el silencio no hiriese más que cualquier palabra que pudieran decirse.

Mateo decidió irse a la cama nada más terminar el postre. No le apetecía prolongar la velada sentándose a ver la televisión en el cuarto de estar, donde tendría que someterse a la dictadura de su padre con el mando a distancia, que utilizaba para cambiar de un canal a otro sin detenerse en ningún programa o película durante más de un par de minutos. Se limpió la boca con la servilleta y al levantarse dijo con voz tenue «buenas noches, me voy a acostar». Su padre le miró y se encogió de hombros. «Allá tú, por mí puedes irte al infierno», parecía decir. Mateo creyó percibir una señal de alarma en la mirada que le dirigía su madre al ver que se levantaba, y por un instante le pareció que intentaría retenerle. Sin embargo, ella también dijo «buenas noches» y hundió sus manos en el agua espumosa de la pila de fregar. Sintió el impulso de acercarse a ella y darle un beso, pero por algún motivo le pareció fuera de lugar y no lo hizo. Casi podía escuchar las palabras de reproche su padre diciendo que ya no era un niño para esas cosas. Y, efectivamente, ya no lo era. Tenía catorce años y era un adolescente.

Al cerrar la puerta de su cuarto y encender la luz la casa entera se quedó en silencio. Fue hasta su escritorio y se sentó frente a la pantalla apagada del ordenador, cuya superficie plana de diecisiete pulgadas reflejaba su rostro envuelto en sombras. Se miró y pensó que aquel chico que veía allí podía ser él o podía no serlo. Esa misma sensación de extrañeza la tenía con frecuencia al mirarse en un espejo o ver su imagen reflejada en un escaparate o el cristal de un coche. Sacó la lengua y su reflejo también sacó la lengua. Se tocó con el dedo índice de la mano derecha la punta de la nariz, y la imagen repitió exactamente su movimiento.

Era cierto, podía ser él o podía ser alguien que quisiera engañarle repitiendo sus mismos gestos, ejecutándolos al mismo tiempo y de la misma forma. No podía estar seguro de qué cosas formaban parte de la realidad y cuáles no. Se disponía a hacer una nueva mueca para ver si sorprendía al intruso que había en la pantalla del ordenador, cuando escuchó los sonidos que llegaban de la cocina. Primero fue la voz de su padre, que bramaba como un temporal, y por debajo creyó percibir la de su madre. Era una voz débil y asustada. Mateo empezó a temblar. Observó que el chico que había en la pantalla del ordenador levantaba su mano derecha y la hundía en el pelo negro que cubría su cabeza, y a continuación tiraba con fuerza de él, como si fuera una peluca de la que quisiera desprenderse y que se hubiera quedado adherida al cuero cabelludo, y no lo soltó hasta que se escuchó un sonido ligero, algo parecido al «plop» que hace un bote cerrado al vacío al abrirlo. Al mirarse la mano descubrió que tenía unas hebras finas y no muy largas de encrespado pelo negro. Resultaba extraño, pero no había sentido dolor. Escuchó el sonido de una silla al desplazarse sobre el suelo, también lo que parecía una queja muy débil que se apagaba. Automáticamente, su mano volvió a hacer lo mismo que antes. Un nuevo tirón, fuerte, seco, sin contemplaciones, y cabellos arrancados que caían sobre la mesa. Seguía sin dolerle.

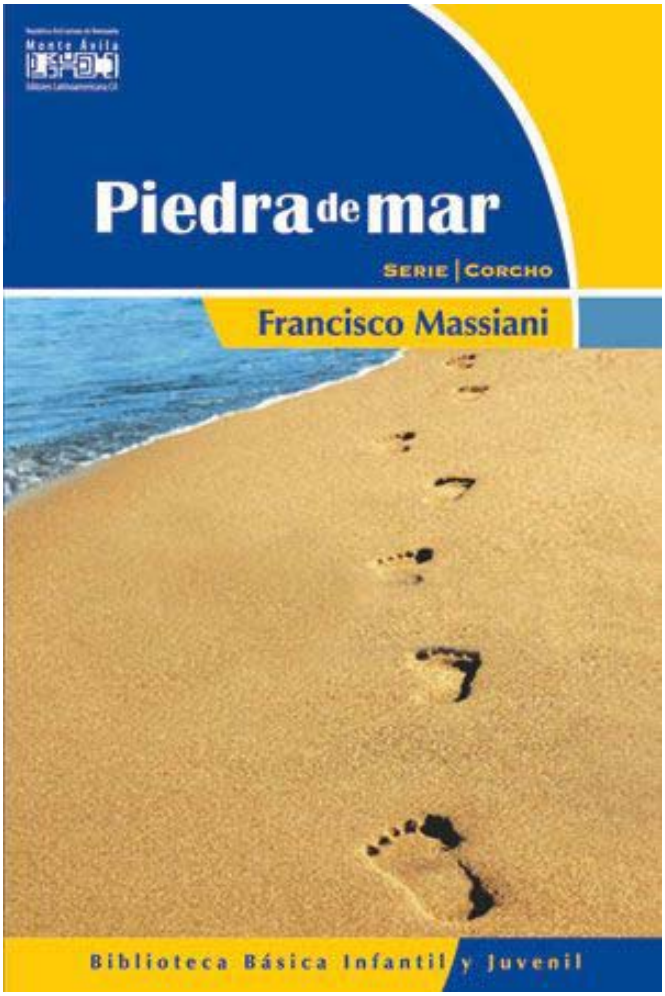
Los ojos de Mateo se llenaron de lágrimas. También había lágrimas en su reflejo.

Piedra de mar, de Francisco Massiani

Manuel Cabesa

Narrador, poeta y ensayista venezolano (Caracas, 1960). Perteneció al Taller de Poesía del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) y ha colaborado con las principales páginas literarias de la región y del país. Ha publicado el poemario *Vida en común* (1985), la antología *El acto y el lugar de la poesía. Una antología de arte poética venezolana* (Maracay, 2002), el libro de cuentos *Falsificciones* (Villa de Cura, 2004) y la antología *Un lento deseo de palabras* (Monte Ávila Editores, Caracas, 2010), que reúne su obra poética completa. Reside en Maracay, Aragua.

Para Corcho la escritura debería ser ante todo transparente y comprensible. Una manera de volver al sentido primario del narrador, que es el de contar una historia para que ésta llegue al mayor número de personas posible, sin caer en los malabarismos estructurales que terminan por confundir.


Monte Ávila
Piedra de mar
Serie | Corcho
Francisco Massiani
Biblioteca Básica Infantil y Juvenil

Piedra de mar, de Francisco Massiani

Manuel Cabesa

Como si fueran seres reales, personas de carne y hueso con las que podemos tropezar cualquier día en una esquina, el 23 de noviembre de 2008 Corcho y sus amigos, todos personajes de la imprescindible novela de Francisco Massiani, *Piedra de mar*, cumplieron cuarenta años, y a pesar del tiempo transcurrido mantienen la misma vitalidad y frescura de cuando aparecieron por primera vez en la escena literaria en 1968.

«Espontánea, fresca, natural, es esta novela de Francisco Massiani, uno de los narradores más jóvenes con que cuenta la narrativa venezolana actual», de esta manera entusiasta presenta el crítico Armando Navarro la aparición a finales de la década de los sesenta de *Piedra de mar*.

Hasta ese momento la narrativa venezolana había desembocado hacia dos vertientes bastante definidas. En primer término, y a raíz de la creciente violencia política desarrollada durante esos años, existe una fase testimonial que intenta dar fe de las experiencias vividas por la juventud de la época en las diferentes acciones de orden subversivo, y cómo esa misma lucha por cambiar el orden establecido fue degenerando hasta llegar al fracaso que sumió a esa misma juventud en un mar de frustraciones. La otra opción narrativa es la de la introspección psíquica evidenciada por una experimentación del lenguaje, muchas veces hueca y banal. En medio de estas dos aguas surge la novela de Massiani.

Orlando Araujo, en su libro *Narrativa venezolana contemporánea*, incluye a *Piedra de mar* dentro del grupo de novelas que el crítico denomina «de confesión y crónicas del hastío», términos que sirven muy bien para comenzar a definir el contenido de la obra: Corcho, aprendiz de escritor, nos va contando las peripecias por las que tiene que pasar en el lapso de unas horas durante un periodo de vacaciones estudiantiles. La narración comienza en la playa donde Corcho consigue una pequeña piedra que será el motivo e hilo conductor de la

trama. Araujo la define de la siguiente manera: «La piedra, guardada en un bolsillo, es la esperanza frustrada, el amor sin respuesta, el dolor de ser joven, la vida sin sentido, la inocencia, la búsqueda y el llanto». Pero la piedra es también el móvil que permite a Corcho seguir adelante y enfrentar el vacío del mundo que lo rodea y, lo que es mejor, hacernos una descripción de él.

Al escribir su novela, que es casualmente la que estamos leyendo, Corcho nos confiesa su hastío ante una situación de vacío existencial que se le impone sin él desearlo; Corcho es víctima de las circunstancias que lo rodean, pero a diferencia de sus amigos está consciente de esa abulia, lo que lo coloca en la posición de ser testigo del malestar que lo absorbe y, por supuesto, su fiel relator.

Para llevar a cabo este relato Corcho pone en uso dos poderosas armas: su capacidad de observación y una gran sinceridad a la hora de narrar los acontecimientos que suceden. A medida que describe algún episodio nuestro personaje va imponiendo su particular punto de vista, no puede en ningún momento dejar de involucrarse en lo narrado. Oswaldo Larrazábal ve este asunto de la siguiente forma: «Quizás una de las consecuencias más importantes de esta obra esté en el hecho de que la prosa quiere acompañar el ritmo mental del autor. Como van sucediendo las cosas, así son narradas. Con la misma profundidad que van adquiriendo, así se desarrollan en la expresión escrita».

Debe ser por eso que nos parece que cualquier cambio en la actitud del narrador influye en el tono de la narración; por ejemplo al hablar de Jania hay un alto despliegue de ternura: «Jania está unida a mí por las primeras noticias de la piel. Por placeres que antes soñaba solamente. En todo caso por un montón de días felices por los que siento una profunda gratitud». Muy contrario es el caso al referirse a Marcos, su principal antagonista, donde el tono es irónico y un poco cruel: «Es realmente un tipo mezquino. Y está convencido que si deja de ser el mezquinito que es, perderá dos o más centímetros de estatura. No sé si dije que Marcos es un enano. O casi un enano. Y los enanos se sienten más chiquitos cuando hacen un favor». De esta manera nos presenta a sus amigos, distinguiendo en cada uno los rasgos que sólo él puede detectar.

Otro aspecto que resalta en el relato del que Corcho nos hace partícipes es el de la autoconmiseración por la situación en que se vive: la vida, como dijimos, es para Corcho y el resto de sus compinches banal. «Nosotros no somos personajes extraordinarios», dice en una oportunidad, y es por eso que prefiere evadirse dentro de sus propias fantasías: «Por cierto, a propósito de la librería, siempre que entro, confieso, José, que me veo retratado en millones de periódicos y las muchachas alocadas por las calles con mi novela, mi monstruosa nove-

la de mil páginas bajo el brazo».

Una línea que asciende por entre el relato de *Piedra de mar* es el momento en que Corcho, el escritor, se mira escribir y reflexiona sobre los alcances de la escritura y sus dificultades: «A propósito de escribir, debe ser dificilísimo para esos pobres infelices hacer una novela. Ahora me doy cuenta. Lo digo a propósito de lo que debe contarse y lo que debe olvidar un escritor». Detrás de las aseveraciones de Corcho subyace toda una teorización del relato.

Existe la necesidad de que lo narrado tenga *vida*, es decir, que soporte su materialización en palabras sin que por ello pierda su verdadera esencia: «Yo creo que se debe a que tú quieres meterte dentro de la palabra. O sea que necesitas recordar el árbol tan bien, que pueda imprimirse el sabor del árbol, y para lograrlo debes meterte a ti dentro de la palabra». Para Corcho la escritura debería ser ante todo transparente y comprensible. Una manera de volver al sentido primario del narrador, que es el de contar una historia para que ésta llegue al mayor número de personas posible, sin caer en los malabarismos estructurales que terminan por confundir evitando así que el vínculo comunicacional que debe existir entre el autor y el lector se realice.

Finalmente hay que señalar que *Piedra de mar* es también el espejo de la ciudad, sobre todo del este de Caracas, periplo por donde hacen su recorrido los personajes: «Siempre que llego a Sabana Grande camino como un desgraciado desde Chacaíto hasta el cine Radio City». En ese espacio físico-sentimental aparecen referencias a muchos lugares que fueron tragados por la vorágine de una ciudad siempre cambiante: el Castellino, el Piccollo Café, la Cervecería Alemana, el cine Las Palmas, el bar Páprika, la antigua calle Lincoln, hoy convertida en boulevard, aparecen en estas páginas con el esplendor de los tiempos idos.

Charlando en el muro

Estrella Cardona Gamio

Escritora española nacida en Valencia. Licenciada en bellas artes, pintora e ilustradora, ha realizado exposiciones tanto personales como colectivas. Ha publicado las novelas *El otro jardín* (edición de la autora, 1978) y *Adriel B., la novela de una alcohólica* (CCG Ediciones, 2006); el libro de relatos *La dependienta* (Nostrum, 2006) y el manual *Taller libre de literatura —respuestas a preguntas de escritores noveles—* (CCG, 2006). Participa con su hermana María Concepción en la conducción de CCG Ediciones. Ha colaborado en periódicos y revistas con artículos y relatos cortos del género gótico y policíaco, y ha dirigido y presentado programas de radio.

¡Es chungo no ser mayor, siempre mangoneándote los demás y haciendo lo que a eyos les sale de las narices, vaya un cinismo, que jeta, es que yo flipo pepiniyos por un tubo! ¡anda y que sermoneen a otros, mira que no hay chats, ni foros, en la red, ni nada, pues se cambia y pimpám, o me monto yo mi propia página, acabáramos, que las visitas no me iban a faltar, eso seguro!

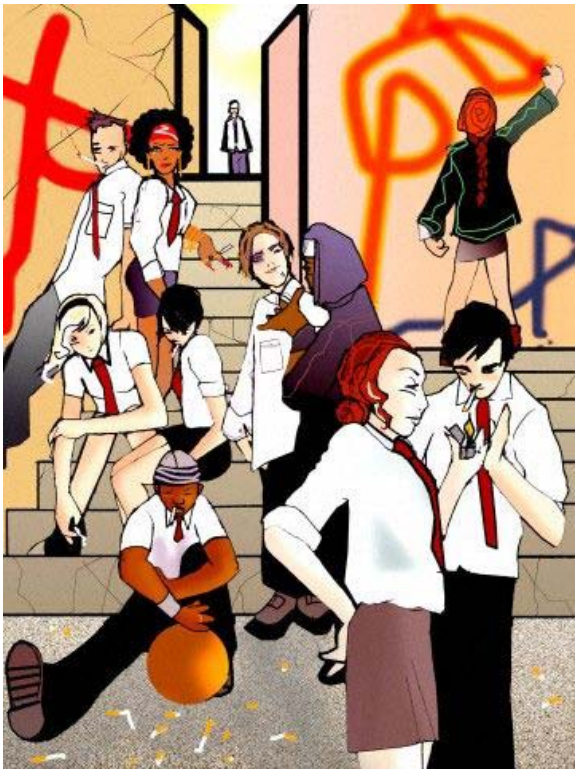


Ilustración: Gavin Dobson

Charlando en el muro

Estrella Cardona Gamio

vaya un puntazo, ¡qué jevi! pues no van ahora y me ponen de malri, serán capuyos, y conmigo al **Fantasma de la Ópera,** a **Jack el Tripi,** a **Morticia Two,** a **Frankestein Jr.,** al **Conde Drá,** a **Niña Piercing** y al **Chico-Lobo,** más que capuyos, gilipoyas, eso mismo, si señor, gilipoyas!... ¿qué pasa, vamos a ver, es que uno ya no puede ni intercambiar on line, o qué? ¿es que les espantamos al personal? era la peña de los amiguetes uno de aquí, otro de ayá, que lo guay es que no sabes ni quien son, si la tía es un tío o si el tío es una tía, si tienen mil años como si acaban de nacer, que aquí vale cualquiera y cualquier nombre, y bien que nos enrroyábamos hablando de nuestras cosas, ¡no te joroba!, y ahora los de corbata y chaqueta, esos pringaos, los webmasters del espacio, Star War, Dark Wader y todo eso, van y quieren barrernos porque les sale de...! genial, en un plis ya nos han cortao el hilo y al loro que dicen que dentro de poco remodelarán la página porque entran en la VI época, a saber lo que será para eyos la VI esa si hace 3 meses que están on line, y van y te pegan un taladro que no veas «es ya el momento de cambiar las estructuras y dar un nuevo aire a los contenidos de la página, no se nos vayan a quedar apolillados, je, je!... ¡Renovarse o morir, amigos, se acabaron los graffitis!» bueno, pues mira que bien, somos los graffitis de su preciosa web, o peor aún, las pintadas... cerca de donde yo vivo hicieron una hace tiempo sobre una puerta vieja: NO HAY TREGUA, eso dice en letras gigantes y eya sabrá, o el que la pintó... una puerta roja con una gran pintada blanca en la que las letras parecen ropa tendida, y otras pintadas pequeñas escritas, muy guays, y por en medio un gran círculo negro cruzado por un montón de tiznajos... ¡pues muy bien hecho, premio para el que lo hizo, si señor: NO HAY TREGUA, claro que no hay tregua!... ¿cómo va a haber tregua si nos acosan, si no nos dejan escribir lo que queremos, en nuestro ciberpunto de encuentro?... ¿entonces de que sirve el progreso y tal? ¡es chungo no ser mayor, siempre mangoneándote los demás y haciendo lo que a eyos les sale de las narices, vaya un cinismo, que jeta, es que yo flipo pepiniyos por un tubo! ¡anda y que

sermoneen a otros, mira que no hay chats, ni foros, en la red, ni nada, pues se cambia y pimpám, o me monto yo mi propia página, acabáramos, que las visitas no me iban a faltar, eso seguro!... ¡me lo hago en su..., será de C el tío, bueno, o los tíos esos de la web dedicada a los *teen agers!* ¡vaya una dedicación! ¡anda y marchaos a segar, carrozas, más que carrozas, porque, vamos a ver, ¿qué hay de malo en que uno cuente sus cosas entre los compis, comente o discuta?, no va a pasar nada malo por eso, ¿no estamos intercambiando?, ¿no es esto lo que se busca? ¡JO, y luego hablarán de incomunicación! ¿cómo nos vamos a relacionar si nos censuran?, aunque eyos nunca reconocerán eso, que va... ¿para qué está Internet en el mundo, sino para acercarnos? si yo entro en un foro, o en un chat de la Mediabamba galáctica, para eso está ese chat abierto, ¿no?, o el foro, porque sino, ¿para que los ponen? y encima van y nos dicen, «escribid vuestras cosas, dialogad... podéis hablar de todo, literatura, arte, ecología, cine», y las escribimos, y mira el resultado, limpieza general a toque de corneta, remodelación... ¿es que estamos en el parvulario o qué? ¿pues que buscan, todos catedráticos, sin más? ¡no te joroba! para eso ya voy al Insti y bien que me cuido las *redaciones* porque no quiero ganar más suspensos, que con las mates y el resto del royo, ya tengo bastante. además, si participamos en un foro es para ser nosotros, NOSOTROS MISMOS y como nos de la real gana... ¡fuera hipocresía y mordazas, viva la libertad de *espresión!* si yo voy por mi casa descalzo y sin lavarme los dientes, ¿a quién le importa, vamos a ver? ¿va a detenerse el planeta por eso? ¡hay que ser realistas! nos abrimos y que les den por ahí, ¡que les den, que les den y que les den! otros foros habrá menos *reaccionarios,* venga ya... yo me piro...

EL JINETE SIN CABEZA a NIÑA PIERCING:

Hasta el gorro, tía... Yo me piro. ¡Que les aguante su padre si es que esos capuyos saben quien es! :-@

CHICO-LOBO a EL JINETE SIN CABEZA:

¡Marchando, tío!... Yo también me abro... ¿Y tú, Niña, te abres o te cierras?... **JE, JE, JE!!!**

NIÑA PIERCING a CHICO-LOBO:

Yo, como las cremalleras, sin atascos...¿Vale, tío? :-(... **Y NO ME GRITES!!!!!**

Re: NIÑA PIERCING a EL JINETE SIN CABEZA:

Si todos abandonan el barco, yo no me hundo con los peces. :D

CONDE DRÁ a EL JINETE SIN CABEZA:

Me «coloco» en el ataúd y que me lleven a otra cripta.

FRANKESTEIN Jr al CONDE DRÄ:

¡Eso, eso, a otra cripta! :D

MORTICIA TWO a NIÑA PIERCING:

Yo en casita con mis telarañas y la Mano, que Gómez está muy usado. ¿Te vienes, Niña?

Re: NIÑA PIERCING a MORTICIA TWO:

Me vengo Two. Igual nos lo hacemos las dos y todo.

Re: MORTICIA TWO a NIÑA PIERCING:

Eso, fuera tíos, que son unos plastas...

JACK EL TRIPI a MORTICIA TWO y a NIÑA PIERCING:

Me apunto, que hace meses que no mojo, y yo trabajo rápido y limpio, proclamo.

EL FANTASMA DE LA ÓPERA a EL JINETE SIN CABEZA:

A mi siempre me quedan las alcantarillas, y esas nunca fallan.

FRANKESTEIN Jr a EL FANTASMA DE LA ÓPERA:

¿Tú de que vas, de clásico??

CONDE DRÁ a EL FANTASMA DE LA ÓPERA:

¿Qué alcantarillas ni que niño fiambre? A mí lo que me mola es el ataúd :))))))

Re: NIÑA PIERCING a JACK EL TRIPI:

Merci, pero me sobran tus trabajos. Yo bailo sola. :D

Re: MORTICIA TWO a JACK EL TRIPI:

Para rápido, Gómez, ese, en un plis. :-&

Re: JACK EL TRIPI a MORTICIA TWO:

¡Anda ya, venga ya, toma ya! :->

Re: MORTICIA TWO a JACK EL TRIPI:

¡Tus muertos! :-@

Re: JACK EL TRIPI a MORTICIA TWO:

¡Mmmmmm, «requetesabrosones», oye tú! :-9

CONDE DRÁ a JACK EL TRIPI:

¡Un respeto aficionao, que eso es intrusismo!

Re: JACK EL TRIPI a CONDE DRÁ.

¡Eso, intro, intro y bien intro! :-9

EL FANTASMA DE LA ÓPERA a todos:

Me parece que se nos ha ido la olla mogollón.

EL JINETE SIN CABEZA a EL FANTASMA DE LA ÓPERA:

A piñón tio, que no tengo ni papa.

CHICO-LOBO a EL JINETE SIN CABEZA:

¡Irse o quedarse, e aquí el problema!

CONDE DRÁ a CHICO-LOBO:

¡Eres de «kulto» Guillermo Sánchezpérez! :->

Re: **CHICO-LOBO a CONDE DRÁ:**

¡Para «kulto» el tuyo!

NIÑA PIERCING:

¡Yo me abro con Morticia! %-)

MORTICIA TWO:

Nos abrimos las dos. ;-)

FRANKESTEIN Jr a MORTICIA TWO y a NIÑA PIERCING::

¡Toc, toc! ¿Se puede? :-9

Re: MORTICIA TWO a FRANKESTEIN Jr:

Por la aduana no pasa el que quiere sino el que puede. :->

Re: FRANKESTEIN Jr a MORTICIA TWO:

Yo siempre paso de contrabando. :-)^

Re: NIÑA PIERCING a FRANKESTEIN Jr:

¡No ralles más, tio! :D

CONDE DRÁ A NIÑA PIERCING:

¡Eh, chicas, pa cosa fina este menda, que a morder y chupar nadie le a ganao nunca! >:->

Re: EL FANTASMA DE LA ÓPERA a EL JINETE SIN CABEZA:

Colega, vuelve a repetir la propuesta, que aquí el personal está apalancao o tiene una empanada mental...

...

Re: EL FANTASMA DE LA ÓPERA a EL JINETE SIN CABEZA:

¡Oye tío, no te me hagas ahora el notas! :-@

...

EL FANTASMA DE LA ÓPERA a todos:

¡Al loro «pipol», que El Jinete sin Cabeza se las piró...!

TODOS, uno detrás de otro:

CONDE DRÁ:

¡Levanto el vuelo! :-@

MORTICIA TWO:

¡Y yo! :(

NIÑA PIERCING:

¡Espérame que voy! :-@

JACK EL TRIPI:

¡A la rica tortilla! :-9

CHICO-LOBO:

Sois unos capuyos, me voy a aullar solo.. :´-(

FRANKESTEIN Jr:

¡Me jiño que no veas! :D

EL FANTASMA DE LA ÓPERA:

¡Menudo buenri que corre por el hilo tíos, si estáis de este palo, yo me sumerjo en mis alcantarillas a esperar tiempos mejores!

...

EL FANTASMA DE LA ÓPERA:

¿Dónde os habéis metido?... ¡Sniff! :´-(

...

HOLA!!!!:

Hola amigos, soy Fede, tengo 12 años y medio y este es mi primer foro o como se llame, y hace tiempo que os leo y por eso querría entrar en vuestro clan, si me dejáis, porque me moláis mogollón, y me gustaría mucho llamarme King Kong, la Amenaza, si os parece bien.

Re: El FANTASMA DE LA ÓPERA a HOLA!!!!:

Mejor te llamas El Muñeco Diabólico, chaval.

Re: HOLA!!!! a EL FANTASMA DE LA ÓPERA:

¿El Muñeco Diabólico?...

Re: EL FANTASMA DE LA ÓPERA a HOLA!!!!:

¿El Muñeco Diabólico? ¿El Muñeco Diabólico?... ¿Es que estás sordo de las dumbas?... ¡Anda y que te den, trozo niñato gilipuertas! :((((((((((((((((

¿Adónde la adolescencia?

Wilfredo Carrizales

Escritor y sinólogo venezolano (Cagua, Aragua, 1951). Reside actualmente en Peking, China, donde estudió chino moderno y clásico, así como historia de la cultura china en la Universidad de Peking (1977-1982). De septiembre de 2001 a septiembre de 2008 fue agregado cultural de la Embajada de Venezuela en China. Textos suyos han aparecido en diversos medios de comunicación de Venezuela y China, entre otros países. También ha publicado los poemarios *Ideogramas* (Maracay, Venezuela, 1992) y *Mudanzas, el hábito* (Pekín, China, 2003), el libro de cuentos *Calma final* (Maracay, 1995), los libros de prosa poética *Textos de las estaciones* (Editorial Letralia, 2003; edición bilingüe español-chino con fotografías, Editorial La Lagartija Erudita; Peking, 2006), *Postales* (Corporación Cultural Beijing Xingsuo, Pekín, 2004), *La casa que me habita* (edición ilustrada; Editorial La Lagartija Erudita, Peking, 2004; versión en chino de Chang Shiru, Editorial de las Nacionalidades, 2006; Editorial Letralia, 2006) y *Vestigios en la arena* (Editorial La Lagartija Erudita, Peking, 2007), el libro de brevedades *Desde el Cinabrio* (Editorial La Lagartija Erudita, Peking, 2005), la antología digital de poesía y fotografía *Intromisiones, radiogramas y telegramas* (Editorial Cinosargo, 2008) y cuatro traducciones del chino al castellano, entre las que se cuenta *Libro del amor*, de Feng Menglong (bid & co. editor, 2008). La edición digital de su libro *La casa que me habita* recibió el IV Premio Nacional del Libro 2006 para la Región Centro Occidental de Venezuela en la mención «Libros con nuevos soportes» de la categoría C, «Libros, revistas, catálogos, afiches y sitios electrónicos».

Mientras la juventud ganaba sus fueros no conoció la muerte, a excepción de la defunción de su querido abuelo materno, con quien había compartido muchos momentos de felicidad al tenerlo como compañero de aventuras durante su niñez.

Ilustración: Wilfredo Carrizales

¿Adónde la adolescencia?

Wilfredo Carrizales

Parece que se fue al lejano arcón de las evocaciones, junto con las audacias, rebeldías, locuras y sinsentidos que la acompañaron... Afloró con una violenta erección en una madrugada que hubo que aplacar metiendo el pene dentro de la almohada y restregándolo con intensidad hasta que un brutal estallido de esperma trajo al cerebro una inefable placidez, una indescriptible sensación nunca antes experimentada. A partir de allí seguirían otras noches hasta que la funda de la almohada ya no resistió más embates y, perforada y tiesa, debió ser lanzada a escondidas sobre el techo de la casa. Luego la sala de baño serviría, a la hora de las duchas, para conocer los placeres de la espuma de jabón en su labor de tratar de descapullar al órgano colgante que anhelaba, cada vez más, intensos acordes de aquella recién descubierta música de los espasmos y las vibraciones. Al poco tiempo, el primer coito verdadero con una vecina también virgen y el descaperuzamiento total con su infundado temor de haber quedado malogrado y sucesivos encuentros subrepticios en busca de la tierna carne hendida en dos mitades y saboreada en la plena oscuridad de la medianoche, al amparo del canto de los gallos y el maullido de los gatos. Posteriormente la iniciática visita al burdel de la mano de los tíos maternos y el encuentro con un mundo desconocido colmado de aromas de alcohol, comercio sexual y fingimientos.

Más adelante la repentina irrupción de un persistente acné que acaso demostraría la afición constante al diálogo con Manuela y el consiguiente retraimiento y aislamiento para huirle a las burlas de las compañeras del liceo y de las otras muchachas que rondaban el vecindario. Sin embargo, a pesar de las asperezas brutales de la piel facial, alguna que otra compañera de clase se dejaba acariciar las nalgas con las rodillas que estaban inmediatamente detrás en el pupitre colocado con maliciosa estrategia o el pene abultado y a punto de reventar el cierre del pantalón —oculto por la bata blanca— se aliviaba en las prácticas de laboratorio de química y biología al restregarse contra las turgencias glúteas

femeninas que no oponían resistencia. Durante las fiestas liceístas era más notable la ausencia del afectado por el acné, mientras los otros que habían escapado a esa molestia bailaban, se divertían y hacían pullas a su costa. Mientras tanto, el del acné, encerrado en su cuarto, estudiaba y se acariciaba la verga en armonía con las páginas del libro. Ya no le importaba si los demás sacaban la conclusión de que entre su afección cutánea y la masturbación había una íntima relación.

En los años violentos, de luchas de calle y guerrillas, la política le pasó por encima o por un costado, sin mojarlo. Ella iba por su lado y él por el suyo, sin tocarse. Apenas, uno que otro incidente reivindicativo o protesta contra profesores adocenados, lo tuvieron como protagonista. Lo que más le interesaba eran los estudios, los libros, los amplios conocimientos. No obstante, a veces sucumbió a las francachelas de carnaval y terminaba borracho en las aceras o sobre su cama, sin saber cómo había regresado indemne. También otros excesos con el alcohol acontecían en las fiestas patronales de su ciudad, sobre todo en el sitio donde se llevaban a cabo los toros coleados. En esas ocasiones, se unía a la pandilla que lo tenía por uno de los suyos y exponía la vida cada vez que un feroz toro, en su súbita aparición seguido por un tropel de jinetes, se llevaba por delante a los que no estaban precavidos y se descuidaban. De esta manera vio morir a algunos conocidos suyos, pero aun así continuó exponiéndose a un fatal percance que afortunadamente no se dio.

A medida que iba conociendo mundo más le interesaba alejarse hasta zonas agrestes, especialmente aquellas pobladas por tupidos bosques o abruptas selvas, donde la neblina fuese la anfitriona de tales parajes y abundaran los pájaros y las corrientes de agua. Las frecuentes peleas con su padre lo condujeron en dos oportunidades a fugarse de su casa. Mas los temores de dejar el bachillerato inconcluso lo trajeron de vuelta con la consiguiente reprimenda y castigo. No pocas ollas, muebles de la cocina y hasta trajes de su progenitor sufrieron la ira de su venganza. Su ya de por sí carácter introvertido se agudizó todavía más, aunque no faltaron frecuentes discusiones con los vecinos por nimiedades o mutuos malentendidos. De madrugada se tomaba el desquite y arrojaba piedras sobre los tejados de las casas que consideraba habitadas por gentes hostiles. Su manera de ser oscilaba entre la iracundia irracional y la más bochornosa cobardía. Su fisonomía se configuraba al vaivén de los dos extremos.

Era generoso con sus amigos, aunque algunos de éstos se aprovechaban abiertamente de su bondad y lo buscaban y utilizaban cuando les convenía. Siempre fue muy susceptible a tales situaciones y las enfrentaba ocultándose en su habitación con sus libros favoritos —novelas históricas y tratados de mitología— y cuando sus compinches lo llamaban desde la puerta de calle se tapaba los oídos

para no atenderlos.

El deporte le interesó desde temprano, en especial el baloncesto, disciplina donde uno de sus tíos maternos se destacó ampliamente y que contribuyó a atraerlo hacia ese más que pasatiempo. En una breve pasantía por las partidas de béisbol organizadas en parques o terrenos abandonados figuró como un pitcher promisorio, o por lo menos eso aseguraron los entendidos de entonces. Muchos de sus compañeros de juego de aquella época sucumbirían posteriormente ante la marihuana y la cocaína. Él, que nunca aprendió a fumar ni le interesó desde el principio tal vicio o placer, no sintió atracción por ninguna droga y sólo tuvo en sus manos unas semillas de marihuana que le dio, temeroso, un compañero de clase. Como no sabía qué hacer con ellas, las arrojó en un desaguadero y allí murió su conocimiento de esa planta.

Mientras sus compañeros de estudio y amigos generacionales bailaban al compás del rock and roll y el twist, él prefería escuchar, en el pequeño tocadiscos de un tío suyo o en el moderno tocadiscos que le habían comprado a la abuela materna, a Roberto Carlos, Charles Aznavour y Altemar Dutra cantando baladas o boleros en español. Sólo tiempo después, cuando tuvo de vecino a un joven isleño canario, mayor que él unos tres años, quien poseía la colección completa de The Beatles, se aficionó a ese grupo por un tiempo hasta que el canario murió en un accidente de tránsito y los discos desaparecieron. Luego vino el gusto por disfrutar de la nueva canción latinoamericana y junto con la adquisición de un modesto radio-cassette llegaron Soledad Bravo y Mercedes Sosa y Atahualpa Yupanqui y Daniel Viglietti y Numa Moraes y Víctor Jara y muchos más y metido en su cuarto, de noche, con la ventana abierta para que ingresaran las estrellas y las noctilucas, ponía a todo volumen el aparato musical para que los vecinos se enteraran de qué iba la cosa y para que supieran a qué atenerse.

El acné a veces se tornaba sumamente agresivo, virulento, y le causaba estados febriles que lo sacaban de quicio y de la escena pública y liceísta por un tiempo. Llegó a aplicarse, desesperado, toda clase de emplastes y lociones sobre el rostro para tratar de acabar cuanto antes con la maldita afección que lo sumía en una depresión desesperante. Por momentos pensó usar una hojilla de afeitar y cortar de raíz el mal que lo aquejaba con tanta vehemencia. Por suerte su cobardía y su miedo a la sangre lo eximieron de cometer tal locura. Optó por no mirarse al espejo mientras se peinaba y por no acariciarse la tez para no sentir la desagradable sensación de la asperidad.

Otra de sus obsesiones era su pelo. Al recordar cuán liso lo tenía cuando era pequeño sufría una gran congoja por no saber cómo su cabellera había adquirido la sequedad y el deterioro que mostraba por aquella época. Sin embargo,

sospechaba que todo se debía al uso indiscriminado de todo tipo de champús y jabones sumamente alcalinos, mas no por ello dejó de emplearlos y se resignó a que las jóvenes se burlaran de él mientras señalaban su «pelito malo».

Cuando descubrió que sus padres guardaban unas viejas monedas de plata en el fondo de un ropero decidió sustraerlas de a poco para comprar revistas ilustradas con mujeres desnudas, las cuales, en firme, leía mientras defecaba en pelotas, por las tardes, con la casa sumida en un cómplice silencio y su mano subiendo y bajando, en forma de embudo, por el glande hasta ponerlo como un grueso rábano, pero impidiéndole que se desmadrara. Especialmente le gustaban las revistas donde aparecía Ursula Andress —semidesnuda o en ropa interior— o se mostraba en toda su exuberancia Jane Fonda en su papel de «Barbarella».

Mientras la juventud ganaba sus fueros no conoció la muerte, a excepción de la defunción de su querido abuelo materno, con quien había compartido muchos momentos de felicidad al tenerlo como compañero de aventuras durante su niñez, pero así mismo con quien se peleaba a menudo al llegar a su etapa de mozalbete. Fue el único de la familia que no acompañó al cortejo mortuorio hasta el cementerio y se quedó solo en la vieja casa revolviendo las añejas cosas del abuelo, esperando encontrar una apropiada que le sirviera de amuleto para toda la vida y que además fuera idónea para comunicarse con él en cualquier momento. Nunca olvidaría que su abuelo cuando se enojaba con él le decía en alta voz «¡Estás equífero!» y que él jamás pudo encontrar el significado de tan extraña palabra.

No aprendió a manejar automóviles ni motocicletas cuando todos sus compañeros ya sabían conducir esos aparatos a gran velocidad por las calles de la ciudad; no sintió ninguna atracción por la conducción de tales artefactos de locomoción. Sólo se interesó, tardíamente, en adiestrarse en el manejo eficaz de la bicicleta para demostrar las piruetas que podía hacer en mitad de la plaza y burlarse del orden público y sus guardianes.

Le cogió gusto a ver películas pornográficas los sábados por la noche en un cinematógrafo de segunda, ubicado no muy lejos de su morada. Cuando carecía de dinero —las más de las veces— procuraba que algún compañero de clases lo invitase. Ya comenzada la película —siempre de pésima factura— y con la sala en penumbra esperaba el momento más interesante de la noche: el ingreso casi clandestino del alto y negro profesor de educación artística, invariablemente ataviado con traje blanco y corbata negra, el cual se sentaba en el asiento más arrinconado de la última fila. Hacia allí dirigía la mirada una que otra vez, sólo por saber a qué se entregaba el áspero educador.

A medida que se acendraba la adolescencia su verbo se fue haciendo más y más mordaz, cáustico y penetrante y con él la emprendía contra los mediocres, los arribistas y los serviles de su entorno y de su liceo. Se paseaba orondo para ganarse enemigos y para hacer rabiar a los envidiosos vecinos. Al amanecer solía entonar falsas plegarias para molestar a su abuela paterna, anciana muy beata y rezadora. Con la crudeza de sus atributos discursivos golpeaba a diestra y siniestra, sin importarle a quién zahería o convertía en víctima del escarnio. Las verdades de Perogrullo las repetía frecuentemente para parodiar a los sabihondos. Si de algo adoleció fue de la no falta de originalidad.

Rescoldo

Horacio Centanino

Docente, traductor, periodista y escritor uruguayo. Doctor en literaturas hispanoamericanas por la University of California, Berkeley (1998). Artículos suyos han sido publicados en medios como *Henciclopedia, Revista de crítica latinoamericana* y *Lucero. A Journal of Iberian and Latin Studies*. Ha publicado los libros *Modernización y cultura en el Uruguay. Una lectura teatral* (Montevideo: Melibea, 2000), *La dictadura: reflexiones y relatos* (Lulu, 2011) y *Trama tensa* (poesía; Lulu, 2012).

Agustín la tomó de la mano y la llevó de remolque a lo largo de varias cuadras, en las que debieron sobreponerse a varios tropezones, esconderse en zaguanes y esquivar patrullas que rondaban en las inmediaciones.

Fotografía: Stock.Xchng

Rescoldo

Horacio Centanino

El Fatiga iba adelante, abriéndose paso entre la multitud de transeúntes. Caminaba rápido y encorvado, escrutando de reojo el movimiento de la calle. Llevaba puesta una gabardina raída de color verdoso y cargaba bajo el brazo derecho un paquetón envuelto en papel de embalaje atado con hilo sisal. La gente sorprendida o irritada se hacía a un lado antes de ser embestida. Otros jóvenes que lo seguían de cerca llenaban de inmediato el surco de gente que se formaba a su alrededor. Los demás concurrentes deambulaban por la acera fingiendo naturalidad. Además de los bultos delatores que encubrían los neumáticos, algunos de ellos transportaban bidones de nafta cuyo tufo se percibía desde lejos.

Llenaban ambas veredas de la principal avenida, en el centro capitalino donde se apiñan las oficinas y comercios, a la hora vespertina de mayor tráfico. Las parejas ad hoc miraban las ofertas que exhibían las vidrieras de las tiendas mientras consultaban insistentemente las agujas del reloj. Cada minuto de espera aumentaba el riesgo de denuncia, la anulación de la sorpresa, el costo humano de la movilización. El día anterior un estudiante había muerto en un choque callejero con la policía.

A la hora convenida el Fatiga saltó a la calle gritando a voz en cuello una consigna que fue rápidamente acompañada por cientos de personas. El súbito estruendo retumbó en la avenida y se encajonó entre los edificios. Agustín sintió el miedo en la boca del estómago pero bajó a la calle y se sumó a la grita. Por una fracción de segundo le pareció que algo semejante al pánico escénico se apoderaba de los estudiantes y hasta le dio vergüenza ajena la soledad del Fatiga inaugurando la protesta y articulando las primeras sílabas del eslogan. El primer manojo de volantes arrojado hacia el cielo quedó allí suspendido como si el tiempo se hubiese detenido. Primero fue un *paf* asordinado y después un rumor expansivo de papeles que no terminaban de caer. Parecían infinitos los panfle-

tos que aleteaban sobre las cabezas de los manifestantes. La violenta irrupción de la protesta sacudió a los peatones que a esa hora hacían compras o salían de sus trabajos. Antes de que la luz del semáforo cambiara a rojo, un grupo de manifestantes distribuyó los neumáticos a través de la avenida y procedió a incendiarlos. La adrenalina creció en la marea sanguínea de la muchedumbre. Los vivas y mueras retumbando en la gigantesca caja de resonancia formada por los edificios de la avenida los envalentonaba. Algunos espectadores saludaban la protesta desde la vereda con los puños levantados pero la mayoría la contemplaba con alarma y azoro. Todo lo que acaecía en derredor adquiría una intensidad extraordinaria y se atenuaba proporcionalmente lo que quedaba fuera del microclima de la movilización. El tráfico se había paralizado y tronaban las impacientes bocinas allende la cortina de fuego de la barricada que se alzaba a más de tres metros de altura, alimentada cada tanto por una sucesión de cócteles molotov lanzados desde distintas direcciones. Los parroquianos del café de la esquina donde ardía la barricada se agrupaban detrás de los ventanales. Los pasajeros de varios vehículos del transporte colectivo que se habían quedado atascados en el semáforo habían descendido, temiendo acaso la quema de los mismos. El humo y el penetrante olor a caucho incinerado dificultaban la respiración. Los residentes de los edificios de apartamentos abrían sus ventanas. Los automóviles detenidos a la fuerza al pie de la barricada intentaban desviarse por las calles laterales. Entre la gritería ensordecedora se oyeron las primeras sirenas policiales.

La protesta relámpago duró en total menos de diez minutos. El diarero del kiosco de la esquina discutía con un grupo de estudiantes porque decía que le arruinaban el negocio a la hora de más venta. Un estudiante le explicó el significado de la protesta. El vendedor replicó que se notaba que los mantenían sus papás. Los ánimos se caldeaban. Las predeterminadas vías de escape fueron sembradas de púas pincha-ruedas para impedir el desplazamiento de las fuerzas policiales. Antes de volver la espalda a la barricada y huir calles abajo Agustín escuchó dos disparos de bala provenientes del oeste e instintivamente agachó la cabeza y se lanzó a correr. Otra detonación rebotó contra la fachada de mármol de una joyería produciendo una nube de finísimas lascas y terminó incrustada en la pantorrilla derecha de una muchacha que observaba los incidentes desde la terraza de un primer piso situado a cincuenta metros de la barricada. Agustín olió también las descargas de los gases lacrimógenos. La disolución de los disturbios se anunciaba expeditiva. El gobierno no iba a permitir una escalada de movilizaciones populares a raíz de la muerte del estudiante, así tuviera que matar a otros. Dos grandes carros de asalto policiales de forma cuadrangular cruzaron la avenida central y frenaron dramáticamente frente a la plaza; decenas de agentes antimotines coparon las calles mientras un carro de bomberos batallaba para

extinguir la barricada. Una lluvia de piedras y balines de acero lanzadas por horquetas les dio la bienvenida. Varias personas fueron detenidas en el acto y empujadas dentro de los vehículos represivos.

Era una noche fría y húmeda de fines del invierno. Había estado lloviendo en la tarde y el pavimento aún estaba mojado. En el desbande general que se produjo después de la llegada de los gendarmes, Agustín resbaló en un charco de agua y cayó de bruces en medio de la calle. Mientras caía recordó con espanto que tenía un cóctel molotov en el bolsillo de su abrigo que no había arrojado durante la protesta. Si no estaba ardiendo a lo bonzo en ese mismo instante era simplemente porque la botella con gasolina y catalizadores químicos había resistido el choque sin romperse, amortiguada por su gabán. El *toc* mate del golpe del vidrio contra la calzada le heló la sangre. Para eliminar la posibilidad de otro accidente dejó el molotov junto al cordón de la vereda y siguió corriendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas. Las retiradas de las manifestaciones nunca eran el ordenado repliegue que los organizadores planificaban, sino antes bien un caos gobernado por el instinto de supervivencia. En esas circunstancias, siempre había gente agarrotada por el miedo, confundida o atontada, que no atinaba a correr hacia ningún lado. Había entonces forcejeos, codazos y empujones, gritos de alarma, exhortaciones, conminaciones, imprecaciones, sofocones, congestiones, resbalones, esguinces, ahogos, calambres, cólicos, revolcones, disparos, frenazos de autos, libros caídos, retintín de llaveros, acuciantes sirenas policiales. Un hombre mayor que salía en ese momento de un zaguán fue arrastrado por la marea humana y terminó con taquicardia abrazándose a un árbol como a una tabla de salvación. Resoplaba boquiabierto, con la expresión desencajada frente al insólito maremágnum que lo rodeaba. Nuevos disparos resonaron en la avenida.

Todos los manifestantes vestían abrigos, gabardinas o Montgomery, pantalones vaqueros y bufandas, o bien los uniformes del colegio secundario, saco azul y pantalón gris, camisa blanca y corbata los varones, falda gris, sweater azul y camisa blanca las mujeres. Esto facilitaba las redadas de la policía y la aprehensión de los manifestantes. Barrios enteros de la ciudad eran sometidos a exhaustivas redadas después de cada protesta, por lo cual lo mejor para los jóvenes era desaparecer cuanto antes de las calles. Las suelas de los zapatos de los fugitivos raspaban el asfalto a la carrera, pero no se movían con la celeridad necesaria. Por más que se afanaran estaban como atados al lugar de los hechos, como en esas pesadillas en que un individuo se debate vanamente contra un medio viscoso.

En la corrida Agustín se topó con Maribel que venía resoplando por el esfuerzo. Tenía las mejillas encendidas y respiraba con la boca abierta. Agustín la

tomó de la mano y la llevó de remolque a lo largo de varias cuadras, en las que debieron sobreponerse a varios tropezones, esconderse en zaguanes y esquivar patrullas que rondaban en las inmediaciones. Cerca de la Rambla Sur, cuando pudieron sentirse razonablemente a salvo del celo represivo aminoraron la marcha y siguieron caminando despacio, como si fueran novios inmersos en su propio universo. Así llegaron hasta la escollera, se sentaron en el murallón y fumaron un rato de cara al pampero. El olor a mar revuelto y a tormenta inminente les llenaba los pulmones. Otra vez se habían salvado. Más tarde bajaron a las rocas y saltando de piedra en piedra encontraron un hueco hospitalario donde no llegaba el viento ni la luz del alumbrado público ni la espuma del rompiente próximo. Allí se besaron un rato y entraron en calor. Agustín no supo cómo empezó dicha intimidad pero el mérito debió ser todo de ella porque él era tímido y le espantaba la eventualidad de un rechazo. Además apenas se conocían de vista y de oídas, puesto que eran compañeros de militancia de una misma zona de la ciudad pero de liceos distintos. Maribel tenía una manera rara de reírse que al principio descolocaba, como si se hiciera la tonta deliberadamente. Era muy popular en su círculo porque le gustaba decir cosas escandalosas o insólitas que después se repetían en otros ámbitos y le iban estableciendo una especie de leyenda. No era bonita, ni siquiera atractiva, pero tenía esa manera original de hacerse notar y esa actitud de así-soy-yo-te-guste-o-no que en efecto caía bien o mal de entrada. El desparpajo era su rasgo primordial y a Agustín le atraía y le divertía. Usaba un frenillo metálico en la dentadura superior que él le pidió que se quitara porque temía que le cortara la lengua. Hablaron de la manifestación de esa noche, de la muerte del estudiante el día previo, de la tómbola macabra que un día los podía escoger, de la militancia en general, del fascismo que se les venía encima como un tren descarrilado, de ciertos compañeros y compañeras que ambos conocían. Coincidieron en gustos y rechazos y se sintieron reconfortados por ello. Maribel le confesó que había estado muy enamorada hacía un tiempo pero que ya se le había pasado, que ahora se sentía muy bien así, solita como estaba y que no pensaba cambiar su estatus a no ser por un amor torrencial que no le dejara otro camino que la rendición. Así hablaba. Agustín le contó lo que le había ocurrido con el molotov esa noche y consiguió estremecerse otra vez mientras lo hacía. Naciste de nuevo, le dijo Maribel, y lo volvió a besar. Él le metió la mano dentro de la camisa y le palpó un pecho caliente e inabarcable que quiso de inmediato liberar de la prisión del sujetador. Ella le dijo que estaba yendo muy rápido teniendo en cuenta que era la primera vez que hablaban. ¿No creía él que todo en la vida debía cumplir sus fases y que era contraproducente salteárselas? Agustín le respondió que se estaban jugando la vida a diario y que tenían que aprovechar todas las oportunidades que se les presentaran porque no sabían cuál sería la última. Como un rayo, la vergüenza le sonrojó hasta las pestañas. Qué cursilería fenomenal. ¿Necesitaba apelar al carpe diem para echar-

se un polvo? Ella, sin embargo, no se carcajeó. Se quedó callada un buen rato oyendo el mar que rompía a pocos metros de su refugio rocoso. Olía a iodo y a salitre, a cangrejos y a moluscos, a greda, a maderas podridas. Después, tras el impasse que sólo a él incomodó, se siguieron besando y cuando él retomó el atajo de la camisa ella ya no lo detuvo. Difícil calcular cuánto tiempo consumieron en estas diligencias. Agustín era consciente de que repetía las secuencias boca, mejillas, orejas, cuello, senos y temía delatar así su inexperiencia. Mientras tanto, lanzaba expediciones furtivas a las zonas bajas, enardeciéndose con cada centímetro de terreno ganado. No se aburrían ni se cansaban. Agustín estaba hipnotizado por aquellos rotundos pechos blancos, duros, cálidos, con sus vastas aureolas oscuras y los pezones puntiagudos que las coronaban. Sólo con sus dos manos juntas lograba abarcarlos.

Al cabo, quiso pasar a formas superiores de lucha, olvidándose completamente de la incomodidad y del frío. Maribel lo volvió a frenar, pero esta vez de manera más tajante. Otro día, le dijo, ahora estoy con el mes. Mi buena estrella, pensó Agustín. Estuvieron un buen rato callados, como si no supieran salir de la situación sin herir susceptibilidades. A Maribel, la timidez de Agustín le mellaba un tanto su famoso descaro, no obstante lo cual, fue ella quien al cabo reanudó los arrumacos, y más guiada por la piedad que por el ardor, depositó su mano pequeña sobre la bragueta hinchada. Agustín se lo agradeció en silencio y le allanó la curiosidad extrayendo el miembro erguido con un cierto orgullo pueril. La brisa marina le rozó el glande y nunca se sintió tan pleno y desvalido al mismo tiempo. Demoró sólo segundos en acabar con una descarga inagotable que ella se tragó sin hacer un mohín. Es bueno para el cutis y tiene muchos nutrientes, le dijo ella como si leyera un anuncio comercial. Después caminaron por la rambla y Agustín la acompañó hasta su casa. No iba a llover después de todo. Se despidieron en la puerta sin preguntarse si se seguirían viendo. Ambos sintieron acaso que el encuentro fortuito de una noche no justificaba más que esa despedida amigable. Dos semanas después Maribel cayó presa en otra manifestación y permaneció detenida varios días. Como era menor de edad, no pudieron aplicarle el código penal con el rigor que jueces y gendarmes hubieran querido. Cuando salió de prisión se cambió de liceo y dejó de militar en la agrupación estudiantil. Se corrió el rumor entonces de que bajo torturas había delatado a algunos de sus compañeros, pero Agustín no lo creyó. Esas murmuraciones siempre se echaban a correr cuando alguien caía preso, las organizaciones se curaban en salud anticipándose a lo peor. El Fatiga pasó a la clandestinidad ese mismo año. Su fotografía de prontuario apareció en un bando militar propalado por la televisión. Maribel se fue con su familia al Canadá al poco tiempo y ya no volvió al país ni de visita.

TQM

Fragmento

Doménico Chiappe

Escritor y periodista peruano-venezolano (Lima, 1970). Residió en Venezuela desde 1974 hasta 2002, cuando se estableció en Madrid, donde escribe guiones para cine y televisión y se dedica a la literatura. Ha sido periodista fundador del diario *TalCual*. Trabajó en *El Nacional* y en la revista *Primicia*. Colaborador del suplemento literario *Verbigracia* de *El Universal*. Junto con Andreas Meier, es autor de la obra multimedia *Tierra de extracción*. Su libro de cuentos *Párrafos sueltos* (2003) obtuvo el Premio de Narrativa Ramón J. Sender, en España. En 2007 publicó en Madrid su novela *Entrevista a Mailer Daemon*.

Las paredes se rayaban con las letras TQM. En Caracas, eran mensajes de amor lo que manchaba las fachadas. Con el tiempo, los te-quiero-mucho serían reemplazados por los TQQJ.

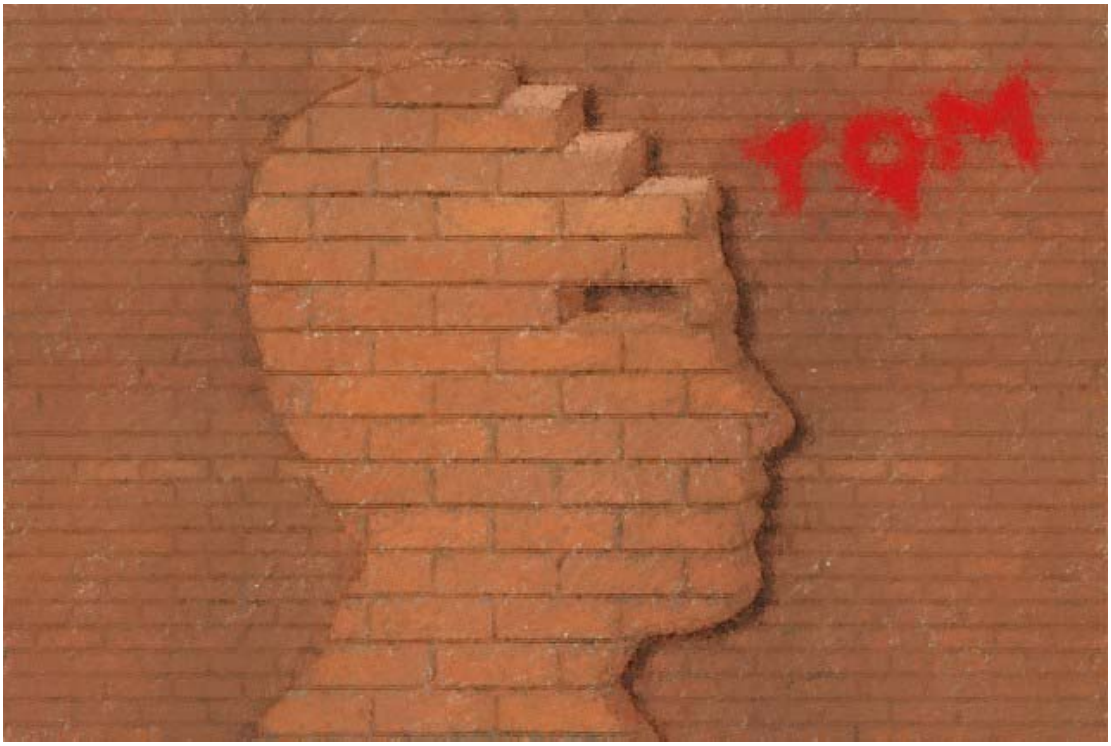


Ilustración: Mike Agliolo

TQM

Fragmento

Doménico Chiappe

Solía caminar hasta Plaza Las Américas, una mole de concreto rodeada de aparcamiento al aire libre, donde colisioné con una reja alfajol cuando intentaba una pirueta con la 100 enduro de un amigo que conducía sin manos por la bajada de Los Naranjos. El vértigo caraqueño enniebla los nombres de aquellos que deberían permanecer en la memoria.

Plaza Las Américas se alzó como el templo de las aventuras; la sede de un viaje iniciático; el punto de referencia de la pubertad. En Musiyama, mi padre me compró una guitarra eléctrica Vision, que llamé Estefanía y que perdí en alguna andanza posterior. Comencé a estudiar música y, cuando todo el país sabía que el dólar dejaría de costar 4,30 bolívares, mis padres me compraron a crédito una Fender y un amplificador. A la guitarra, roja y blanca, la nombré Desiree —alejado de Caracas, emigrado a la Isla de Margarita, comencé a componer. Cuando estuve de vuelta, la ciudad obsequiaba sonidos, imágenes, sensaciones que pasaron a un cuaderno de notas y se hicieron canciones:

la bulla de los suburbios,
el sonido de la ciudad
un disparo, una madre
pasos, gente angustiada
oigo a los que no tienen nada
la jeringa
las botas del poder
voceros del poder
hombre único con derecho a ejercer
el sonido del dinero
el brazo del pesado
la justicia cede
Pesadilla

la gente no quiere pensar
un destello, un entierro,
una lápida sin funeral
la sonrisa de satisfacción del juez
un señor, un avión
cigarrillo, pitillo
Pesadilla
oscuridad, hoja de afeitar
joven desnuda
manual para aprender a votar

En mi calle, dos adolescentes me cortaron el paso, me dijeron que me llevaría «una puñalada pa'tu casa», me empujaron a un estacionamiento que carecía de puerta mecánica, me quitaron una cadena de oro. De regreso, mis amigos de la plaza dijeron que, si aparecían por allí, se vengarían, pero no se movieron del sitio. Cuando subí a casa al final de la tarde, mi padre me dijo que lo acompañara con mi bate y, en el Century con techo de vinilo que acababa de comprar, recorrimos las calles de Chuao a Los Ruices. Caracas inculca la indiferencia al contacto de un cañón contra la sien —lo conocería un sábado en la tarde al entrar en una casa de La Lagunita—, y al sonido de los tiros y los lamentos —que escucharía desde mi ventana sobre el barrio Santa Cruz.

En aquella época, en que Aditus grababa *Guardia de frontera,* La Misma Gente cantaba *Tonterías* y Marisela Bonilla presentaba *Habitantes de manzanas* en Radio Difusora Venezuela, falté a clases para visitar a aquella que usaba imperdibles en la ropa. La visité tantas veces. Las paredes se rayaban con las letras TQM. En Caracas, eran mensajes de amor lo que manchaba las fachadas. Con el tiempo, los te-quiero-mucho serían reemplazados por los TQQJ.

Deserté del autobús escolar. Como Walter, Valmore, Plesman, Durán, Morón, yo prefería el transporte público. De la calle Maracaibo caminaba hasta Concresa. A veces, con una breve parada en el perrocalentero de la esquina. Uno con todo, por favor. Allí, un carrito-por-puesto hasta Las Mercedes, frente al Paseo —1,50 bolívares—, a esperar el autobús a El Cafetal —un bolívar. O pedir cola bajo el elevado. Me bajaba en el nacimiento de la avenida principal de Caurimare y caminaba hasta la cima. Caracas es indivisible y se recorre más o menos rápido según cómo te muevas.

A pie íbamos las noches de los viernes y los sábados. Desde la esquina de la Iglesia San Luis Gonzaga de Chuao hasta el Teatro Chacaíto, donde entrábamos gratis y bebíamos cerveza y ron en los camerinos, con los actores y, lo que más nos interesaba, las actrices de esas comedias burdas. A veces, incluso, entrábamos en la oficina del dueño, que se marchaba primero que nosotros, y encendíamos sus habanos. A la una o dos de la madrugada emprendíamos el regreso.

Freddy abandonaba el grupo en la entrada de San Román y, cuando yo me desviaba a Caurimare, Antonio seguía por la principal de El Cafetal. Eran noches frescas que no exigían abrigo. Cuando Antonio conducía el Fiat Supermirafiori de su madre, la noche se alargaba. Comprábamos cerveza en el 24 horas de Chacao y lo bebíamos en el mirador de La Alameda, todavía en construcción y por tanto territorio libre, o de San Román, cuya vista había sido cercenada por el Eurobuilding —unos años después, encontraría cerrado el paso por una cadena. La embestí con mi Chevette blanco, acostumbrado de sobra a los golpes. Al regreso, un guachimán nos apuntaba con una pistola y se condolía por su candado roto. Se bebió una de las cervezas sobrantes con nosotros y nos dejó partir.

Comencé a estudiar en la tarde: Ciencias en el Instituto Escuela. En el recreo más largo, de quince minutos, escapábamos en carro hasta el Centro Comercial Morichal, recién inaugurado en la calle Paseo. Fuimos los primeros y mejores clientes de un portugués que nos recibía sonreído y nos vendía la Polar. Los viernes salíamos a las tres y pasábamos la tarde sentados en el brocal de esa calle, bajo unos árboles, con tres, cuatro, seis cervezas cada uno: Ricardo, el chino, el gordo Domingo, Alejandro, Jesús, los dos Paul, Pablo, Daniel, Aquiles, Carlos, que rompía la lata por abajo con una llave, pegaba la boca y destapaba. Ante la mirada de Larissa, Emi, María Gabriela y Beatriz jugábamos tonga, apoyados en la pared de una casa. Tiempos de transición que Caracas atestiguó, incólume.

Recuerdo un sótano de Los Chorros que siempre permanecía abierto: Gladiadores Gym. Antonio y yo solíamos abrir la puerta a las siete de la mañana, después de encontrarnos en la puerta de mi casa y atravesar Los Ruices a pie. Antes, nos deteníamos para beber una malta en la panadería de la calle principal. A esa hora, el gimnasio estaba vacío y se podía escuchar, a través de los barrotes de una abertura sin ventana, un riachuelo que acariciaba la casa; un cauce de agua que a veces apestaba. El ruido de los hierros que entrechocaban y de nuestro esfuerzo por levantarlos nutría la idea de que la indefensión es sentencia de muerte; que los enemigos sobran; que la casualidad conspira. Más tarde se llenaba de forzudos que competían en libras que levantar y en cuentos sobre cómo peleaban contra enemigos imaginarios que en cualquier momento se convertían, en su necesidad de derramar su poderío muscular, en gente real, viandantes a veces indefensos, a veces envalentonados por el licor. Cambié las tardes ebrias con los amigos del colegio por correrías atléticas predestinadas a la violencia, y desde entonces camino con la tensión de la pelea.

Así preparé mi abandono a Caracas con indolencia. Sin arraigos, como un prófugo en una balsa, inicié un viaje que actuaría de paréntesis, antes de un último exilio, definitivo.

Vida de perros

Juan Carlos Chirinos

Escritor venezolano (Valera, Trujillo, 1967). Autor de *El niño malo cuenta hasta cien y se retira* (2004), *Nochebosque* (2011), *Leerse los gatos* (1997), *Homero haciendo zapping* (2003) y *Los sordos trilingües* (2011). Incluido en antologías de Venezuela, España, Francia, Estados Unidos, Argelia, Cuba y Canadá; compiló la antología *Zgodbe iz Venezuele* (Liubliana, 2009). Ha escrito las biografías *Francisco de Miranda, el nómada sentimental* (2006), *Albert Einstein, cartas probables para Hann* (2004), *Alejandro Magno, el vivo anhelo de conocer* (2004) y *La reina de los cuatro nombres. Olimpia madre de Alejandro* (2005). Estudió en la Universidad Católica Andrés Bello (Ucab), de Caracas, y en la Universidad de Salamanca. Actualmente reside en Madrid, donde se dedica al asesoramiento y la enseñanza de la escritura creativa.

Sigue del otro lado de la pantalla la muchacha sirviendo perros calientes con salsas y papitas, con la mirada fija sobre sus panes, sobre sus pinzas, tal vez pensando en el niño que la ronda desde hace tanto tiempo, ansioso por comerse el primer pan, la primera salchicha.

Vida de perros

Juan Carlos Chirinos

A Natalie Ortiz

El cursor de la pantalla titila sin descanso, a pesar de que hace varias horas que estoy aquí sentado. Pero qué estoy diciendo: el texto que brilla ante mí, fingiendo ser una página, acaba de sucumbir ante las frases agolpadas. Del otro lado de la pantalla, quizás en uno de los sensores del aparato, aquella muchacha —una adolescente al borde del abismo— agarra la salsa de tomate como si fuera una verdadera experta. Cuatrocientos niños se zarandean y de repente tengo la sensación de que mi computadora va a estallar ante tantos alaridos. El frío de esta habitación, verdadero, me recuerda muchas imposibilidades: no vas a escribir, no vas a volver a escribir una historia más, Juan, si no te prometes olvidar todos esos versos. No vas a volver a tener cerca ninguna piel de mujer, piel —a fin de cuentas— felina que siempre te entumece las partes más delicadas, si insistes en trasvasar el lenguaje común, la frase de todos los días. No volverás, y esto puedes darlo por hecho, a recibir una mirada exacta, o cariñosa, hasta tanto prometas («pero en serio, tonto») expirar ante la llama de la prosa. *Novolverástelojuro*. Por eso me levanto inútilmente a recoger un abrigo que me asegure el tránsito hacia la inmortalidad. A esta hora —¿7 u 8 de la noche?— no puedo escribir nada decente; por eso la he escogido, me queda la excusa de que no es un buen momento, y que otras veces he inventado historias mejores, te acuerdas, aquella de la bailarina, o aquella de la que se enterraba alfileres como un costurero. Ultimadamente, este texto intentará narrar, con lujo de detalles, pensándose sobre sí mismo, como corresponde a todo ser finisecular, una anécdota cualesquiera, pero de tan nimia, importante.

Sigue del otro lado de la pantalla la muchacha sirviendo perros calientes con salsas y papitas, con la mirada fija sobre sus panes, sobre sus pinzas, tal vez pensando en el niño que la ronda desde hace tanto tiempo, ansioso por comerse el primer pan, la primera salchicha. Nunca podrá imaginar la muchacha (¿cómo es?, no sé, a veces es casada, a veces soltera, ¿qué quieres que te diga?) que este

niño la ha soñado infinidad de veces, en vacaciones, en clases, en cumpleaños, en bautizos, niña ella, niño él, mujer ella, hombre él, abuela ella, nieto él. Ha imaginado los agradables momentos en bicicleta por la cota mil un domingo, los viajes en el teleférico y las patinadas en la pista de hielo; los caramelos del Coney Island y el peluche —Hollywood mediante— que con su fuerza ha ganado para ella; recuerda con fruición las fotos en la playa, y los rostros de los lancheros ante la belleza de una ¿sirena? que ríe como un ser humano y no está en ningún pedestal. Este niño ha tratado de acercársele en trescientas mil fiestas porque sabe que el día que lo logre, bueno pues.

Porque este niño —ella no lo ha percibido aún, pero lo hará— sólo asiste a fiestas donde ella esté repartiendo perros calientes.

También porque las salchichas lo enloquecen. Tal vez también porque no es malo comerse un pan y una salchicha y una sonrisa, todo con salsa. Una que otra niña, de trenzas rubias, de bucles dorados, ha distraído la atención del niño, pero la piel (¿de qué color?) esa no es piel, el cabello ese no es cabello, no se sabe qué es. El niño está aún muy joven como para fijarse en los ojos de los demás. Claro que sólo le atraen las miradas verdes o azules, pero me encargue yo o él de la sensación de esa mirada es igual.

¿Cómo dicen las historias?: *Nunca antes se habían visto ojos tan tristes, o tan bellos.*

El cursor de esta computadora siempre será incapaz de describir los rasgos humanos; esto será letra impresa, será leído como una hoja más de un libro de relatos; estará en cualquier tipo de letra, a cualquier punto, y probablemente en **negrita**, en *cursiva* o subrayada, pero siempre le será imposible describir los rasgos humanos. Porque al final esto será papel, no carne. Pero eso no importa, no reconoceré que, por culpa de unos cuantos versos al aire, se me vaya a quitar una facultad que siempre tuve, pero que desde hace tanto no ejerzo. Tal vez porque la palabra, como los perros calientes, aún siguen fríos. No importa también porque este es un trabajo áspero, no fino, no delicado como un poema. En cambio, ese niño sí sabe qué es todo porque en sus noches o en sus días ha escrito cosas como esta:

Algunos
han sido condenados
a amar mujeres
plasmadas
pegadas
a las paredes
mujeres

soldadas
a una sonrisa

A mí me ha tocado
amar
a mujeres de carne
y hueso
pero tan inquietas
o lejanas
como un pincel.

(De: *No women*)

No me interesa si no me creen que el chamo tiene sólo diez años. También hay almas que evolucionan y explotan en un tris, o en diez años. (¿Cómo se llama? Tal vez Enrique, o Jorge, pero nunca Juan).

Del otro lado de la computadora, aquella muchacha llega a otra fiesta. Saca sus cosas, desmonta el carrito de perros y recuerda que en poco tiempo podrá comprarse un parasol de colores. Por lo pronto se conforma con conectar el gas y encender la hornilla que calentará el agua para las salchichas. Suspira un poco, y no sabe por qué. Comienza a pelar las cebollas y aplasta las papitas para que le rindan. El cursor sigue titilando. Mira el cielo y el sol le responde con una sonrisa, tal vez le esté sonriendo a ella. Mete el dedo en el agua: helada. («Esta hornilla del coño», suspira la princesa). Saca la salsa de tomate y la mayonesa; prepara una salsa deliciosa porque hay un toque que no nos quiere mostrar: es su secreto: lo guarda tan rápido que apenas podemos creer que es pimienta: pero seguro no es sino otro truco de prestidigitador. Recuerda, gracias a la última frase, que lleva en su cartera un manojo de cartas españolas, con las cuales leerá el futuro cuando se acaben los perros, o se canse. Se sienta a esperar que el agua hierva y le echa un poquito de cilantro.

—¿Por qué le echas grama al agua, nos quieres envenenar? —la voz viene desde arriba y por el inmenso susto, la muchacha cree por un momento que se trata de una aparición.

El niño brinca de la rama más alta del árbol y un ángel inicia un vuelo simultáneo. La muchacha siente un vaporón («qué lindo»). El niño se acerca y por supuesto ya ha ensuciado todo su pantalón, ojalá haya lavadora en su casa.

—¿Cuándo me das un perro?

—Cuando estén calientes.

—¿Y no puedes darme uno frío?

—No.

Pausa. Mira el suelo.

—A mí me gustan fríos.

—No.

—(...)

—No.

El niño se aleja y la muchacha empieza a recordar:

—Oye... ¿tú eres muy fiestero?

—Más o menos... más bien piñatero.

—Ah.

—(...)

—No, dije.

Desilusionado, el niño intenta meterse en la piscina de goma espuma pero las niñas —tan egoístas— lo sacan a empujones y se ríen. Total, no quería estar allí. Ya está cansado de ese estúpido jueguito. Su objetivo son los perros. Mete sus manos en los bolsillos del bluyín y se acerca arrastrando los pies en derredor de la muchacha, que está muerta de la risa por dentro.

—Soy un malandro...

—(...)

—No he comido nada...

—(...)

—Soy del cerro...

—Cómete tu perro frío, pues. Pero si te enfermas y dices que fue por culpa de mi perro frío te corto el pipí. ¿Sabes dónde consigo las salchichas?

Por puro instinto masculino, el niño prefirió no comer perros ese ni ningún otro día. La madre estaba encantada, porque su hijo volvía a comer sopa, le-

gumbres, arroz. La muchacha suspira y mira al muchacho que de lejos no puede entender cómo los pensamientos de las princesas pueden ser tan duros. Tal vez sus amiguitas estén pensando lo mismo. ¿Dónde estaría a salvo, entonces? Si supiera que este cursor lo aguanta todo. Ha comenzado a llover allá fuera. Las alarmas de los carros se disparan, el momento propicio para crear. Es inevitable, entonces, que a la pobre muchacha le llueva. A toda prisa empieza a recoger sus cosas, y el niño aprovecha la coyuntura para acercársele a ayudarla. En la preocupación por sus alimentos, el agua le recorre toda la blusa y la pega a su cuerpo. El niño queda absorto ante la visión de dos perfectas formas ante sí. No es algo que sus amiguitas lleven, por lo cual no entiende cómo puede sentir el inmediato reconocimiento. La muchacha, felina, capta la anacrónica mirada. «Aún no es tu tiempo».

—Mejor te vas a la casa, te vas a resfriar, niño.

—Niño no, señor.

—Los señores no miran así a las jovencitas.

¿Cómo explicarle a esa muchacha que no es él el que habla, que soy yo, tantos *bytes* después tratando de amoldarme a la piel irreconocible de ese niño sin descripción, tal vez rubio, o moreno, y que sí se llama, por pura casualidad, Juan? Mi delirio, en este marzo recalcitrante, reside en la capacidad de desdoblarme, de ser niño y autor, y de también ser la muchacha, de sentir el guiso de la salsa en la cocina de su casa, y de sentir todos los fluidos que a ella le recorren, y de sentir cómo la felicidad no es lo suficientemente extensa como para alcanzar, simultáneamente, esta pantalla horrible con su cursor titilante, y la realidad calurosa, inexpresable, inaprensible y todos los *in* algo que se puedan construir. Aquellos días de la infancia de ese niño también fueron los días de mi otra niñez, la del que nunca pudo probar perros calientes. Ante este cursor, la poesía cede el paso a la aspereza de la prosa y ésta comienza a desfilar con la intención de alcanzar un poco de fuerza.

Pero en el otro lado de la pantalla, la muchacha, otro día, otra fiesta, descarga su equipaje y se prepara para otra jornada. Guarda, pela, enciende gases, saca salchichas. Mi cursor intenta estorbar, la poesía cae como cuarenta mil maldiciones, pero la muchacha ubica su carrito en el árbol más frondoso. En su corteza, puede leer un mensaje tallado: «A mí me gustan fríos». Levanta la cabeza, como feliz. El niño se columpia junto a sus amiguitos; ese día ni se le acercará. De todas maneras, los perros de ese día no están tan buenos. La muchacha, al final de la fiesta, recoge sus enseres comerciales y parte en su pequeño automóvil, otra vez, hacia la soledad. El niño no recuerda nada de aquello. La muchacha

maneja con furia por la autopista. 150 km/h.

Y qué diablos, total hoy es domingo, día del Señor, y Él vea si me mato, o no. Algo tendré que hacer por mí algún día. Algo que justifique tanta soledad, tantos perros, tanta furia compartida con la almohada. Tanto sudor y temblor desperdiciado sobre los músculos de mi sexo. Debe suceder algo que mejore las condiciones —ya no el papel, ya no el estilo— de esta vida. En consecuencia, cualquier cosa que haga mejorará lo presente. Pero se debe hacer algo, una oración, un ruego. Este automóvil es demasiado estable; así no voy a cambiar nada. Debe haber otra forma. Y pensar que he leído tantas cartas españolas, ninguna avisa de los encuentros con niños malandros, comedores de perros fríos. En ninguna curva de esta autopista está la carta de la muerte esperándome; en ninguna curva está alguien esperando que comience de nuevo a relatarle la historia.

La muchacha desaparece en la curva de esta página y sólo queda un poco de pantalla; y un cursor, que titila sin descanso.

(1993)
[publicado en *Leerse los gatos*, Caracas, 1997, y en *Los sordos trilingües*, Madrid, 2011]

El muro de los deseos

Rocío de Juan Romero

Escritora española (Bilbao, 1977). De formación empresarial, trabaja actualmente en el área de comercio exterior. Ha recibido varios premios y accésits con relatos breves y microrrelatos, casi todos ellos con publicación incluida. También ha colaborado en revistas locales.

Un extraño impulso me ha conducido esta noche al lugar de encuentros de la pandilla de mi infancia y ahora, a oscuras dentro del coche, estacionado cerca del edificio central de la estación, el adulto que ahora soy espía la figura desgarbada del niño que yo fui, intentando hallar la conexión entre ambos.

Fotografía: Ann Burgraff

El muro de los deseos

Rocío de Juan Romero

El niño que yo fui está ahí, apoyado contra el muro de la abandonada estación de ferrocarriles, mirando nervioso a su alrededor y espantando el frío con tragos a un botellín de líquido sospechoso que guarda en el bolsillo de la cazadora.

Un extraño impulso me ha conducido esta noche al lugar de encuentros de la pandilla de mi infancia y ahora, a oscuras dentro del coche, estacionado cerca del edificio central de la estación, el adulto que ahora soy espía la figura desgarbada del niño que yo fui, intentando hallar la conexión entre ambos.

No puedo explicarme qué clase de broma macabra es ésta de reencontrarme con él, viéndole hacer exactamente lo mismo que se me pedía en esa época: vigilar el muro tras el cual mis amigos se dedicaban al botellón.

Gracias a las pálidas luces de una farola voy reconociendo en el niño que yo fui los rasgos que una vez me avergonzaran: las gafas «cuatro ojos», el cuerpo demasiado alto para su edad y aquel pelo lacio que se resistía a la más potente gomina. No me extraña que me hubieran concedido la desagradable función de alertar de la presencia de la policía. «Eres el que tiene el silbido más potente y las piernas más largas», me decía Maikel, dos hechos que no podía desmentir.

Mientras rumio estas evocaciones, el niño que yo fui comienza a mover los labios, como si recitase una plegaria. Recuerdo entonces que, en aquellas largas vigilias, adquirí la costumbre de recitar poesía, versos de un romántico Bécquer y de un Espronceda rebelde, y todos los que me sedujeron de un volumen de bolsillo que ocultaba en mi cazadora. En efecto, el niño que yo fui saca de su bolsillo un pequeño libro que consulta un instante y luego reanuda sus paseos y murmullos.

Es curioso que hubiera olvidado aquello. La poesía salvó mis largos ratos de

hastío y conjuró los fantasmas del rechazo. Bauticé aquel muro que me separaba de mis amigos como el «Muro de los Deseos» y durante mis guardias fui dejando papeles de fumar en los que escribía mis anhelos, que crecían en audacia conforme avanzaban las horas: «ganar a Maikel en la prueba de los 100 metros», «sacar matrícula para obtener una beca» y «besar a Sandra».

Observo al niño que yo fui dejar uno de esos papelitos en una grieta del muro, y pienso si no debería bajar del coche, plantarme frente a él, y decirle que se está comportando como un estúpido, que sus llamados amigos le están utilizando. Sólo me detengo al considerar cuál fue el destino de aquellos deseos garrapateados, al menos de los tres que recuerdo. Porque, qué cosas, aquel año saqué la mejor marca en la prueba de los 100 metros, mi entrenada memoria me abrió las puertas a las buenas notas y la poesía rindió para mí la cálida boca de Sandra frente a aquel mismo muro.

Así que, después de todo, el adulto razonablemente feliz que ahora soy tiene pocos fracasos que reprocharle al niño que yo fui. Ya no lamento que esa conexión exista, aunque ahora deba romperla. Ha llegado la hora de irme y, al encender el motor y los faros, que ahora iluminan el Muro de los Deseos donde forjé mi futuro, un silbido ensordecedor rompe el silencio de la noche.

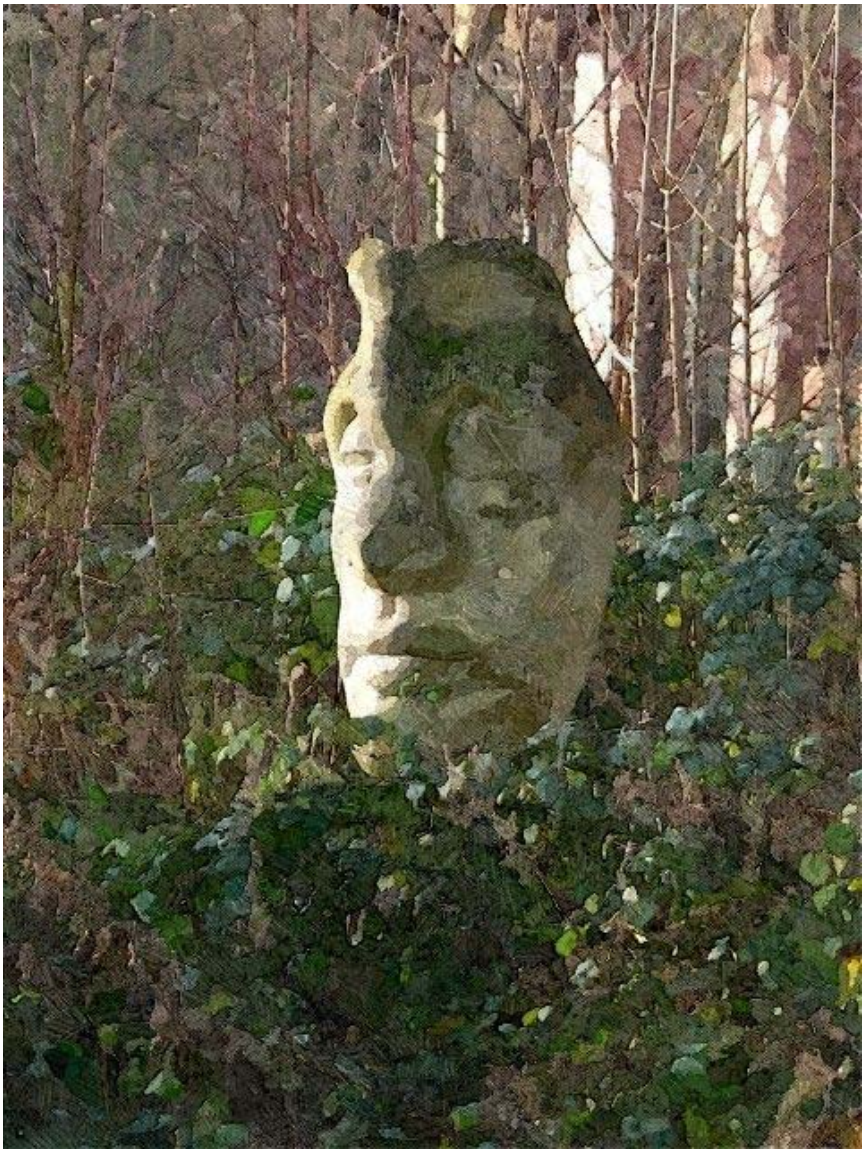
Buen chico. Sigue así y un día te convertirás en el adulto que ahora soy.

La insólita historia del gigante Arnobrás y del niño Mauricio

Milly Epstein Jannai

Escritora argentina. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y luego finalizó un doctorado interdisciplinario en teoría literaria y educación en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Actualmente se desempeña como jefa de la Comisión para la Enseñanza del Español en el Ministerio de Educación de Israel. Además, enseña en un programa de M.A. de enseñanza de la lengua, es editora científica de libros y conduce talleres de escritura. Publica artículos teóricos en hebreo y en inglés sobre temas vinculados con la escritura, la lectura y la educación. Ganadora del Primer Premio para Autores Inéditos en Argentina. Cuentos suyos han sido publicados en revistas y antologías.

El niño Mauricio llegó porque se había perdido, pero también porque quería escribir, y había escuchado decir que la cercanía de Arnobrás podía beneficiarlo. ¿Cómo? Todavía no lo sabía, pero en estos y otros asuntos, daba por sentado que errar el camino era la mejor y más segura forma de llegar al lugar deseado.



Fotografía: Stock.Xchng

La insólita historia del gigante Arnobrás y del niño Mauricio

Milly Epstein Jannai

Introducción: Donde se presenta el lugar de los acontecimientos y se enumeran las preferencias gastronómicas de Arnobrás

En un país bastante alejado de las rutas de comercio de especias y del tráfico de esclavos, papagayos, seda y otras menudencias superfluas muy apreciadas en nuestros territorios, hace ya mucho, mucho tiempo, vivía Arnobrás.

Arnobrás habitaba en un castillo ubicado en la cima de una montaña hirsuta, desde la que se podía ver el valle siempre verde y parte de la ladera empinada por la que rodaban, como piedras minúsculas, las cabezas de los niños que habían satisfecho el apetito de Arnobrás, que de un tiempo a esta parte sólo se interesaba por niños asados o cocidos, aderezados con diversos condimentos y salsas exóticas y rociados con vino tinto y un toque de aceite de oliva. Las cabezas adobadas rodaban como desperdicios, debido a que Arnobrás no gustaba de succionar sus contenidos viscosos, blandos y tibios, lo que no ocurría con los huesecillos y las articulaciones rojizas, que Arnobrás mordía y chupaba con deleite. A pesar de este desperdicio un poco extravagante, Arnobrás no sentía remordimientos por el hambre ajena, ya que era un gigante de alcurnia, y ese tipo de preocupaciones filantrópicas quedaba fuera del marco de sus intereses, por lo general de orden gastronómico. A Arnobrás le gustaban también los caramelos de anís, el sabor amargo de la rúcula, el té de boldo y la pasta todavía sin hornear de las tortas de naranja.

Capítulo 1:
Donde se presentan algunas ideas de Arnobrás y ciertos detalles de importancia para esta historia

Además —y de esto a Arnobrás no le quedaban dudas— los padres de los engullidos eran los responsables de su gusto por las carnes delicadas y aún no fibrosas de los pequeños manjares. A ellos, y no a él, habría que haber cuestionado por la naturaleza del festín. En general, los niños llegaban al castillo de Arnobrás por motivos didácticos: porque se habían olvidado de hacer los deberes o habían sido mentirosos y desobedientes, porque habían disfrutado mirando al hermanito llorar a gritos por no encontrar el juguete preferido que habían ocultado sigilosamente, porque se habían perdido en alguna de las diversas selvas selvosientas que rodeaban toda zona habitable o habían hablado con desconocidos, o porque esa era la costumbre local de acallar los espíritus y mantener a tiro corto la futura rebeldía juvenil que todavía estaba en germen.

—¡Te va a comer el ogro! —esa era la amenaza que retumbaba en el aire, y sin más, se hacían a un lado los obstáculos y se abría el pasaje que desembocaba en sus territorios.

Llegaban, y en las fauces de Arnobrás encontraban su castigo. Era un mismo castigo para las diversas causas, que así quedaban igualadas ante la ciega justicia que Arnobrás imponía. El ogro que literalmente se los iba a comer, debería así enseñar «algo» cuya repercusión sobre otros niños sería más clara y más efectiva que las insulsas palabras de amenaza. Pero los niños eran temerarios y empedernidos, y no creían del todo las amenazas de sus pródigos progenitores, de modo tal que la función didáctica de los banquetes de Arnobrás resultaba desperdiciada.

Parados frente al formidable cuerpo de Arnobrás, los niños se quedaban como encantados, con la boca abierta y ya no atinaban a decir nada. A veces, uno que otro valiente pedía perdón por culpas desconocidas, y la voz quebrada y desconocida de la criatura asustaba a las urracas que revoloteaban enloquecidas por la zona. Y entonces, para calmarlas, Arnobrás se ponía a cantar historias de otros tiempos con su voz increíble y bien templada, una voz imantada que se extendía más allá de las fronteras azuladas de sus posesiones, y seducía sin proponérselo a sus futuros manjares. Las urracas se calmaban, y las criaturitas arrogantes se callaban y se dejaban comer en lánguido abandono. Los niños —que escuchaban su voz por entre el colchón de plantas que protegían sus predios— quedaban cautivados, y ya no hacían más que buscarlo, abriéndose paso por entre las lianas y las enredaderas salvajes que ocultaban su castillo.

Capítulo 2:
El niño Mauricio hace su aparición en esta historia

Dicen que la primera expulsión del paraíso fue la determinante; después, ya ninguna otra pudo igualarla. De ahí en más, el exilio se volvió una costumbre y errar el camino se convirtió en otra manera de llegar. Así, por lo menos, en los libros.

El niño Mauricio llegó porque se había perdido, pero también porque quería escribir, y había escuchado decir que la cercanía de Arnobrás podía beneficiarlo. ¿Cómo? Todavía no lo sabía, pero en estos y otros asuntos, daba por sentado que errar el camino era la mejor y más segura forma de llegar al lugar deseado, en especial para quien es ingenuo y su experiencia se basa en la lectura. Sin profundizar demasiado en semejante afirmación, al niño Mauricio le fue fácil darse cuenta de que los programas organizados y pautados por el orden numérico, sin lugar para lo imprevisto, llevaban, tarde o temprano, al desastre —y ése no era el lugar al que él quería llegar. Así, en su ciudad natal y sus alrededores los adictos a las artes didácticas y pedagógicas se empecinaban en domesticar el azar, y creaban para los niños, en las instituciones llamadas escuelas, situaciones que esterilizaban las impresiones estéticas y secaban toda convulsión ante la belleza. Creo que buscando el espasmo de lo bello, es que se decidió a empezar el viaje: perderse, para ponerse a prueba con un nuevo y desconocido maestro. Pero claro: este repliegue de la conciencia estaba por encima —o quizás por debajo— de su propio poder de comprensión en ese momento. Era un niño.

Un viejo desdentado comiéndose a los tirones un pollo entero, a la vera del camino, ya en las afueras de su ciudad, fue quien le indicó la dirección del gigante Arnobrás, con un movimiento de la mano:

—Seguí por ahí, que lo vas a encontrar; ya vas a escucharlo: es inconfundible —dijo, y volvió a concentrarse en su pollo.

Capítulo 3:
Donde se describe detalladamente el primer encuentro y también un descubrimiento del niño Mauricio

El niño Mauricio caminó hasta que le dolieron los pies. Se sentó bajo lo que le pareció la sombra de un árbol, y trató de ordenar sus pensamientos, que chocaban unos contra otros con un eco estremecedor.

—¿Quién se atreve a pensar tan ruidosamente en mis tierras? —oyó una voz

a la vez seductora y cargada de amenazas.

Sin pensarlo, el niño Mauricio contestó:

—Mauricio, el aprendiz de ogro.

Y al terminar de decir esta frase sin sentido, atinó a levantar los ojos para ver quién le hablaba desde las alturas.

«Esto no es un árbol», pensó Mauricio, un poco sorprendido de sí mismo al pensar tal obviedad, y se alisó los pliegues de la camisa para ganar tiempo, hasta que se le ocurriera algo sensato para decir.

«Claro que no soy un árbol», dijo Arnobrás, y con ello dejó al descubierto sus poderes. El niño Mauricio se quedó con la boca abierta; luego la cerró y tragó saliva. Sabía, de oídas, que el gigante Arnobrás comía niños, y contaba cuentos increíbles, pero en ningún lugar había referencias a su capacidad de leer los pensamientos.

Decidió ponerlo a prueba, para asegurarse. Cerró sus ojos.

Capítulo 4: Donde la acción se detiene y pensamientos inverosímiles y anacrónicos cruzan la conciencia de Mauricio

Sin moverse, con los ojos aún cerrados, una ráfaga confusa de ideas más allá de su escueta comprensión, sacudió la conciencia infantil de Mauricio el niño. Eran ideas sin palabras, afásicas, que otra vez chocaban entre sí y producían un ruido ensordecedor; era ésta una sensación muy clara pero no estructurada. Era una presencia, algo como una revelación, que separó lo que estaba sucediendo en un antes y un después. Fue un estampido interno. Mauricio tuvo conciencia de que la muerte impersonal y lejana podía llegar, ya, prontamente, a personalizarse, convirtiéndolo en una vianda. Y la idea que, claro, el niño no podía formularse al estar junto al gigante Arnobrás que le hacía sombra, era la siguiente: la muerte presenta dos aspectos inseparables. Está esa primera ruptura que extiende sus silenciosas líneas de fractura por sobre la superficie de lo diario y lo cambia irremediablemente cuando la muerte ajena ocurre; y ahí están, por otra parte, los externos estrépitos o las internas y ruidosas presiones que pujan, desde adentro, por desviar al cuerpo propio de su devenir, o por actualizar sus ignotas fuerzas en el espesor mismo de ese cuerpo ya encauzado

hacia su finitud. La muerte como un evento del ciclo vital es siempre inseparable del pasado y del futuro entre los cuales se instala; la muerte impersonal no es nunca presente, y es inasible porque no está ligada a «mí», se desliza por otros canales, es de los otros cuerpos y no del mío. Y está la muerte personal, que ocurre y es actualizada en algún presente, «ahora», cuyo horizonte extremo revela una libertad ilusoria: la de morir y arriesgar a muerte la propia vida, encauzando así la muerte impersonal en el más personal de los actos. Los pensamientos se pensaban solos, sin que estos asuntos pudieran ser corregidos. La ilusión de un tal acto futuro proyecta su sombra sobre el niño Mauricio; éste sacude los hombros y aleja de sí esos rumores que no lo dejan actuar, ecos disonantes de lecturas prohibidas. Las ideas (pobrecitas —afloraron en un campo inhóspito) caen a tierra, y son absorbidas por entre los gránulos de arena y humus, y alborotan a los gusanos, a los escarabajos, a las hormigas hacendosas, a una que otra araña.

Capítulo 5
Donde la acción se retoma y se describe la prueba y sus consecuencias

Aún con los ojos cerrados, Mauricio pensó: «Los gigantes no existen de verdad; sólo en los libros. Esto que veo acá es un sueño, una fantasmagoría que desaparecerá en un instante cuando abra mis ojos nuevamente».

Arnobrás se agachó, y sin decir nada, empezó a soplar con todas sus fuerzas. El niño Mauricio sintió sobre su cara una ráfaga tibia de ajo y romero, y se sintió elevado por los aires como si fuera una cáscara de maní en el epicentro de un huracán; pensó con cierto desconcierto que lo que estaba pasando era un error. La tormenta que Arnobrás había desencadenado le quemaba el cuerpo. Cuando Arnobrás dejó de soplar, el niño Mauricio cayó leve como un capullo de algodón o como una polilla seca de cara al polvo, y se dio cuenta de que no estaba soñando. Arnobrás sonrió, satisfecho, y se sentó a mirar la dramática puesta de sol.

El niño Mauricio estaba paralizado. Todo lo que había pensado durante el camino acerca de cómo presentarse ante Arnobrás y ganar su confianza y acerca de cómo aprendería con él el arte de narrar en un erudito ambiente de calma y mutua comprensión, no tenía nada que ver con los azares que estaba viviendo. Nada de nada. Arnobrás no se aproximaba un ápice a la imagen de gigante domesticado que él había imaginado. Era más grande, más fuerte y con una boca enorme, dispuesto a tragárselo sin masticar.

Dándole la espalda, Arnobrás le dijo, susurrante, al niño Mauricio: ¡Cuéntame una historia!

El niño Mauricio tembló de miedo y de placer, porque le pareció entender que había sido aceptado.

Capítulo 6:
Las rutinas del aprendizaje

El niño Mauricio le contó la bien conocida historia del hombre que, durante días y noches y años, va en busca de su isla natal, de su reino, donde lo espera una mujer amada y las nostalgias de los tiempos pasados. Era una historia larga, llena de desvíos de la línea argumental y llena también de referencias y comentarios y reflexiones. Después le empezó a contar la historia del tímido estudiante de leyes que se creía hecho de vidrio, y unos días más tarde, también las aventuras de varios niños cuyos enojos y furias eran la base de sus poderes mágicos. Narró también el relato de una de las tantas princesas encantadas, y una historia policial en la que el narrador resulta ser el asesino inesperado.

El gigante Arnobrás lo interrumpía a veces, y lo instaba a modificar tal o cual detalle o a evitar los adjetivos. A veces le sugería la omisión de detalles necesarios y también lo impelía a la conexión estrafalaria de estados de ánimo y de relaciones de causa. Cuando Mauricio, que mientras tanto ya iba creciendo, trataba de describir cuidadosamente las cualidades espirituales de sus personajes, Arnobrás le soltaba frases enigmáticas, como si estuviese hablando consigo mismo, y se olvidara de su papel de mentor. «No hay remedio para la melancolía», le decía, «ni modo de atrapar lo efímero, pero lo bello», le decía, «puede a veces encender una luz en el vacío, en lugar de disimularlo bajo el estrépito de lo trivial», y se quedaba mirando el aire como una esfinge. Mauricio no conocía el estrépito de lo trivial, pero sí el de todas las voces que hablaban en su cabeza, y trataba de entender las frases oraculares de Arnobrás por analogía y sinécdoque.

El niño Mauricio no estaba seguro de entender las razones estéticas y/o psicológicas que sostenían tales consejos, pero los aceptaba suponiendo que Arnobrás tenía experiencia en estas artes de contar historias y en sus incalculables efectos de superficie y de profundidad. El niño Mauricio se cuidaba muy bien de no dejarse invadir por pensamientos atolondrados en la presencia cercana del maestro, a quien el ruido de sus ideas lo apabullaba. Durante estas sesiones de relato oral, más de una vez, con su voz glamorosa y húmeda, Arnobrás le había hecho saber que la invención de historias, el uso del pensamiento alam-

bicado y la tendencia a la acumulación de recuerdos tergiversados no eran actos anómalos de índole literaria, sino la normal respiración de la inteligencia, como los actos de comer, digerir y evacuar. El niño Mauricio debió de haber pensado que esas ideas le resultaban conocidas, ya oídas, pero a decir verdad, pensó otra cosa que torpemente supuso era una agudeza de su espíritu, pensó que alguien a quien el canibalismo de tiernos infantes no le produce ascos ni mohines, es alguien que, por supuesto, sabe mucho acerca de los efectos, y no se deja confundir por mal fundadas acusaciones de barbarie. Así debía ser él: a imagen de Arnobrás.

Para ambos, los días se deslizaban calmos. Sólo los intervalos de la hora de la comida los separaban. Arnobrás seguía fiel a su dieta, pero por un cierto recato o deferencia hacia su pupilo, comía solo, aunque sus ruidos y eructos se difundían por toda la montaña. Mauricio, por su parte, se conformaba con hierbas, seguro de que ya vendrían mejores días y estaba feliz y agradecido de no ser él mismo parte del almuerzo.

Capítulo 7:
En el que Mauricio hace un segundo y crucial descubrimiento

Y las cosas hubiesen seguido así, indefinidamente, si un casual descubrimiento no hubiese alterado la ilación de los acontecimientos por venir.

Sin que venga a cuentas cómo, Mauricio descubrió un detalle sorprendente: Arnobrás no sabía leer: el arte rudimentario de la lectura le era desconocido. El hecho de poder «leer» los pensamientos ajenos era, así parece, una función compensatoria y en ella residía tanto su poder como su debilidad. Este poder inusual alimentaba literal y metafóricamente su arsenal de cuentos y su fama. Mirando oblicuamente las laderas hirsutas de la montaña en la que ya hacía tantos años había hecho su hogar, Mauricio comprendió algo y decidió hacer uso de su saber.

Capítulo 8:
En el que Mauricio decide actuar

Movido por el amor propio que se debía a sí mismo, astuto, el joven Mauricio elaboró una estratagema. Entera y sin fisuras, se le presentó a la imaginación como un plan ya consumado.

Era la tarde. El cuento de la princesa y Vestali ya estaba por llegar a su fin. El barco pirata los debía de estar esperando, y ellos ya se habían prometido vivir juntos para siempre. Y entonces Mauricio pensó lo que había aprendido del terrible y temerario pirata Roberts, cuya fama daba alas a su nombre, y sin intimidarse ante la impostura y la falacia textual, puso en práctica su saber narrativo y se apoderó del nombre y de lo que él conllevaba. Sin dudar, apartando con la mano de hierro de la voluntad a las voces alocadas que poblaban como siempre su mente, amparado por una incomprensible y momentánea sensación de seguridad, proclamó: «Ahora **yo** soy Arnobrás, el gigante-come-niños».

Y así se apoderó de lo que hacía años, sin siquiera suponerlo, había venido a buscar.

Capítulo 9:
En el que esta historia se acaba

Y este es el fin:

«En un país bastante alejado de las rutas de comercio de especias y del tráfico de esclavos, papagayos, seda y otras menudencias superfluas muy apreciadas en nuestros territorios, sigue viviendo un tal Arnobrás».

De aquí en más, las aventuras del niño Mauricio, ahora Arnobrás el gigante, son parte de otra historia. Del otro Arnobrás, los rumores dicen que fue engullido por Mauricio; según otras habladurías, pasó a ser caballero andante, aprendiz de hechicero, ninfa de los manantiales, perro que habla. Los chismes menos fieles insisten en que aprendió a leer y a escribir para poder elegir sus propias hazañas y empresas.

(De todo esto, les contaré otro día.)

Tres relatos

Tania Hernández

Informática guatemalteca (1968). Ingeniera en sistemas de la Universidad de San Carlos de Guatemala (1995), con maestría en informática y literatura latinoamericana en la Goethe Universität Frankfurt (2001). Autora del blog de cine *CineSobreTodo.* Ha publicado el libro de microficciones *Love Veintediez* (Sin Tecomates Ediciones, Guatemala, 2011). Cuentos suyos han aparecido en revistas y páginas en línea como *tpa*, Grupo de Mujeres Ixchel o *Martesadas*, así como en las antologías *Brevísimos dinosaurios* (2009) y *Lunesadas* (2010).

Mi dios es un pendiente muy lindo, un arete de colores que va con el estáil que llevo los domingos. Entre semana lo llevo al cuello, pequeñito, con adornos de swarowski, pero escondido bajo la blusa porque a las maestras del colegio no les gusta que uno ande demasiado fashion.

Ilustración: Eastnine Inc

Tres relatos

Tania Hernández

Tacuacín sin cola

—Respetá la cola, vos —ni siquiera había terminado de decirlo y ya tenía el puño del Tacuacín cerquita de la nariz. Que si no es porque desde chiquito aprendí a hacerme los quites con mi papá, me la hubiera hecho mierda. —Tranquilo, brother —le dije yo, para calmarlo, porque vi que traía el chamuco, el mismo diablo, en los ojos. Todos los demás voltearon para ver si había pencazos. Pero no, el Tacuacín se me quedó viendo, primero como ido, y después como que me reconocía y entonces se fue, así como dicen, con el rabo entre las patas. Ya ni comió, ni dijo nada, solo se fue. Tal vez le dio vergüenza que lo viera así. Saber. Yo todavía pensé en irme detrás de él, pero el hambre pudo más y me quedé, es pisado bretiar todo el día en los buses con la tripa vacía. Días después me agarró la tarde en la Sexta, y uno de los chavos con los que dormí en El Portal me contó que había visto al Juto y que le había dicho que se había peleado con el Tacuacín por alguna babosada de esas que se dicen por decir, y que el Juto de lo encabronado que estaba, dejó de pasarle el pegamento que olían juntos, y que por eso el Tacuacín andaba desesperado, echándole riata a todo el que lo mirara feo, y viendo cómo se conseguía a algún bato que le pasara algo, pegamento, cola de zapato, piedra, lo que fuera que le quitara la perseguidora que andaba cargando. Desde ese día me dio por buscarlo. La capital no parece grande pero, újule mano, me costó un huevo dar con él. Anduve preguntándole a todo el mundo, pero nadie sabía nada. Hasta que di con el Juto. Él no lo vio, solo le contaron que lo encontraron tirado... un maje se lo llevó, y le dio algo para que aquél hiciera todo lo que... saber cuántos eran, vos... el cuerpo del Tacuacín ya estaba hecho mierda, y no aguantó esa otra mierda que le dieron... dicen que se parecía a esos tacuacines que venden en el mercado, tieso, enjuto, encuerado,... dicen que... perdoná, mano, yo siempre he sido bien jodido para no llorar, ni siquiera con el cincho ni los puños de mi viejo... pero es que aquél, vos,... once años, mano... mierda vos, es que aquél era mi hermano.

Chica SuperReligiosa

Mi dios es un pendiente muy lindo, un arete de colores que va con el estáil que llevo los domingos. Entre semana lo llevo al cuello, pequeñito, con adornos de swarowski, pero escondido bajo la blusa porque a las maestras del colegio no les gusta que uno ande demasiado fashion. En el recreo se los muestro a mis amigas y todas me ven con mucha envidia, menos una que dice que el de ella es mejor porque se lo trajeron del extranjero. Pero yo ya le pregunté a mi papá y me dijo que ése solo puede ser un dios chafa, de mentiras, porque el nuestro es el único, el verdadero, o sea el de marca pues.

Lo que más me llega de mi dios es que me cabe en todos lados, en la música que pongo, en el separador de libros que uso; hasta en la ropa interior que tiene frases religiosas y todo ;) Además que lo puedo comprar en mi centro comercial favorito, con globos, peluches y tarjetitas. El otro día encontré una tienda donde venden pines de colores blanco y rosa con un «Dios me ama» que le va muy bien al bolso que llevo al gym. Me puse mus feliz, porque algo así solo puede ser una señal divina ¿no?

Y lo mejor de todo es que es super fácil estar tan in. Solo dices «yo creo» y ya, ¡shvuptivup!, eres parte del club. Que es super importante, porque mi dios dice que solo los del club se salvan. Todos los demás, los herejes, o los del diablo que les dicen, todos esos se van al infierno jeje. O sea que yo no. Yo fussshhhhh, directo al cielo.

Lo que si no me llega mucho del cielo es eso de tener que morirme primero, pero solo de pensar, así como me dijeron, que ese cielo pueda ser como Las Vegas, pero más bonito, eso sí que me emociona :) Todo el día de shopin con mis bi-ef-efs **suspiro**. Que no por nada son mis best-frends-forever, que quiere decir foreveranever, o sea allá también pues.

Los de la iglesia dicen que creer es lo más importante, pero que tampoco hay que descuidar los detalles. Por eso nos aconsejaron a mis amigas y a mí que, para estar de veras shur, debíamos cambiar todos nuestros accesorios viejos, nuestros CDs y los DVDs, por artículos que solo tengan que ver con mi dios. Rock cristiano, agendas con versículos de la biblia y esas cosas. Así, en el juicio final, no nos pueden reclamar que tengamos «otros dioses» ni nada de eso, y aí la gloria la tendremos más que segura.

Yo he pensado que las cosas viejas, sí, ok, esas se pueden tirar. Pero lo que acabo de comprar en Los Estados... por unos meses más que los use... porque ¿y si después se lo regalo a los niños pobres? Aparte que, de aquí a que nos toque eso de la gloria todavía queda mucho y, si a última hora, a mis amigas o a mí nos

hace falta algo, pues lo compramos y ya. Porque para entonces ya todas tendremos nuestra propia visa gold. O hasta platin. Digo yo. Porque yo, en esas cosas, sí que tengo fe, y con fe, dicen, tooodo es posible.

Canción de niños

Una putita triste tralalá, dos putitas tristes tralalá —cantaba alegre la niña mientras saltaba sobre un avioncito dibujado en la banqueta de la casa celeste, cuya puerta negra con marco blanco marcaba la mitad exacta de la calle, entre esquina y esquina. La casa seguía tan celeste como Sophie y su familia la habían dejado muchos años atrás. Se acercó con cuidado a la niña, para no asustarla, y le preguntó si sabía quiénes eran los nuevos dueños. Los nuevos nuevos, no sé, respondió amablemente, dejando por un momento el juego, pero antes había mucha gente. Luego bajó la voz y agregó como en secreto: dicen que allí desnudaban a las niñas de su dignidá y después las hacían película. Cerciorándose de que nadie más que yo la había escuchado, retomó su tono de voz normal y sentenció: cuando sea grande voy a ser actriz de devedé. Sonrió y siguió cantando y saltando como si nada. Sus rizos y su falda brincaban a destiempo con su cuerpo, como si cada uno quisiera bailar por su cuenta. Sophie volvió a sentir esa terrible urgencia de escapar de esta realidad que permite a las peores cosas reproducirse al infinito. Cerró los ojos y respiró profundo. Siguiendo el consejo del sicólogo, acarició sobre las mangas la cicatriz de sus muñecas. Poco a poco se fue tranquilizando. Cuando abrió los ojos, vio que la niña la miraba extrañada. Gracias, le dijo, y caminó de vuelta a la estación. No fue sino hasta que el bus llegó a la ciudad, que Sophie se sintió a salvo. Su apartamento. Su cama. Su almohada. Estaba cansada, pero por si acaso se tomó un tranquilizante. La pastilla surtió efecto, y le permitió conciliar el sueño tan rápido que no le dio tiempo de pensar en nada más. Pero el sueño fue demasiado profundo, y demasiado largo, principalmente la parte en que vio de nuevo el rostro de su tío que cantaba alegre y lujurioso «una putita triste tralalá, dos putitas tristes tralalá».

Mujercita

Isabel Herrera de Taylor

Escritora panameña (Panamá, 1944). Ha publicado *La mujer en el jardín y otras impredecibles mujeres* (Colección Testimonios Nacionales, Universidad Tecnológica de Panamá, 2005) y *Esta cotidiana vida* (9 Signos Grupo Editorial, 2007).

El cielo y la tierra se conjuraron para que un día que me encontraba sola en la casa pasara «D'Artagnan» por mi puerta y, luego de la sonrisa, nos saludamos. Venciendo mis temores lo invité a sentarnos bajo el árbol de mango que daba sombra al patio. ¡Al fin estábamos completamente solos!

“D’Artagnan y la sirena”, de Sandra Chang-Adair

Mujercita

Isabel Herrera de Taylor

Durante los largos meses de vacaciones escolares, el pueblo de C albergaba a muchos jóvenes que visitaban a familiares y amigos. Con ellos traían las costumbres de la ciudad que tanto influyeron en los que aquí vivíamos. Para matar las horas, se bañaban en los ríos, se reunían en el parque o simplemente paseaban. A mis catorce años el verano parecía perfilarse distinto al de los años anteriores.

Vagando por las empedradas calles y riendo de alguna tontería con mis amigas, aprendía el atrevimiento con que las chicas de la ciudad miraban a los muchachos que parecían estar por todo el pueblo, ya sea sentados en las entradas de las casas o jugando en el pequeño estadio. Ellos, a su vez, devolvían la mirada con cierta picardía.

Una tarde de mucho calor fuimos al río y las muchachas de ese verano se quitaron la ropa con desparpajo mostrando unos vestidos de baño diminutos y, aunque sentía vergüenza, también exhibí, en un traje de baño más recatado, mi cuerpo de crisálida que pronto sería mariposa. Fue entonces que aprendí el coqueteo infantil que practicaban mis amigas. Pero ningún joven se acercó a mí tanto como se acercaron a ellas, que se mezclaban con los muchachos con la misma facilidad con que se zambullían en la corriente. Vi a Vicky y a Arturo besarse largamente sin importarles nuestra presencia.

Gloria, una de las más sensatas, dijo:

—Eso es bochornoso.

En cambio, yo sentí envidia: nunca me habían besado. Los miré con poco disimulo y pude ver que ella mantenía los ojos cerrados, sus cuerpos estaban allí en abandono, pero ellos ¿dónde estaban? Entonces concluí: están en otro mundo.

A pesar de mi timidez, los veraneantes me fueron ganando poco a poco y con el pasar de los días estuve llena de ocupaciones: pasaban por mi casa para invitarme a divertirnos con cualquier actividad.

Uno de esos días me presentaron a un joven simpático que reunía, según mi pensar, todos los atributos de los héroes de las novelas que había leído: me recordó a D'Artagnan, protagonista de Los Tres Mosqueteros, libro que en ese momento era mi favorito. Con su cabello mecido por la brisa y sus músculos que se pronunciaban por debajo de la tela del suéter, era realmente un hombre guapo. Lo miré largamente como hacían las otras, ofrecí mi mano muy segura de mí, y le sonreí con la boca y con los ojos. Gloria, que todo lo analizaba, le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Diez y ocho —contestó—, estoy en el último año de secundaria.

—¿Tienes novia? —siguió la muy curiosa.

—No —le dijo—. A esta edad es mejor no comprometerse, hay mucho por realizar.

Intentaba estar cerca de él, pero era difícil con tantas muchachas atrevidas, cuyo revoloteo le distraía. Creé, por lo tanto, mis propias fantasías: soñé en muchas ocasiones que me tomaba suavemente en sus brazos y bailábamos. Éstas y otras imaginaciones aliviaron el aburrimiento que surgió después de un mes de idas al río y al parque, donde sólo Vicky parecía ser la afortunada.

El cielo y la tierra se conjuraron para que un día que me encontraba sola en la casa pasara «D'Artagnan» por mi puerta y, luego de la sonrisa, nos saludamos. Venciendo mis temores lo invité a sentarnos bajo el árbol de mango que daba sombra al patio. ¡Al fin estábamos completamente solos! Era una ocasión formidable para conversar con un muchacho que me atraía.

Descubrí que existían dificultades en el acercamiento: ¿de qué conversar? Para mi gran sorpresa él no había leído a Julio Verne, ni a Alejandro Dumas, sus libros eran para mí de lo más interesantes; libros en los que participé de tantas aventuras.

¡Qué importa —me dije— si tiene unos ojos tan lindos!

Conversamos bobadas, mientras un lento fuego cocía emociones que dificultaban la respiración. El caldero se desbordó un poco cuando agarró suavemente mi mano y la acarició. La tarde se convirtió en algo encantador a pesar

del agobiante calor del verano. La brisa tibia aumentó el color, ya de por sí encendido, que sospeché tendrían mis mejillas.

Ocurrió lo que tanto había soñado, me tomó por los hombros; me acomodó a su antojo uniendo con ansia su boca a la mía y nos besamos. Miré hacia el infinito, el sol se mantenía firme en el cielo, nada a mí alrededor se transformó, ni siquiera me estremecí, no cerré los ojos...

Separó su rostro del mío, lo que me produjo un alivio.

—Oye, chiquita, tú no me quitabas los ojos de encima, siempre coqueteando. ¿Qué te pasa?

Quizás estaba ofuscado, no lo sé. Mientras se alejaba me señaló acusador.

—No juegues a la mujercita.

Algo destruyó mis ilusiones esa tarde.

A falta de una espada, recogí un mango maduro y se lo lancé.

Aludido, hizo un alto, me lanzó una sonrisa y continuó su camino.

¡Algo de D'Artagnan tenía después de todo!

Adoradoras de las cumbres

Marisol Llano Azcárate

Escritora española (Asturias, 1964). Estudió filología hispánica (literatura) en la Universidad de Oviedo y trabaja como profesora de lengua castellana y literatura en Las Palmas de Gran Canaria desde 1989. Ha publicado las novelas *Génesis de un crimen, Ella no hace daño a nadie, ¿Quién mueve los hilos?, La muerte acecha en Luna Europa, Mosaico ensangrentado* y *Tarda tanto la muerte...;* la novela juvenil *Alerta en la estación espacial;* los libros de cuentos *Siete relatos con Roberta; Víctimas, fugitivas, asesinas...,* y *Palabras para un asesino y otros relatos de perdedores,* además de relatos diversos en publicaciones periódicas impresas y revistas literarias digitales. Obtuvo el Premio Literario de Cuentos «Maresía» 2002 con «La esposa del noctámbulo». Ha participado en los libros colectivos *Ínsulas encantadas, Encuentro de Arte y Género de Médicos del Mundo* (Canarias; reeditado con el título *Mujeres de palabra), Rojo sobre negro, Por la isleta* y *Voluntad y palabra.* Ha impartido el Taller de Escritura de Ámbito Cultural de El Corte Inglés, en Las Palmas de Gran Canaria, en 2008 y 2009.

Dentro de cada una de ustedes hay una joven maguada, una futura harimaguada, una mujer a la que la sociedad debe respetar... Y no olviden que las harimaguadas no eran como las vestales...

Ilustración: Anja Weiss

Adoradoras de las cumbres

Marisol Llano Azcárate

Los últimos pasos eran los más difíciles. Atteneri logró subir con dificultad aquellos desiguales escalones de piedra y se halló en la pequeña explanada que se abre al pie del Roque Bentayga. Lo primero que sintió fue vértigo. Después, el viento en su rostro, un viento refrescante, a pesar de que ya estaba a punto de terminarse el mes de mayo. Siguió a Miguel, su tío materno, y a los hijos de éste, sus primos Aythami y Gerardo, hasta que pudo oír con claridad las palabras de Juan Antonio, el guía de aquel grupo, que estaba hablando desde hacía un rato. Seguramente ya había contado que el Roque Bentayga era «un espectacular pitón basáltico que se elevaba 1.404 metros sobre el nivel del mar, dentro de la caldera volcánica de Tejeda», la descripción con que siempre iniciaba la visita. No era la primera vez que Atteneri acudía a aquellas excursiones con su tío y sus primos. Juan Antonio ya iba por la parte que decía:

—Aquí se hacían las ofrendas de leche y manteca que las harimaguadas traían en gánigos, que eran recipientes hechos de barro. Las harimaguadas venían en procesión y derramaban esos alimentos en esta hendidura, según se cree, como un sacrificio a la divinidad.

Juan Antonio señalaba un surco dibujado en el suelo, una cazoleta central y tres marcas bastante profundas, donde los habitantes prehispánicos de la isla probablemente habían colocado un trípode para sus ceremonias religiosas. Mientras Juan Antonio continuaba hablando acerca de «los asentamientos aborígenes cercanos, Cuevas del Rey y Roque Camello, donde podemos hallar más de un centenar de cuevas destinadas a distintas funciones, como silos, enterramientos y habitaciones»; Atteneri dejaba volar sus recuerdos que, al escuchar la palabra harimaguada, la trasladaron a una de sus clases de historia, con su tutora, Leire, que les explicaba:

—Aunque algunos historiadores no están de acuerdo con esta tesis, la mayo-

ría considera a las harimaguadas como las maestras de las maguadas, que eran mujeres jóvenes de la clase noble que se recluían al comenzar la pubertad. Además, las harimaguadas participaban en procesiones y ritos para pedir la lluvia, y en ceremonias celebradas en la orilla del mar y en los santuarios de las montañas, cerca de la divinidad.

Atteneri envidió una vez más a aquellas chicas... Sin duda, ellas no tendrían un problema parecido al que ella sufría... La idea de vivir en compañía de varias maestras y de otras adolescentes como ella le parecía una buena solución... Sin embargo, ya no existían maguadas ni harimaguadas, y la posibilidad de entrar en un convento como novicia no le resultaba atractiva... Le habría gustado ser una maguada, pero no le apetecía ser novicia... No era lo mismo.

Juan Antonio seguía hablando acerca del lado oriental de la base del Roque Bentayga, donde se hallaba «una construcción que probablemente fue lugar de culto de los aborígenes, el 'almogarén del Bentayga'. Aquí, un muro de piedra, que recorría la base del roque por sus lados este y sur, podría delimitar el espacio sagrado, aunque otros estudiosos apuntan su utilización con fines defensivos».

Juan Antonio se entusiasmaba siempre al desvelar el misterio de aquella muesca artificial en forma de V situada sobre el promontorio rocoso de unos cinco metros de altura: en el equinoccio de otoño podía verse la salida del sol por aquella muesca, produciendo un juego de luz y sombra sobre el almogarén. En resumen, además de otros usos, aquel lugar mágico podría haberse utilizado como observatorio solar y lunar, concluía Juan Antonio, emocionado.

Las palabras del guía sonaban como un ruido de fondo que servía de marco a las preocupaciones de Atteneri. La adolescente recordaba el discurso de Juan Antonio a medida que lo oía, pero no le prestaba atención, sino que se torturaba con aquel problema que la atemorizaba desde el regreso a clase en enero, después de las vacaciones navideñas. Recordó de nuevo las palabras de su profesora durante un recreo en que las alumnas fueron a hablar con ella para consultarle un problema que aquejaba a una de sus compañeras, quien quería encerrarse en sí misma y dejar los estudios; además de aconsejarles la solución más adecuada, Leire había pronunciado para ellas palabras de ánimo:

—Chicas, ustedes tienen que darse cuenta de la gran importancia que tiene la educación y la preparación en sus vidas. Es imprescindible para conseguir un buen futuro, para ser las únicas dueñas de su propia existencia y para ser capaces de tomar las decisiones que van a afectar a sus vidas. Dentro de cada una de ustedes hay una joven maguada, una futura harimaguada, una mujer a la que la

sociedad debe respetar... Y no olviden que las harimaguadas no eran como las vestales... Según afirman algunos historiadores, las harimaguadas no estaban obligadas a permanecer solteras, sino que se parecían más a las sacerdotisas de los dioses egipcios, que podían casarse y conciliar el cuidado de su familia con el culto a la divinidad en el templo.

Ese mismo día, en el transcurso de la clase de historia, la tutora les explicó la cultura egipcia y destacó otras coincidencias entre los egipcios y los pobladores prehispánicos de las Islas Canarias: la momificación o embalsamamiento de los cadáveres, las cuentas de collar de barro cocido y la lucha canaria. Además, tanto los antiguos guanches como los egipcios de la etapa predinástica eran pastores. Leire había comentado también que los historiadores no se ponían de acuerdo acerca del origen de los guanches: la mayoría aceptaba que los antiguos pobladores de las islas procedían del territorio noroccidental del continente africano; sin embargo, otros les atribuían un origen egipcio, cartaginés o vikingo. Incluso unos pocos llegaban a sostener que eran supervivientes del pueblo que habitó la desaparecida y legendaria Atlántida. Al escuchar esta última parte todos esbozaban una sonrisa de complicidad, pues ya habían visto un reportaje sobre el mito de la Atlántida y su búsqueda por parte de arqueólogos e historiadores.

Leire, la tutora, era vasca y hablaba con gran emoción del papel de la mujer en muchas sociedades, un papel que no se limitaba a ser madre y esposa, sino que pasaba, entre otras ocupaciones, por la comunicación con el mundo sobrenatural. Atteneri recordaba muy bien todas sus lecciones, pero tenía la certeza de que todas aquellas sacerdotisas, hechiceras, brujas, meigas y sorguiñas no se habrían visto nunca ante un problema tan grave como el suyo. ¿O quizá sí..?

Según lo que, en una sesión de tutoría algo informal, les había contado Leire acerca de las conocedoras del mundo prohibido de lo sobrenatural y lo mágico, las brujas eran perseguidas, encarceladas y quemadas en la hoguera con sus gatos... Aquello parecía más grave que lo que a Atteneri le preocupaba.

Mientras Juan Antonio continuaba hablando, Atteneri, sin moverse de su sitio, se dedicó a contemplar el paisaje que desde allí se veía. Era impresionante y hermoso. Si miraba hacia el promontorio rocoso que antes había señalado Juan Antonio, la silueta imponente del Roque Nublo se recortaba en el horizonte. Si giraba la vista unos 90 grados, como diría su profesor de Plástica, podía contemplar la isla de Tenerife allá, a lo lejos, sobre el mar claro que reflejaba como un espejo los rayos del sol. Quizá era aquella la ocasión en que se veía todo con más nitidez: el relieve, el mar, la isla de enfrente... Atteneri recordaba sus excursiones anteriores a aquel lugar y estaba segura de que nunca antes había disfrutado de la belleza del paisaje de un modo tan intenso como aquel día.

Cuando el brillo del sol en la superficie marina acabó por deslumbrarla, desvió su vista hacia la extensión situada al pie de la elevación donde ellos se encontraban. Las casas parecían cajas de cerillas. Un manto de variados matices verdes cubría todo el paisaje como si se tratase de una gran alfombra de musgo. Algunos árboles eran como bolas de algodón colocadas aquí y allá. Desde lo alto, el paisaje semejaba un gran portal de belén y ellos podían disfrutarlo todo desde allá arriba, donde parecía que no pasaba el tiempo, donde a Atteneri le apetecía quedarse para siempre.

Su primo Gerardo se sentó en el suelo. Tenía siete años y se encontraba cansado. Atteneri se agachó junto a él, sacó una botella de agua de su mochila y se la ofreció. Era una botella pequeña de plástico y Gerardo se bebió más de la mitad de una sola vez. Se quedó con la botella entre sus manitas, sentado sobre la hierba escasa, con las piernas en V, intentando descansar.

—¿Cuándo almorzamos? —quiso saber el niño, pasados unos minutos.

—¿Ya tienes hambre? —le preguntó Atteneri, acariciándole el rizado cabello corto con su mano derecha—, no hace mucho que hemos desayunado.

Gerardo afirmó con la cabeza, se llevó sus manos al estómago y lo frotó ligeramente. Atteneri sonrió abiertamente, mostrando sus blancos dientes perfectos, con una huella casi imperceptible dejada por el aparato de ortodoncia que había llevado durante años. Rebuscó en un bolsillo lateral de su mochila y le entregó una chocolatina a su primo:

—Con esto podrás entretener el hambre hasta que vayamos a almorzar —le dijo, repitiendo una frase que a ella le decía su madre—. Pero no comas muy deprisa, come despacio y mastica bien.

Sin embargo, ya su madre no le dedicaba mucho tiempo a Atteneri ni aquellas atenciones de etapas anteriores. Ahora su madre iba a casarse de nuevo y estaba demasiado ocupada «con los preparativos para la boda», según decía ella misma para excusarse por el poco caso que le hacía desde varios meses atrás. Y Atteneri necesitaba a su madre en aquel momento más que nunca, más que a nadie en el mundo. De su padre era mejor no acordarse, tras el divorcio iba de novia en novia, sin hacerse cargo de su hija en absoluto, sólo lo justo para recordar que debía pasarle una cantidad mensual a la madre para la manutención de la niña. Nada más.

Gerardo se terminó pronto la chocolatina, en cuatro bocados, y le dio el envoltorio a su prima Atteneri:

—¿Me lo puedes guardar? —preguntó, antes de añadir una explicación—: papá dice que no hay que tirar basura...

—Trae, lo guardamos aquí y luego lo tiramos a la papelera..., cuando encontremos una.

—Gracias —dijo Gerardo.

Cuando los demás se dispersaron para escudriñar cada rincón de aquel reducido espacio, Miguel y Aythami comenzaron a hablar con Juan Antonio, y Atteneri permaneció con su primo Gerardo. Ella también se sentó en el suelo, junto a él. Le gustaba cuidar de aquel niño, últimamente había compartido muchos momentos con él, ya que su tío Miguel se la llevaba a su casa con frecuencia. Aythami no vivía allí, sino con su madre, de la que Miguel se había separado hacía diez años; Atteneri no lo recordaba porque en aquel tiempo era muy pequeña, pero su madre se lo había contado varias veces. Miguel no era como el padre de Atteneri, que nunca se acordaba de su hija. Miguel veía a su primogénito al menos dos veces cada semana y lo llevaba consigo un fin de semana cada quince días, y durante las vacaciones de Semana Santa, en Navidad, en agosto..., y siempre que el niño le pedía ayuda, ahí estaba su padre para apoyarle y ayudarle en lo que fuese necesario.

Gerardo era hijo de la segunda esposa de Miguel, una joven nigeriana de tersa piel negra y dientes blanquísimos que con frecuencia mostraba en una amable sonrisa. De ella había heredado Gerardo su cabello rizado y la hermosa sonrisa, junto con el color de la piel. De Miguel, su padre, aquellos ojos de un verde intenso, iguales que los de Atteneri, que parecían profundos lagos de alta montaña.

A ninguno de ellos se había atrevido Atteneri a contarle su problema, quizá por temor a que no le concediesen la importancia, la gravedad que ella juzgaba que tenía. No soportaría que alguien considerase su sufrimiento como una ligereza, como un capricho de niña mimada. Entre otras razones, porque ella no era una niña mimada ni caprichosa. Tampoco se lo había confiado a ninguna profesora ni siquiera a su tutora, quien siempre se había mostrado muy accesible y comprometida con los problemas que alumnos y alumnas le planteaban. Atteneri no quería exponer en público, ante sus compañeros, la causa de su preocupación, que sólo una amiga conocía, una amiga que sufría el mismo acoso que ella. Sin embargo, si había alguien que podría ayudarle, esa persona era, sin duda, su tutora. Atteneri recordaba algunas de sus palabras en la tutoría:

—No os creáis, y ahora les hablo también a ustedes, los chicos, que el problema del maltrato sólo afecta a las mujeres —la profesora era vasca y vivía en Gran

Canaria desde hacía siete años, por eso solía alternar el uso de los pronombres *ustedes y vosotros*—. No lo digo sólo por el hecho de que existan mujeres maltratadoras, ya que hay algunas, sino porque el maltrato, se dirija hacia hombres o hacia mujeres, es una de las lacras de nuestra sociedad, que pretende ser moderna y civilizada —a continuación, la profesora explicaba el significado de la palabra *lacra: señal de una enfermedad; en este caso, se trataría de una enfermedad social, que nos afecta a todos y a todas por igual*—. No podemos permitir, como sociedad, estos comportamientos. Entre todos y todas debemos erradicarlos —y añadía el significado de *erradicar: arrancar algo de raíz, eliminarlo por completo.*

—¿En qué piensas, Atteneri? —le preguntó Gerardo, cuyas palabras obligaron a su prima a regresar a la realidad.

—Estaba recordando una clase con mi tutora —respondió ella, con sinceridad.

—¿Por qué estás triste?, ¿no te gusta estar conmigo?

De repente, Atteneri no supo qué responder, de modo que optó por el juego, sonrió y le hizo a su primo cosquillas en el estómago, antes de decirle:

—¿Cómo no me va a gustar estar con mi primito?, ¡eh, tonto!, ¿no sabes que te quiero mucho, mucho..?, a ver, ¿de quién es esta barriguilla tan bonita?

Gerardo abrazó a su prima para evitar las cosquillas que le hacían reír y la besó en la mejilla, antes de decirle al oído una frase que a su madre le encantaba escuchar de labios de su hijo:

—Gerardo te quiere mucho.

—Y yo a ti también..., bueno, mejor dicho, Atteneri te quiere mucho —repitió la fórmula empleada por su primo, mientras lo abrazaba con ternura. En momentos como aquel las lágrimas asomaban a sus ojos verdes al percibir la fragilidad de aquel niño y los sentimientos que despertaba en ella. Le gustaría poder protegerlo siempre para evitar que le sucediese nada malo. Desde la muerte, totalmente inesperada, del hermano pequeño de su amigo Ancor, a Atteneri la embargaba el temor de que algo grave le pudiese suceder a Gerardo.

Miguel y Aythami se acercaron a ellos. Ya era hora de regresar, dijeron. Iban a descender y, una vez abajo, se detendrían un rato para visitar el Museo Roque Bentayga. Después, irían a almorzar a un restaurante que Juan Antonio conocía. Era un establecimiento bastante modesto, pero era famoso por su limpieza y su calidad, además de la variedad de platos que ofrecían, de modo que todos

tendrían donde elegir y se quedarían satisfechos con la comida.

A Atteneri le costó despedirse de aquella reducida planicie elevada. Le habría gustado quedarse allí y llevar la misma vida que sus antepasados prehispánicos habían llevado. Levantarse con el sol y cuidar de las ovejas y de las cabras, ordeñarlas y elaborar quesos, alimentarse de lácteos y cereales (Atteneri quería alejar de su mente la idea del sacrificio de un baifo o cordero para alimentarse con su carne, pues sentía mucho respeto por la vida de los animales), vivir libre en contacto con la naturaleza, adorar al sol y a la luna como divinidades que daban la vida, disfrutar del paisaje y de la fresca brisa que allí le acariciaba el rostro, irse a dormir al atardecer... Lo mismo había sentido en la visita que habían hecho, a primeras horas de mañana, a la gruta de Cuatro Puertas, donde Juan Antonio les había hablado de su posible utilización astronómica. Se trataba de una cueva muy amplia cuyas dimensiones no encajaban con el modelo de vivienda habitual entre los habitantes prehispánicos de la isla. Quizá lo más notable era que, durante el solsticio de verano, al salir el sol, sus rayos entrarían por la segunda puerta e iluminarían la pared del fondo. En cambio, en la puesta de sol, los rayos entrarían por las puertas tercera y cuarta recorriendo el suelo de la cueva hasta alcanzar una pequeña cazoleta situada en la pared suroriental. No obstante, lo que más le había gustado a Atteneri había sido el almogarén situado en la parte superior de la cueva, con sus inscripciones *(petroglifos,* había dicho Juan Antonio), canales y cazoletas.

El descenso desde el Roque Bentayga fue lento. Atteneri daba pequeños pasos por aquel camino empedrado, intentando adaptar su ritmo al de su primo Gerardo, a quien llevaba de la mano y vigilaba que no resbalase ni tropezase. Enfrascada en sus pensamientos, no pronunció más allá de media docena de palabras dirigidas a su primo, con el objetivo de evitar que el niño se lastimase.

La visita al Museo Roque Bentayga no le aportó demasiada información. No prestó atención a las amplias salas con paredes pintadas de rojo, ni al contenido de las vitrinas ni a los carteles, dibujos o fotografías. Cuando su primo se detuvo, ya en el interior del museo, ella permaneció quieta junto a él, sin soltarle la mano, ensimismada ante la maqueta central, una reproducción a escala del Roque Bentayga. Allí permaneció durante toda la visita, perdida en sus pensamientos.

Cuando salió del Museo, Atteneri había tomado una determinación: le confiaría a Leire su problema, que su compañero de clase de más edad la perseguía, la acosaba, intentaba tocarla, besarla, manosearla; le explicaría que sus notas habían empeorado por la tensión y el nerviosismo que la atenazaban y le impedían estudiar; le pediría que le ayudase, que la acompañase a hablar con el jefe

de estudios, que hiciese todo lo posible para que aquel chico dejase de perseguirla, de perjudicarla, de acosarla. Le confesaría que, aunque ella era la alumna a quien más molestaba, no era la única con quien él intentaba propasarse. Atteneri esperaba que se tomasen las medidas adecuadas, incluso que el acosador fuese expulsado del instituto, si eso era necesario. Recordaba algunos de sus comentarios, una vez que el acoso se convirtió en costumbre, al principio del segundo trimestre:

—Tú vas a ser mi novia y harás todo lo que yo te diga...

—Yo sé lo que te conviene...

—Yo te diré lo que debes hacer...

Pero su relación no había sido siempre igual. Desde el comienzo de curso, en septiembre, él la buscaba para hablar con ella en el recreo, intentaba sentarse junto a ella en clase y acompañarla hasta la parada de la guagua a la salida. A Atteneri aquellas atenciones no le desagradaban. Él era un muchacho atractivo, delgado, de cabello rubio ceniza y piel intensamente bronceada, bastante alto para su edad. Ambos se encontraban a gusto cuando estaban juntos. Hablaban de sus cosas y sonreían, aparentemente felices. Compartían muchos momentos y parecía que todo marchaba bien. Atteneri había comenzado a ilusionarse cuando, en diciembre, él empezó a comportarse de un modo extraño. Dejó de pronunciar palabras amables, se volvió evasivo y comenzó a hacerle reproches continuamente, sin razón alguna. Su tierna mirada azul se transformó, en pocos días, en un gris glacial. Parecía otra persona. Atteneri intentó preguntarle si tenía algún problema, pero él se mostró huraño. Ella estaba confusa, no sabía qué pensar ante el brusco cambio que él había experimentado.

A Atteneri la invadió la tristeza. Sentía nostalgia de los días en que él era un chico amable y ambos compartían secretos, sueños, confidencias de adolescentes... Cuando le oyó decir «Quiero que seas mi novia», Atteneri se sintió extraña. Antes de eso había soñado con la primera vez que un chico le dijese palabras cariñosas, pero nunca se lo había imaginado de aquel modo. Tenía la desagradable impresión de que aquel muchacho intentaba coaccionarla, quitarle su libertad, forzarla a hacer algo sin preguntarle si ella lo deseaba o no. Él no le había preguntado si quería salir con él, Atteneri sabía diferenciar con claridad una petición de una orden, y lo que el chico le había dicho sonaba como una orden.

A partir de aquel momento, Atteneri comenzó a sentir una bola de plomo en la boca del estómago cada vez que él se le acercaba. Y eso sucedía cada recreo. Además, en clase intentaba sentarse junto a ella. No siempre lo conseguía, pero a ella toda aquella situación la ponía cada vez más nerviosa. Poco a poco su vida

fue transformándose en un infierno, dejó de comer durante los recreos, no lograba prestar la atención suficiente en clase, no acertaba a responder correctamente las preguntas que los profesores le formulaban, el nerviosismo y la ansiedad iban apoderándose de ella progresivamente, le costaba un gran esfuerzo concentrarse en hacer los deberes y estudiar por las tardes en su casa, obsesionada con la idea de que al día siguiente regresaría al infierno diario en el instituto, un infierno provocado por aquel muchacho de mirada azulgrís que se había convertido en su acosador.

Una vez tomada aquella difícil decisión, Atteneri se sintió, por vez primera desde hacía muchos meses, en paz consigo misma, libre de una gran carga que la oprimía y la hacía caminar casi encorvada, mirando siempre hacia el suelo. Supo que las cosas iban a cambiar y que ella iba a hacer lo que debía. Miró al cielo y pudo disfrutar del bello color azul y de las escasas nubes algodonosas que se recortaban nítidamente sobre aquel fondo que ahora parecía sonreírle.

Se imaginó a sí misma como una maguada, una adolescente que participaba en su primera procesión, ataviada con su blanco y suave tamarco de piel que casi rozaba el suelo al caminar. Otras jovencitas o maguadas se iniciarían en aquella misma ceremonia. Las harimaguadas, sus maestras, encabezarían la marcha hacia el almogarén del Bentayga y portarían en sus manos vasos con manteca y leche para las ofrendas.

Al día siguiente, lunes, se armó de valor, buscó a su tutora durante el recreo y le confió su problema, sin omitir nada de lo que había sucedido a lo largo de aquel curso, desde la primera vez que en septiembre el acosador se había acercado a ella, aunque en aquel momento él parecía todavía inofensivo y el infierno no comenzaría hasta enero. A medida que Leire oía la relación de Atteneri, las frases con que aquel muchacho intentaba intimidarla y el cerco al que la había sometido, fue comprendiendo la triste historia que encerraban.

—Creo que está bastante claro el modo en que este alumno se ha comportado contigo —dijo Leire, tras haber escuchado con atención y sorpresa a Atteneri—, hablaré con el jefe de estudios y con la directora. En primer lugar, al alumno acosador se le aplicará la sanción contemplada para este tipo de falta grave en el Reglamento de Régimen Interno, no hay duda. Además, se adoptarán medidas para que no vuelva a acosarte a ti ni a ninguna otra persona... Me comentabas, también, que ha molestado a otras chicas, ¿no es así?

—Sí..., a Yaiza y a Guaci también las ha... molestado —confirmó Atteneri, secándose las lágrimas. La conversación había sido muy tensa, a pesar de la paciencia y la buena disposición a escuchar que había mostrado la tutora. No

obstante, a la adolescente le había supuesto un esfuerzo muy grande hablar de su preocupación, pues se sentía avergonzada al confiarle a Leire su problema. Y las lágrimas habían asomado varias veces a sus ojos, de un color verde intenso.

Leire la miró fijamente antes de decirle:

—Tengo que llamar a tu madre. Ella debe estar presente cuando el instructor del caso hable contigo. El instructor es un profesor que lleva a cabo todo el proceso de investigación acerca de lo que ha ocurrido, él interrogará a los alumnos y a las alumnas que tengan alguna implicación en el caso, bien como acosadores o como víctimas. Para hablar con el instructor, es necesario que te acompañe tu madre... o tu padre...

—Mi padre no vive con nosotras —dijo Atteneri, casi en un susurro—, es mejor que llame a mi madre, doña Leire, por favor.

Una hora más tarde Atteneri ya comenzaba a aburrirse. Le habían dicho que aguardase en el despacho de la directora. De cuando en cuando todavía suspiraba, y quedaban en su rostro leves marcas del llanto. Parecía encontrarse más tranquila. Sin embargo, su corazón comenzó a latir más deprisa al ver, a través de la puerta entreabierta, a su madre, que con gesto nervioso intentaba alisar los mechones de su inconfundible cabellera ondulada de un color negro brillante con sutilísimos reflejos cobrizos, exactamente igual a la de la misma Atteneri. No le costó mucho volver a calmarse. Se dijo a sí misma que su madre siempre había sido bondadosa y comprensiva, en esa ocasión también la escucharía y le ayudaría a ser valiente, como lo había hecho hasta entonces.

Leire, por su parte, se dirigió al despacho del psicólogo, a hablar con él para pedirle que interviniese en el caso. Si al adolescente que molestaba a Atteneri le había sucedido algo grave durante los pasados meses de noviembre o diciembre, sería necesario detectar el problema existente y ayudar al joven a superarlo. Si, en cambio, se trataba de un futuro maltratador, la ayuda psicológica podría darle pautas y proporcionarle apoyo para corregir su inadecuado comportamiento con el fin de que, con el paso de los años, se convirtiese en un hombre normal.

Tan frágil como una hormiga seca

Eva Medina Moreno

Escritora española (Madrid, 1971). Licenciada en filología inglesa y diplomada en profesorado de Educación General Básica, por la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Tiene también el título del Ciclo Superior en Inglés de la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid, y el Certificate of Proficiency in English por la Universidad de Cambridge. Ha realizado talleres de relato y novela. Ha asistido a seminarios y cursos de literatura, y a cursos sobre la obra de escritores como Luis Mateo Díez y Laura Restrepo, que los propios autores impartieron. Premiada en el I Certamen Literario Ciudad Galdós por su relato «Tan frágil como una hormiga seca» (Editorial Iniciativa Bilenio, 2010). Seleccionada en el V Premio Orola, en cuya antología se incluyó su relato «Mi bodega» (Ediciones Orola, 2011).

Mientras Daniel se duchaba, las hormigas se adentraron en la retina. Esas figuras negras ahora corrían por los azulejos. Brotó de nuevo aquel olor extraño. Un olor que, aunque lo aborrecía, le cautivaba. Cerró los ojos con fuerza y escuchó caer el agua. Ese ruido lo llevó a la bañera de patas de la infancia.

Ilustración: Stock.Xchng

Tan frágil como una hormiga seca

Eva Medina Moreno

La puerta de la habitación se abrió. «El desayuno», gritaron. Daniel, tumbado sobre la cama deshecha; sábanas y colcha en desorden. Se levantó con dolor de huesos y arrastró los pies hasta el comedor. Tenía el vaso de leche sobre la mesa. Una enfermera le dio las pastillas. Mientras se las tomaba, clavó los ojos en el hule azul claro. Recordó la primera vez que vio el mar; un niño frente a ese azul impenetrable. Por la noche soñaba que su cuerpo y el de sus padres chocaban contra las rocas, despedazándose. La madre se quedaba con él hasta que se volvía a dormir; regustillo a melocotón entre las sábanas. En el desayuno ella le guiñaba el ojo, como si lo ocurrido durante la noche fuera su secreto.

Por la tarde, la luz era tersa, acogedora. La madre le contaba historias en el porche. El aire, con olor a mar, impregnando su piel, y el cuento del gato con botas mientras lo acariciaba. «Mi señor el Marqués de Carabás», oía desde una distancia de treinta y cinco años.

Tras el desayuno, iba a la consulta del psiquiatra. Era un hombre pequeño, serio, ordenado. Le pedía que recordase. Daniel lo miraba desde unos ojos grandes en una cara consumida. Le costaba articular palabra, como si algo en su interior se lo impidiese, una voz que le decía «no lo cuentes, si lo haces nunca saldrás de aquí».

Aquella tarde salió al jardín. Se sentó en un banco de madera y fijó la vista en el suelo. Había hojas secas, piedras de distintos colores, unas grises, otras azules. Detrás de las hojas, distinguió una hilera de hormigas. En la fila, una de ellas arrastraba una hormiga muerta. Miró hacia la izquierda y vio el cadáver de otra. Lo cogió. La hormiga estaba seca y al tocarla se deshizo como si fuera polvo. Un olor extraño se apoderó de él; era una mezcla de aguas estancadas, árboles frutales y salitre. Olor que abrió una herida que supuraba.

Recordó un domingo en el parque. Los padres le animaron a que jugase con

chicos de su edad. Daniel se apoyó en un árbol, detrás de los columpios, y esperó a que el tiempo pasara. Unos minutos más tarde notó un picor. Miró al suelo y vio muchas hormigas. Algunas subían por las piernas; otras estaban en los zapatos. Gritó con fuerza. Una de ellas había llegado al brazo. Tres bolas negras a punto de reventar y unas patas de hilo. Se imaginó que las aplastaba, triturando su ligero caparazón; el jugo gris bajo las suelas. No se dio cuenta de que el padre estaba allí. «Están nerviosas porque has pisado el hormiguero», le dijo mientras le quitaba los insectos del cuerpo. «Acuérdate, ve con más cuidado, es su territorio y lo defienden». Después, le cogió la mano y caminaron juntos.

Mientras Daniel se duchaba, las hormigas se adentraron en la retina. Esas figuras negras ahora corrían por los azulejos. Brotó de nuevo aquel olor extraño. Un olor que, aunque lo aborrecía, le cautivaba. Cerró los ojos con fuerza y escuchó caer el agua. Ese ruido lo llevó a la bañera de patas de la infancia. Le gustaba llenarla hasta arriba, con agua muy caliente; después llamaba a la madre para que le enjabonara el cuerpo o le frotase la espalda, pero ella, «ya eres mayor para que te bañe, tu padre está al llegar y no tengo la cena, termina pronto». Cuando ella se marchaba, cogía su esponja y la retorcía entre las manos hasta dejar trozos muy pequeños flotando en el agua.

Aunque las horas se detuvieran, el tiempo pasaba rápido. Daniel fue al comedor y se sentó a la mesa. El blanco de la leche le repugnó. Fijó la vista en el cristal de una de las ventanas. Las esquinas de abajo tenían vaho. La imagen de una noche muy fría. Nadie probó bocado. El padre gritaba a la madre. Ella intentaba calmarlo, pero él no quería escuchar. Se levantó bruscamente y dio un portazo al marcharse. «A la taberna», dijo la madre, «eso es, vete a la taberna», y salió de la cocina llorando. Pasaron minutos hasta que Daniel subió las escaleras. Se quedó junto a la puerta del dormitorio de los padres, y, tras su respiración entrecortada, oyó sollozos. Vio la figura de una mujer que en ese momento se le hacía pequeña, indefensa. Un cuerpo encogido sobre la cama. Se acercó, le acarició el pelo y le dijo: «No te preocupes mamá, es un borracho». Ella se irguió mostrando un rostro severo. «¡Hablar así de tu padre!». Él se quedó inmóvil. Cuando salió, no sentía el peso de los zapatos. Parecía un personaje de ficción desdibujado. Entró en su cuarto y clavó los ojos en la fotografía que estaba frente al cabecero: la madre con un vestido de lino azul claro. Su estómago comenzó a girar y girar. «¿Por qué me haces esto?», le dijo. Notó pinchazos y olor a peces muertos; como si tuviera larvas de insectos en los intestinos y segregasen un líquido ácido. Los pinchazos eran agudos, su cuerpo se retorcía formando un ovillo. «¿Por qué me tratas así?», decía mientras se acunaba. Cuando los mordiscos de la tripa cesaron, se acercó a la ventana. Apoyó la cara en el cristal helado y sintió que su piel quemaba.

«Las peleas eran cada vez más frecuentes», se escuchó decirle al psiquiatra, «él estaba menos en casa, y mi madre empezó a beber. No quería verme, como si mis ojos la delataran». ¿A quién llamaría?, pensó. Siempre que la madre hablaba por teléfono, sentada en el sofá del salón, él vigilaba receloso detrás de la puerta. ¡Cómo le dolía ese tono de voz tan falso, tan ingrato! Cuando salía, ella se inquietaba, ruborizándose como si la hubiera descubierto. «¡Déjame en paz! ¡Déjame!», y esas palabras, cuñas en el cerebro.

«Algunas noches iban juntos a la taberna y volvían a casa borrachos», le dijo al psiquiatra. Él veía, desde la ventana del cuarto, cómo los padres se tambaleaban. Luego, las risas al subir las escaleras; latigazos en su piel desnuda.

Al terminar la consulta fue a la habitación y cayó en la cama. El sueño lo abrazó. Ahora se encuentra en un lugar árido. Está en el suelo, boca abajo. Arrastra un cuerpo roto. Las piedras rasgan su piel, pero no siente nada. Sigue adelante. Las vértebras dibujan el camino como anillos de gusano. «No te pares», le dice una voz débil, ahogada. Trozos de arena se incrustan entre las uñas. El polvo se mete en sus ojos; una capa fina los nubla. Sigue recto. Se adentra en unos arbustos. Avanza despacio. Los pantalones quedan enganchados en unas ramas. Tira de ellos con fuerza, pero no logra desprenderse. Impulsa el cuerpo hacia delante. «Inútil, es inútil». Huele a sudor y sangre. Las ramas lo oprimen. «Quiero salir», grita. Al abrir los ojos, dos enfermeras lo sujetaban. Notó un pinchazo dulce.

Sala de televisión. Imágenes en la pantalla. Daniel miraba al techo. El sol se filtraba a través de la cortina. Como aquel día, pensó. Se vio tumbado en el sofá, apoyando la cabeza en las piernas de la madre. Notó la calidez de los muslos. Ella lo empujó irritada. Daniel se levantó con brusquedad. Subió las escaleras con gangrena en la boca y mordeduras en la tripa. Los insectos lo invadían. Sintió que las hormigas se apoderaban del hígado, recubriéndolo de una capa negra. Los chinches despedazaban los intestinos. Tarántulas venenosas sobre los pulmones. Le costaba respirar. Las patas de un ciempiés salían por la nariz. Supuraba los olores fétidos de la putrefacción.

Llevaba tres días sin dormir. La cabeza le pesaba como si las distintas partes del cerebro fuesen de acero y no se comunicaran. Ansiaba el vacío, la nada. Las palabras «a levantarse, el desayuno» lo violentaron. No quería desayunar, pero le obligarían. Tardó en incorporarse; los músculos se aferraban a la cama, como si estuvieran atados al colchón con cuerdas transparentes. Se levantó a coger la ropa, que estaba encima de una silla, junto a la ventana. Miró tras el cristal. El

jardín estaba sereno. Su vista empezó a nublarse.

Se vio con catorce años en la cocina. No estaba solo. La madre, sentada en una silla, con la cabeza hacia delante, dormía. En el suelo, botellas vacías. Daniel la miraba con desprecio, con odio. Fue hacia la llave del gas, la abrió y cerró la puerta al salir. El golpe de la puerta se unió al silbido de alas de insectos. Se tapó la cabeza con los brazos, pero el ruido era cada vez más fuerte. Abejas y hormigas voladoras zumbaban en sus oídos. El crujido de alas se adentró en el tímpano hasta llegar al cerebro. Olía a pantano, melocotón y mar. Olor que hizo brotar esas olas que engullían unos cuerpos descuartizados. «No me dejes aquí, no me dejes aquí», gritó golpeando la puerta hasta caer al suelo. «Ese olor nos separó, mamá, ese olor nos separó».

La novela que todavía no escribí nunca (trediconti)

Juan Carlos Méndez Guédez

Escritor venezolano (Barquisimeto, 1967). Reside en Madrid, España, donde ha escrito y publicado la mayor parte de su obra. Licenciado en letras por la Universidad Central de Venezuela (UCV) y doctor en literatura hispanoamericana por la Universidad de Salamanca. Textos suyos han sido incluidos en antologías de cuentos en español como *Líneas aéreas* y *Pequeñas resistencias*, entre otras, así como en las antologías venezolanas de relato corto *Las voces secetas* y *21 del XXI*. Algunas de sus narraciones han sido publicadas en Suiza, Francia, Bulgaria, Italia, Eslovenia y Estados Unidos. Ha publicado, entre otros libros, *Historias del edificio* (Guaraira Repano, Caracas, 1994), *El libro de Esther* (Lengua de Trapo, Madrid, 1999; Lugar Común, Caracas, 2011), *Tan nítido en el recuerdo* (Lengua de Trapo, Madrid, 2001), *Una tarde con campanas* (Alianza, Madrid, 2004), *Nueve mil kilómetros y tu abrazo* (Ediciones B, Bogotá, 2006), *Hasta luego, Míster Salinger* (Páginas de Espuma, Madrid, 2007), *La bicicleta de Bruno* (Ediciones B, Caracas, 2009) y *Chulapos Mambo* (Casadcartón, Madrid, 2011; Lugar Común, Caracas, 2012). Ha ganado, además, el 2º Premio de Narrativa Breve de la Embajada de España en Venezuela, el VI Premio de Cuentos Ateneo de La Laguna y el 40º Premio Internacional Ciudad de Barbastro de Novela Corta (2009), y fue finalista del XII Premio Rómulo Gallegos y del V Premio de novela Fernando Quiñones.

Esa tarde no me invitó a encontrarnos. Auguré una tragedia, un quiebre. Caminé desesperado fumando mil cigarrillos por el Parque Ayacucho, mirando niños que jugaban con balones o parejas de enamorados que se sacaban las espinillas.

Ilustración: Jim Dandy

La novela que todavía no escribí nunca (trediconti)

Juan Carlos Méndez Guédez

1)

Podríamos llamarla Andrea.

2)

Pero no. Quizás mejor llamarla Lara. Así sucede el juego de los nombres: la película del Dr Zhivago; el lugar donde nos conocimos; esa música que yo escuchaba al pasar frente a una de esas casas decadentes y hermosas de la carrera 17.

Pensemos ahora el nexo.

Lara desnuda, brillante de sudor, yo a su lado, silbando la melodía de la película, y Barquisimeto detrás de las ventanas, ardiendo como la luz de la tarde.

A un lado de la cama, ese montón de hojas llenas de letras, de tachaduras.

Ahora sí. Ahora podemos comenzar.

3)

¿Seguirá Lara odiando la espera?

4)

Su primera clase fue un lunes a las siete de la mañana. Era propio de ella. Abrir. Abrir los días. Abrir el mundo. Abrir la mañana.

Nos miró con gesto serio pero a nadie se le escapó su rostro juvenil, su menudo y duro cuerpo, sus dientes ligeramente salidos, su temblor en las manos. Alguno de mis compañeros le preguntó la edad y ella cortante le dijo: «lo suficiente como para ser tu profesora de historia».

Cuando sonó el timbre la vimos marcharse: caderas rotundas, y ese pantalón que mostraba una grupa feroz, vertiginosa.

5)

La complicidad fue natural. Ella no se limitaba a los puntos del programa. Agregaba anécdotas; construía insospechados enlaces; citaba fragmentos de novelas que jamás habíamos escuchado; tarareaba bandas sonoras de películas.

Me convertí en su mejor alumno.

Un acto natural.

Una prolongación de mi euforia al encontrarla cada mañana y saber que me bebería cada una de sus palabras.

Un mediodía, antes de salir me preguntó si quería conocer autores distintos a los que mirábamos en el liceo.

Dije que sí.

Leí todos los libros que ella me fue prestando cada semana. Los devoraba y luego al regresarlos colocaba un papel con mis comentarios. Ella nunca pareció impresionada por ello, pero una tarde la encontré en Los Leones bebiendo una aburrida cerveza. La saludé. Acababa de ir a la librería y le mostré una montaña de novelas y guiones de cine. Ella me invitó a que la acompañase y sin preguntar nada dijo al mesonero que sirviese un refresco.

«Me siento culpable con todo lo que he comprado», le dije. Temblaba de alegría sólo por estar junto a ella, por compartir un rato mirando de cerca su rostro, intuyendo bajo el vestido un mundo de tersuras, huesos, cavidades. Ella se mantuvo seria: «La culpa es el arma de los débiles para hacer daño», murmuró. Yo enrojecí. Ella pidió otra cerveza y la bebió en tres sorbos. Miró el reloj y

resopló con furia. «Quiero mostrarte algo», dijo con tono vacilante y colocó frente a mí un puñado de hojas.

6)

En un cuento de Onetti que Lara jamás me dio a leer, una mujer y un joven hacen el amor durante muchas tardes y luego se inventan viajes a lugares lejanos.

La fuerza que los vincula es la voz con la que ella arma esos viajes, el modo en que los construye, los llena de detalles.

Yo imagino un único viaje. Lo sigo imaginando. Los dos hacia su cama: ella desnuda, y su cuerpo brillante de sudor y yo silbando la canción de una película.

El viaje que no ocurrió es el que se mantiene como única memoria posible.

7)

Dice María Lejárraga: «Los países que deseamos son aquellos que no conocemos».

8)

Nos reuníamos todas las tardes. A veces en una fuente de soda que estaba en la Vargas con 18; a veces en su casa: un apartamento cercano a la Catedral donde el sol parecía un resplandor sedoso, táctil. Comentábamos el libro que ella estaba escribiendo: crónicas históricas sobre la vida de mujeres ilustres, pero hechas desde un humor feroz, casi malvado. Como título provisional había colocado con bolígrafo dos palabras: La espera. Penélopes brillantes, poderosas, que finalmente se habían consumido en la inmovilidad, mujeres esperando un hombre, esperando un padre, esperando un hijo, esperando un país, esperando un trabajo, esperando una llamada.

No sé si ahora me gustarían esos textos. El recuerdo de aquellas palabras va demasiado unido a las manos de Lara, manos pequeñas, con anillos en los dedos pulgares, pero también a esa voz suya, que perdía fiereza y seguridad cuando comenzaba a desgranar frase tras frase.

Yo realizaba comentarios, intentaba ser agudo, pero casi siempre producía en ella sonrisas escépticas. Y aunque sufría al pensar que en cualquier momento dejaría de invitarme, cada mañana volvía a pedirme que nos encontrásemos y la contemplaba beber un par de copas de vino.

9)

Una mañana feliz dijo su edad. Murmuró que había amanecido contenta, que eso le hacía sentir que tenía una edad estupenda: 22. Número repetido. Número que ella sentía fluvial, cargado de energía.

Esa tarde no me invitó a encontrarnos. Auguré una tragedia, un quiebre. Caminé desesperado fumando mil cigarrillos por el Parque Ayacucho, mirando niños que jugaban con balones o parejas de enamorados que se sacaban las espinillas.

Luego estuve callejeando por la 17. Me detuve junto a una casa donde siempre sonaba la música de la adaptación al cine de Dr. Zhivago. Imaginé la vida de las personas que habitaban allí dentro. Me inventé una historia de rusos que habían escapado de Moscú y que ahora intentaban ignorar cualquier mundo que no tuviese calles nevadas; grandes abrigos; palabras definitivas. Quise pensar que Lara se desnudaba para mí en una habitación helada, que nos arañábamos hasta que el calor volvía a nuestras pieles.

Acepté que mis tardes serían ahora esa inconsistencia, esa inquietud.

Pero al día siguiente, muy seria, casi con hosquedad, Lara me pidió que nos viésemos otra vez.

Yo le conté con palabras nerviosas, atropelladas, buena parte de la novela de Pasternak. Ella sonrió: «no la he leído», susurró, y sentí que por única vez yo había podido obsequiarle una curiosidad, una carencia.

10)

Inútil mentir. Sí he vuelto a leer en Internet las crónicas de Lara. Son excelentes. Me lo siguen pareciendo. Pero una lectura con rencor es una forma de olvido, de ceguera.

11)

Fue un domingo. Nunca nos veíamos los domingos y por eso me sorprendió que llamase a casa. Le dije a mis padres que una compañera necesitaba unos apuntes y corrí hasta la fuente de soda en la Vargas. Se notaba recién bañada y los ojos parecían irritados. La vi bostezar un par de veces, pero se fue animando a medida que pidió varias cervezas. Luego me invitó a almorzar a La Pimpina. Comimos unas carnes jugosas, tersas. Creo recordar que mordíamos cada trozo con alegre furia y de tanto en tanto intercambiábamos miradas.

Al terminar me llevó al bar de Hilton. Me sentí feliz. Quedaban apenas unos meses para que yo cumpliese dieciocho así que intenté beber una cerveza pero el mesonero nos pidió la cédula. Al final solamente Lara tuvo frente a sí una dorada pilsen que le dejaba rastros de espuma en los labios. No me comentaba nada especial. Hablaba de libros que yo debía leer, de libros que ella quería conocer pronto. Pidió para ella un ron con coca cola, y cuando nadie nos miraba me daba a probar grandes sorbos.

Mis amigos solían beber bastante pero yo apenas toleraba una cerveza, quizás dos. Sentí un zumbido dulce entre los ojos. Se me durmió el rostro. Era feliz. Me encantaba el sabor del ron que Lara comenzó a regalarme con su lengua cuando se lanzó sobre mí. Le bebí la boca. La mordí. Sonaron nuestros dientes, y ella se quedó mucho rato apretando mis labios con los suyos, como para hacerme sangre.

Luego me dijo algo de un hombre. Un hombre que a veces llamaba y a veces no. Que a veces aparecía y a veces no. Dijo más cosas. Pidió mas tragos. Pero yo sólo recuerdo que mi mano se deslizó entre su escote. Pensé en manzanas. Deliciosas manzanas.

12)

Estábamos en una esquina solitaria, penumbrosa. Pero cuando Lara se quedó dormida quizás debí sacarla a que le diese el aire. Yo me limité a susurrarle en el oído, a pellizcar sus pechos, a acariciar sus cabellos.

Ella al fin abrió los ojos, tosió una, dos veces. Luego movió el rostro con brusquedad y vomitó sobre la mesa. Un vómito de colores terrosos, de olor punzante. Intenté ayudarla pero ella pareció dormirse de nuevo sobre mi hombro y unos segundos después tuvo nuevas arcadas y me salpicó la camisa.

Escuché a las personas de las otras mesas levantarse indignadas.

Un señor de seguridad vino a echarnos. Me puse de pie. Discutí. Recibí un puñetazo. Creo que ella nunca logró enterarse de nada.

La saqué cargada del bar. Luego, con el agua de una fuente mojé su rostro. Lara recuperó la conciencia. No entendí sus palabras pero marcó un número desde un teléfono monedero y exigió que me marchase. Los dos teníamos la ropa cubierta de manchas sepias.

Fingí alejarme.

Escondido tras unos árboles vi a un señor de rostro colorado y sienes plateadas que vino a buscarla y con gestos bruscos la subió a un carro.

Ese lunes no fue al liceo.

Tampoco el martes.

El miércoles igual.

El jueves alguien comentó que resultaba extraña la ausencia de la profesora de historia.

«No volverá nunca», les dije.

13)

Años después encontré su libro de crónicas en un remate en el Edificio Nacional. Lo había publicado poco tiempo después de que le perdí la pista. Lo leí de un tirón y no reconocí ninguna de las palabras que me entregaba en aquellas tardes. Ni una palabra me resultó familiar. Todo era nuevo; brillante; con la seguridad de una perfección que me excluía.

El fin de semana fui de paseo a Río Claro con varios amigos a quienes les conté que durante meses me había acostado con mi profesora de historia. Cuando pasamos cerca del río Turbio asomé mi brazo por la ventanilla y lancé el libro a las aguas fétidas como si fuese un gato muerto.

Innecesario detenerme demasiado en la obviedad de que nunca volví a ver a Lara. De tanto en tanto la tropiezo en Internet; la encuentro en alguna noticia sobre brumosas actividades relacionadas con la crónica histórica.

A la debilidad de la culpa por haber arrojado el libro a las aguas se suma también la debilidad de los meses en que estuve aguardando su regreso a la entrada del liceo.

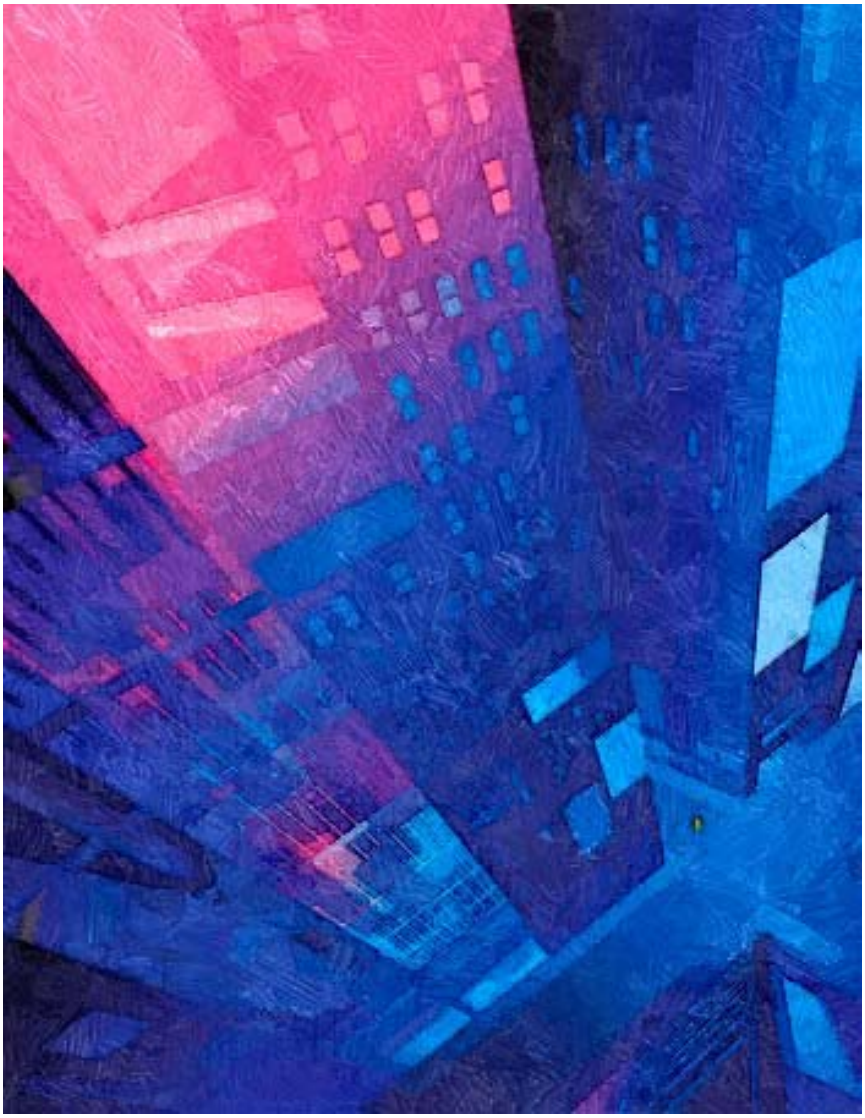
Pero a ella no le habría gustado que lo contase. Por eso nunca escribiré estas palabras. Ella jamás podrá leer mi espera.

Cuentos breves

Julio César Parissi

Escritor, dibujante y humorista uruguayo (Montevideo, 1945). Reside en Buenos Aires desde 1969. Desarrolla su trabajo en medios gráficos y audiovisuales. Textos suyos están incluidos en los poemarios colectivos *9 poetas*, *Pequeña selección*, *Tres poetas orientales*, *Poesía desde afuera* y *Laberintos*. Además ha publicado los poemarios *Mi bota está sangrando* y *Los hombres comunes*, el libro de cuentos *La muerte es sueño y otros cuentos* (H&H Editores, Argentina, 1999) y el libro de cuentos para niños *Kasogonaga, el dios rayo* (Santillana, Argentina, 2001). También ha publicado diversos libros de humor y otros géneros y ha trabajado en medios de comunicación impresos y audiovisuales. Obtuvo el segundo lugar del concurso Juan Rulfo 2003, organizado por Radio Francia Internacional (París), por el cuento «El corazón sin límites de Julián Carranza».

Finalmente, en esa costa tranquila y cordial conoció a una joven. Ella sintió el halago de este muchacho con acento diferente al suyo, y ambos vivieron un romance pueril, como corresponde a un cazador novato. Antes de que se diera cuenta, sus modestas vacaciones concluyeron, y el muchacho debió irse. La jovencita escuchó la promesa de un regreso en el próximo verano.



Presentación: ImageZoo

Cuentos breves

Julio César Parissi

Megalópolis

—Esta ciudad es demasiado grande —dice la madre, y el muchacho la escucha casi sin prestarle atención. Él no vivió en ninguna otra época más que ésta; la ciudad siempre ha sido igual para su experiencia. Pero cuando la madre le dice eso, ella trae a su memoria otra ciudad en donde todos se conocían, todo estaba cerca y no era necesario ir a otros barrios a buscar un poco de alegría o de felicidad. El muchacho no le presta atención porque sus pensamientos se encuentran en otra parte. Tiene el recuerdo de la noche anterior, cuando conoció a Deborah. Recuerda que ella no le dio su teléfono, pero le pidió el de él, y hoy lo llamó y quedaron en verse en un lugar que ella no conoce bien, pero que intentará llegar. Cerca de la hora convenida, el muchacho salió para la cita, con temor. Le rondaba la idea de que, quizás, ella no llegase al encuentro. Imaginó que no la vería ni hoy ni mañana ni por muchos años, y si al cabo del tiempo se cruzara con ella en forma casual, le preguntaría por qué no fue. Entonces —supuso—, ella respondería:

—Era muy lejos. Me perdí.

Los caminos que se cruzan

Liliana estaba enamorada de Gustavo, y Gustavo se sentía atraído por Liliana.

Ella, que conocía el recorrido habitual de Gustavo, decidió forzar un encuentro con él, pero buscando que pareciera casual. Gustavo, que ni imaginaba las intenciones de Liliana, ese día, por azar, cambió el rumbo de siempre y no pasó por donde andaba a diario. Ella no pudo verlo, y esa imposibilidad hizo crecer un poco más su amor por Gustavo.

Por comentarios de una chica a otra chica y de esa a otra y a otra, Gustavo se enteró del amor de Liliana. Y como se sentía atraído por ella, pensó que sería bueno buscar una manera de acercarse a Liliana, simulando un encuentro fortuito. Él también conocía el recorrido de ella y hacia allí fue.

Pero ese día Liliana no salió a la calle y Gustavo se quedó sin verla. Más adelante, sin imaginar lo que hacía cada uno, decidieron recorrer todos los días el camino de ambos para lograr encontrarse alguna vez. No fue fácil; siempre una razón u otra se lo impedía. Parecía que nunca iban a verse y estaban sospechando que ese encuentro no se daría jamás.

Hasta que una tarde, entre tantas idas y vueltas, se hallaron uno frente al otro.

Puede decirse que fue una casualidad.

Buena suerte

El pibe la ve venir por la vereda y cuando se enfrentan, la saluda. Ella hace como que no lo escucha. Él se le pone a la par y empieza a hablarle, pero ella ni lo mira. Al llegar a la esquina, ella se para.

—¿Qué querés? —increpa, seca y distante.

—Nada. Acompañarte.

—¿Y? —vuelve a preguntar, y luego continúa caminando. Él va detrás y sigue hablándole. En realidad, no sabe bien qué le dice, pero larga palabras. Ella se detiene, de nuevo.

—¿Vas a seguirme toda la tarde?

El pibe le roza el brazo con su mano.

—Te invito a tomar un café —le dice.

Ella duda, lo mira a los ojos por primera vez y casi se sonríe.

—Bueno —responde.

Él la toma del codo, con suavidad, y la conduce; ella se deja conducir.

—Hoy es mi día de suerte —le dice el pibe a la chica.

—Hoy es mi día de suerte —piensa ella. Pero no dice nada.

Paraísos perdidos

Apenas cumplidos los quince, este muchacho ejecutó un rito del porteño: fue de vacaciones a la otra orilla con dos o tres amigos tan jóvenes como él. En esos pocos días de holganza trató de que todo pasara de manera presurosa. Correteó la noche visitando boliches y sitios ignorados por los mismos lugareños. Durante el día pisó la arena de la playa a la hora en que nadie se atreve, con el sol cayendo a pico, buscando concretar la fantasía de la caza furtiva de un amor de verano. Finalmente, en esa costa tranquila y cordial conoció a una joven. Ella sintió el halago de este muchacho con acento diferente al suyo, y ambos vivieron un romance pueril, como corresponde a un cazador novato. Antes de que se diera cuenta, sus modestas vacaciones concluyeron, y el muchacho debió irse. La jovencita escuchó la promesa de un regreso en el próximo verano.

Luego, pasaron muchos años. ¿Cuántos? Todos. El olvido y el recuerdo cayeron sobre los dos. El olvido de la promesa y el recuerdo de esos días que el muchacho recordará siempre, porque cada vez que alguien le habla de la otra orilla, dice:

—¡Qué buena gente! Yo estuve hace mucho, y sueño con volver para quedarme a vivir ahí.

Pero no es cierto, él nunca va a volver. Es sólo un sueño para mantener viva su adolescencia. En el fondo sabe que cualquier paraíso siempre será un Edén perdido.

Libros en el subterráneo

Un tren que va por debajo de la tierra es, en sí, demasiado extraño para nuestra naturaleza de seres de la superficie. Es un gusano de metal taladrando los cimientos de la ciudad: eso es el subterráneo.

Así como extraño es este transporte, también somos raros los que allí llegamos. Parecemos fuera de lugar, actuando un libreto ajeno. Como lo es la jovencita vendedora de pelo lacio castaño claro y lentes redonditos, que carga en sus brazos una pila de novelas de autores casi desconocidos. Las va dejando en los muslos de los que están sentados como si fuera el chiquito que vende la estampita religiosa o la madre que deposita en la falda de la gente un par de lapiceras. No sé si es bonita, pero tiene rasgos agradables. Fuera de este lugar, se confundiría con una estudiante de alguna carrera liberal. Pero está aquí, en el subte, vendiendo novelas de rezago a dos pesos cada una. A elegir, señor, tiene varios títu-

los y todos interesantes.

Luego pasa recogiendo la mercadería; como siempre, la venta es escasa porque lo que ofrece no es ni útil ni atractivo. A pesar de eso, no hay disgusto en su rostro. Toma la tarea con una dignidad que asombra. No la roza la mala situación, ni la escasez de dinero, ni la humillación de pedir una compra casi miserable. ¿Por qué? Porque su cabeza no está aquí, en el subte. Seguro que no. Está en otro lugar, muy lejos, a miles de kilómetros. Protegida, ilesa. Esta tan lejos como puede, esperando que esta tormenta amaine algún día.

Esa es su esperanza, y es lo último que ella quiere perder.

Abrazados

Al mediodía, cuando entré al enorme hall de la estación Lacroze, me llamó la atención una pareja que se abrazaba inmóvil en medio del ir y venir de tanta gente. Todo a su alrededor se movía pero ellos estaban estáticos casi de manera insolente. Al acercarme los observé con más detenimiento: eran dos jóvenes espigados, de buena altura, vestidos con ropa informal.

Yo caminaba hacia las boleterías y al hacerlo giraba en una órbita que los tenía de centro. Cuando vi sus rostros me di cuenta de que la inmovilidad se debía a que estaban besándose. Habían apoyado sus labios y no lo despegaban, pero no movían sus cabezas como hacen las parejas apasionadas. Reposaban, boca sobre boca, y mantenían los ojos cerrados. Yo supuse que estaban imaginando, mientras se besaban, otro paisaje mejor que éste que los rodeaba. El muchacho tenía un tatuaje de colores en el brazo, un poco tapado por su remera y no entendí por qué capricho se lo habría hecho, tan inútil como me di cuenta después.

La chica rodeaba con sus brazos la cintura de él, y él hacía lo mismo por sobre los hombros de ella. Cuando me acerqué más, mientras seguían besándose sin importarle el entorno, vi que de la muñeca de él colgaba un lazo que sostenía un fino bastón. Ella aprisionaba otro en una de sus manos.

Blancos, los dos bastones.

Segunda infancia

Nuestros nietos varones nunca habían coincidido en un lugar donde también estuviéramos mi mujer y yo. Pero hace poco, y por una semana, se encon-

traron los dos en nuestra casa. La primera duda era si la diferencia de edad —tres años— iba a ser una barrera entre ellos; no fue así, ambos tienen la perfecta lucidez de saber el sitio que ocupa cada uno. La otra duda fue si se iban a entretener con nosotros —la diferencia de edad con ellos es mayor, ni qué decirlo—, pero privó las ganas de estar juntos por sobre cualquier cosa. Y notamos que a ellos no les costó esfuerzo acompañarnos; nos aman.

Al final de la semana no supe si los entretuvimos o fueron ellos quienes nos solazaron. De todas maneras, me inclino por lo último, por lo menos en mi caso. Pude jugar sin vergüenza y sin esfuerzo a los juegos que ellos me propusieron, tanto como ellos prestaron atención a las cosas que les iba contando. Cuanto más le hablaba, más sumaban preguntas, y nunca sintieron que los temas terminaban ahí. Todo lo que se hablaba quedaba abierto para futuras charlas.

Con ellos pude explayar mi filosofía —sui generis, lo reconozco— que no está en ningún libro y que, supongo, nadie la enunció antes, pero son las ideas que me guían con firmeza. Les dije que la vida es una fantasía del alma, y a partir de esa frase tejí todas mis charlas, con preguntas y repreguntas que no tuvieron fin.

Aunque a muchos les parezca mentira, me entendieron todo.

Palabras recordadas

—Fijate vos cómo se me ocurren las ideas. Imaginate un colectivo repleto, dos o tres estudiantes charlando entre sí, contándose trivialidades. Uno de ellos dice: «Cuando el sol entibia la mañana». Y esa frase es una más entre tantas. Luego la conversación se encarrila por otros senderos y esa frase queda ahí, sin registro aparente. Pasan diez o veinte años, y uno de esos estudiantes la rememora. ¿Sabrá aquel, quien dijo la frase, que se la recordará tanto tiempo después? El que la escuchó, ¿imaginó que quedaría en su cabeza? ¿Cuántas decenas de miles de frases olvidó ese estudiante desde aquel momento hasta ahora? Pero esa quedó. Nadie puede saber cuál fue la magia que la hizo perdurable. Pero si la frase está presente, algo debe contener o, de otra manera, algo debe haber generado. Y hoy esa frase da comienzo a un relato. La frase seguirá vigente, más allá del valor que ella pueda tener en sí misma. Alguien, a pesar de lo pobre que sea ese relato que contenga la frase —o por esa misma razón—, la guardará en su memoria para que salte, quizá, veinte años después. Porque se trata de una frase destinada a reencarnarse en sucesivas vidas, hasta el infinito, sin que exista ninguna razón clara para que suceda así. Eso es lo bueno que tiene relatar la vida tal cual se presenta, ésa que transcurre aquí y allá: los misterios están ahí, uno los ve y habla de ellos. Y nada más.

Lucía ha crecido

Vanessa Estefanía Pérez Moreno

Escritora venezolana (Maracaibo, 1992). Cursa la licenciatura en letras en la Universidad del Zulia (LUZ).

Años después dejé de maquillarme porque me di cuenta de que era una ofensa para mi rostro, tomé mis pantalones rotos y me reí a carcajadas por lo feos que son, iba a casa de mis amigos y me regresaba temprano porque al día siguiente tenía que trabajar, y tuve muchos novios que mi hicieron daño y yo a ellos también.

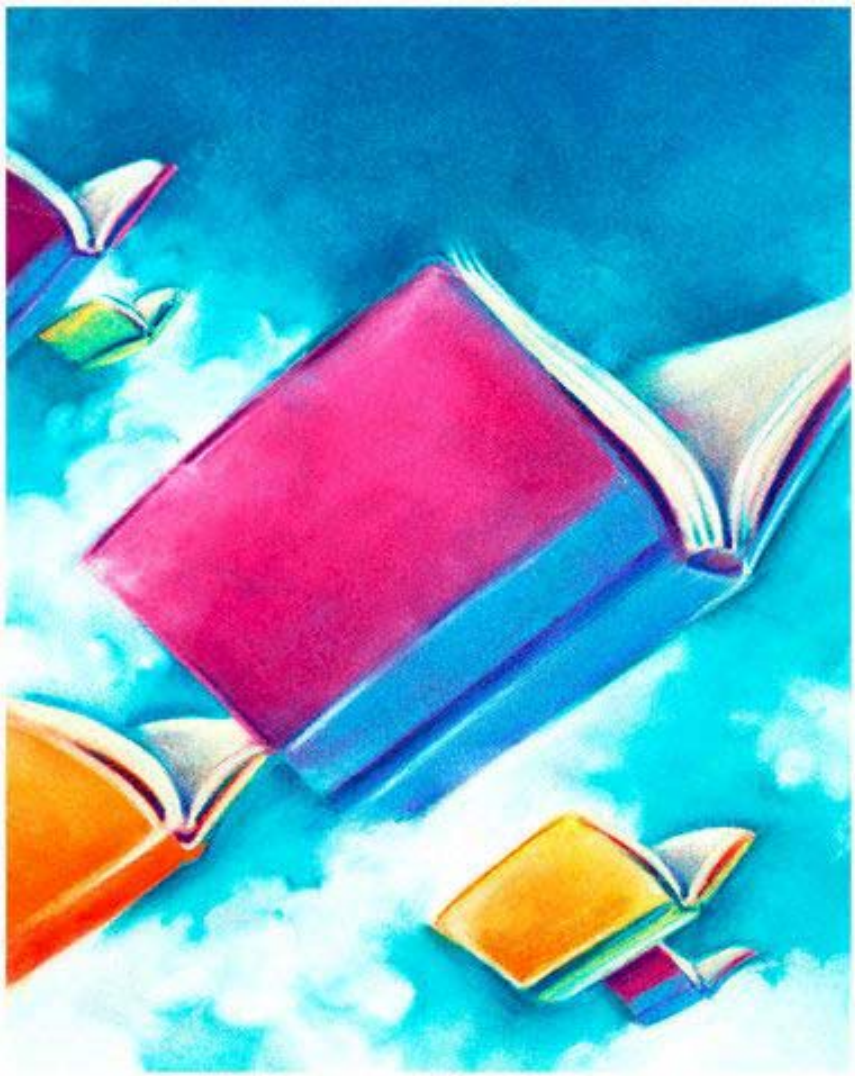


Ilustración: Eric Kittleberger

Lucía ha crecido

Vanessa Estefanía Pérez Moreno

Siempre pensé que ser joven sería diferente. Cuando era niña, fantaseaba con serlo.

—Lucía, no puedes salir con esos pantalones rotos.

—Lucía, no tienes edad para usar maquillaje.

—Lucía, si quieres ir a casa de ese muchacho, primero tengo que conocer a sus padres.

—Lucía, es tarde, quiero que te vengas a la casa ¡ya!

—Lucía, no tienes edad para tener novio.

Sí, cuando era niña mi madre me prohibía hacer muchas cosas, entonces, deseaba dejar de ser niña, y ser joven. Pensaba lo divertido que sería poder hacer lo que quisiera, sin tener que pedir permiso. —Qué divertido sería ser libre—. ¿Libre de qué? Lo cierto es que nunca seremos realmente libres.

Mientras crecía, me di cuenta de que siempre tendría que pedir permiso, bien sea a mi madre, a mis profesores, a mi novio, o a mí misma.

Años después dejé de maquillarme porque me di cuenta de que era una ofensa para mi rostro, tomé mis pantalones rotos y me reí a carcajadas por lo feos que son, iba a casa de mis amigos y me regresaba temprano porque al día siguiente tenía que trabajar, y tuve muchos novios que mi hicieron daño y yo a ellos también.

La verdad es que ser joven sí es divertido, pero de manera diferente a como yo lo imaginé. A pesar de entender que la libertad era compleja y depende de

algo más que la edad, disfruté de ser joven, incluso de las responsabilidades que venían junto con la adolescencia, de los romances y aventuras inesperados. El único problema fue seguir necesitando esa libertad.

Me decía a mí misma que estaba conforme. —Adáptate, Lucía, no puedes escapar de la sociedad y sus normas —pero inconscientemente seguía buscando una forma de lograrlo, así no fuese permanente, quería encontrar algún lugar o algo que me permitiera sentirme libre, aunque sólo se tratara de una ilusión.

Lo que no había notado, para mi sorpresa, es que siempre tuve esa libertad entre mis manos.

Me la brindó Shakespeare, cuando me permitió ser Ofelia. García Lorca, cuando fui Mariana Pineda. Cortázar, cuando caminé por las calles de París buscando a La Maga. Stephen King, quien me llevó a perder al amor de mi vida mientras fui Johnny Smith. Junto a García Márquez disfruté del maravilloso y fantástico pueblo de Macondo. Supe lo que es la vejez, me lo enseñó Adriano González León. Gracias a Roald Dahl sentí el aroma del chocolate fresco de la Fábrica de Chocolates de Willy Wonka.

Viajé, fui feliz, reí, lloré, nací, morí y volví a nacer, fui niña y envejecí, me enamoré, muchas veces me enamoré. Fui libre. ¡Hasta en un bicho raro producto de Kafka me convertí!

Si esto no es libertad. ¿Qué podría serlo?

La mejor parte de mi adolescencia fue encontrar ese algo en el que puedo ser y hacer lo que quiero sin pedir permiso, pero que también me conecta con la niña que fui y no puedo olvidar, el adulto que seré o espero ser, y la joven que soy y que en algún momento extrañaré ser.

Así encontré los libros.

Alfonso
Ramírez de Arellano

Psicólogo español, especialista en psicología clínica y psicoterapia de familia. Ha trabajado como actor y director de teatro. Actualmente desempeña sus funciones en el ámbito de las drogodependencias, en el que ha recibido el premio Reina Sofía 1989 y Mención de Honor 2008. Además recibió el premio al mejor artículo de 1996 de la revista europea *Ítaca* por su trabajo «Drogodrama y dramadependencia» y fue finalista del premio periodístico Enrique Ferrán. Compagina la publicación de relatos en revistas literarias con artículos de divulgación científica en prensa diaria. Es autor de los libros *Actuar localmente en (drogo)dependencias* (GID), *Problemas emergentes en jóvenes y adolescentes* (CSZ) y *Manual de supervivencia del empleado público o cómo defenderse del político de turno* (Almuzara), así como de diversos capítulos y colaboraciones en libros y manuales. Colabora habitualmente con los medios del Grupo Joly (Diario de Sevilla). También ha publicado relatos y artículos en las revistas *El Ciervo, Cuadernos para el Diálogo* y *El Siglo que Viene.*

La adolescencia como fenómeno generalizado está vinculada a la prolongación de la escolarización efectiva en más de diez años (Europa y América del norte) durante el siglo XX. Anteriormente ya existía pero sólo entre una minoría de clase alta.

Ilustración: Affordable Illustration Source

Adolescentes

Alfonso Ramírez de Arellano

Adolescencia y juventud son dos palabras evocadoras sobre las que los adultos tendemos a proyectar nuestras experiencias personales. Nuestra relación con ellas está muy condicionada por cómo vivimos esa etapa de nuestra vida. Lo bien y lo mal que lo pasamos, los miedos que padecimos, los placeres que experimentamos, las relación que establecimos con la autoridad o contra ella y la forma en que experimentamos con el riesgo.

También las relaciones generacionales juegan un papel importante. Actualmente en España estamos muy influidos por la convivencia de generaciones que han sido educadas en modelos muy diferentes. Unos basados en la obediencia, cuando no en el autoritarismo, y otros basados en la tolerancia, cuando no en la negligencia. Aquí siempre hemos sido muy extremistas.

Aunque pueda parecernos que las cosas siempre han sido más o menos así, resulta que hace menos de dos siglos en Europa no existía la adolescencia. Con frecuencia al llegar a los catorce años —edad en la que suelen empezar los conflictos entre padres e hijos— uno de los padres ya había muerto y en cualquier caso, con una expectativa de vida mucho más corta que hoy, las relaciones intergeneracionales se regían por una solidaridad basada en una firme reciprocidad sin culpas ni complejos: «Hoy cuido de ti y mañana tú de mí». La adolescencia como fenómeno generalizado está vinculada a la prolongación de la escolarización efectiva en más de diez años (Europa y América del norte) durante el siglo XX. Anteriormente ya existía pero sólo entre una minoría de clase alta.

La prolongación del periodo formativo ha contribuido históricamente al desarrollo de la sociedad occidental, pero hoy las dificultades para el acceso a la vivienda y al primer empleo están prolongando artificialmente esta etapa, alejando el momento de la emancipación real de las familias de origen que acaban

soportando el peso de la falta de oportunidades del sistema. Ello crea algunas incógnitas en el seno de las familias. ¿Cuáles son las pautas (derechos y obligaciones) que deben regir el comportamiento de estos «jóvenes no adultos» o «adultos no emancipados»? ¿Qué pueden esperar de ellos sus padres? ¿Qué les deben exigir?

Por otra parte, la imagen que transmiten los medios de comunicación suele estar relacionada con problemas, crisis, consumo, consumismo, cuando no con cosas peores como drogas, violencia o accidentes de tráfico. Para colmo un determinado tipo de psicología ha contribuido a la definición de la adolescencia como un periodo de problemas y crisis. Se ha querido convertir una etapa vital en un factor de riesgo. Tanto se ha extendido el arquetipo de adolescente problemático que aquellos chicos y chicas que no lo son pueden preguntarse si serán normales. Es innegable que hoy los jóvenes consumen más alcohol y más drogas ilegales y que ello entraña riesgos, los más graves los relacionados con la conducción, y que en la escuela asistimos a episodios de violencia y de falta de control de los impulsos con más frecuencia de lo que sería deseable, pero tampoco conviene caer en el estereotipo de una generación de alcohólicos, drogadictos o violentos porque no es verdad. Si algo caracteriza a la juventud española actual es su pluralidad. Y si a alguien se parecen, en lo que a valores se refiere, es a sus padres. Sí, como han demostrado diversos estudios, los jóvenes españoles actuales se parecen más a sus padres que a los jóvenes de otros grupos socioculturalmente diferentes.

Para comprender cabalmente lo que pasa entre los adolescentes y sus familias es necesario sustituir el enfoque exclusivamente individual de la psicología tradicional por otro que dé cuenta de la evolución real de las familias, una psicología evolutiva familiar. Cada etapa del ciclo vital familiar tiene determinados retos y necesidades que afectan al sistema en su conjunto y sólo pueden ser entendidos completamente desde esa óptica global. En esta etapa concretamente la familia tiene que apoyar el tránsito a joven adulto.

Es verdad que toda transición de una etapa a otra puede implicar tensiones o «crisis de crecimiento». Por ejemplo, el pleno desenvolvimiento del pensamiento abstracto y crítico conllevará un replanteamiento de las antiguas normas aprendidas en casa y en la escuela. También se someterá a examen la doble moral de los adultos y las contradicciones entre teoría y práctica. Las nuevas capacidades físicas y psicológicas exigirán la revisión de los términos de anteriores acuerdos. Habrá que volver a negociar. El desplazamiento del afecto de la familia hacia las relaciones con los iguales también puede «dejar huérfanos» a algunos padres y a algunos matrimonios basados casi exclusivamente en la paternidad y la maternidad. En definitiva, nuevas necesidades requieren

nuevas respuestas, pero que sean o no problemáticas, que desemboquen o no en una crisis, dependerá del conjunto de la familia y no exclusivamente del adolescente.

Ahora bien, en ocasiones los problemas (abuso de alcohol, violencia, trastornos de conducta o del comportamiento alimentario, etc.) se consolidan o alcanzan un determinado umbral. Entonces hay que pensar en un «fracaso» o una «dificultad» para alcanzar el objetivo central de esa etapa del ciclo vital familiar de facilitar la transición de niño a joven adulto. Cuando, por ejemplo, un joven bebe habitualmente en exceso (o se hace dependiente del alcohol) suele tener problemas en otros órdenes de su vida y difícilmente caminará en la dirección de alcanzar la autonomía personal y la emancipación material. Tampoco estará recibiendo el tipo de ayuda que necesita de su familia. El conjunto de la situación (de fracaso) le provocará un tipo de malestar o sufrimiento que tratará de mitigar recurriendo de nuevo a la bebida. No se trata de culpar a los padres, ni de despreciar la multitud de factores que intervienen en los problemas, se trata de entender en qué momento la familia se quedó atascada en su proceso evolutivo natural para encontrar la mejor manera de seguir adelante.

Es evidente que la coyuntura actual caracterizada por la prolongación artificial de la etapa adolescente, la falta de referentes materiales y simbólicos que históricamente han pautado la transición a joven adulto —los ritos de paso—, unidas a la imagen social que transmiten los medios de comunicación y la industria de consumo no contribuyen a facilitar las cosas, pero los padres deben convencerse de que ellos tienen un papel que cumplir, que por sí solas esas circunstancias no determinarán el destino de sus adolescentes.

Poemas

Rolando Revagliatti

Docente y escritor argentino (Buenos Aires, 1945). Ha hecho estudios de realización cinematográfica, formación actoral, psicodrama psicoanalítico y psicoanálisis, entre otros. Ha sido traducido y difundido a diez idiomas en medios gráficos y electrónicos. Ha coordinado cafés literarios y ha dirigido espectáculos teatrales. Textos suyos pueden leerse en diversos medios latinoamericanos. Entre 1988 y 2009 ha publicado los poemarios *Obras completas en verso hasta acá, De mi mayor estigma (si mal no me equivoco):, Trompifai, Fundido encadenado, Picado contrapicado, Tomavistas, Propaga, Ardua, Pictórica, Desecho e izquierdo, Sopita, Leo y escribo, Del franelero popular, Ripio* y *Corona de calor;* la obra teatral *Las piezas de un teatro;* los libros de cuentos *Historietas del amor* y *Muestra en prosa;* las antologías poéticas *El Revagliastés* y *Revagliatti: antología poética* (con selección y prólogo de Eduardo Dalter). Excepto *Historietas del amor,* cuentan, además, con ediciones electrónicas, así como también sus cuatro poemarios inéditos en soporte papel: *Ojalá que te pise un tranvía llamado Deseo, Infamélica, Viene junto con* y *Habría de abrir,* disponibles gratuitamente para su lectura o impresión en la página del autor, http://www.revagliatti.net.

Estando con uno que / como yo tiene 20 / años, estoy apenas con / uno como yo // Estando con otro que tiene 60 años / estoy también, obviamente, / con quien ya ha tenido 50 años / ha tenido 40 / ha tenido 30 // y así / potenciados / todos ellos / me tienen.

Ilustración: ImageZoo

Poemas

Rolando Revagliatti

Un día me vio

Un día me vio
yo siempre había estado ahí
claro que
no para ella

Un día ella vio
                por fin
que yo ya estaba

para ella.

Interferido

Había sido en soledad y adolescencia
cuando creando yo las delicadas condiciones
para que con la eyaculación
adviniera el orgasmo
te / me apareciste
y me / reconviniste

«En soledad, no», dijiste
y de mi adolescencia hiciste
lo que quisiste.

Lolita

Hula-hula incluido
esta noche ella es tuya

Enseñale a jugar un gran secreto

Esta noche llevate su almohada
a tu catre
su suéter
y sus intrigantes cerecitas

Llevátela por esta maléfica ultimísima noche
sospechoso de comedia
a Alaska.

Embelesada

Embelesada
ante la insuficiente cristalinidad
de sus hijas
chirles y bonitas

retempla
la vastedad de su pequeñez
de niña crispada
ante su propia madre.

Cuando admiro

Estando con uno que
como yo tiene 20
años, estoy apenas con
uno como yo

Estando con otro que tiene 60 años
estoy también, obviamente,
con quien ya ha tenido 50 años
ha tenido 40
ha tenido 30

y así
potenciados
todos ellos
me tienen.

Tener gusto en una cosa

Yo, en mi adolescencia
nada que ver con Rimbaud:
tenía mierda en la cabeza:
me complacía redactando
versos complacientes

«Complace al órgano»
me recomendaba mi tío, el musicastro
¡Era un loco!
Tanto él como yo
nada que ver con Mozart.

Reencuentro

María Fernanda Rossi

Escritora argentina (Salta, 1968). Es comerciante.

El primer día casi se cae de la cama del susto cuando cantaron los gallos y Lalo lo apremió a levantarse. Era de noche aún, pero todos estaban haciendo sus quehaceres. Llevarían a pastorear a los chivos, la tía ya les tenía preparado el desayuno, les dio unos bollos y queso para que se lleven por el camino.

Ilustración: ImageZoo

Reencuentro

María Fernanda Rossi

Seba escuchaba música en su teléfono celular mientras caminaba de regreso de la escuela. Llevaba el delantal desabrochado y la camisa desprendida. La corbata asomaba por uno de los bolsillos. Su peinado, al igual que la vestimenta, dejaba en claro la rebeldía que caracterizaba su personalidad. Como la mayoría de sus compañeros, estaba inmerso en el turbulento vaivén de la adolescencia.

Su familia pertenecía a una antigua comunidad que se remontaba a tiempos incaicos. Cuando era chico, las visitas a las tierras de sus ancestros eran frecuentes, pero con el paso de los años esos viajes se habían ido espaciando hasta desaparecer. Quizás fue por eso que Seba desconocía las viejas historias familiares, las tradiciones ancestrales, y las rechazaba de plano cuando alguien le recordaba que él provenía de esos pueblos andinos. Con airado enojo y palabras orgullosas negaba tal origen; sus antepasados, decía, habían sido españoles, nada tenía que ver con otras etnias.

Al llegar a su casa encontró gente desconocida, quienes al verlo le sonrieron y abrazaron llamándolo ahijado y a su mamá comadre. «Son tus tíos del campo, Seba», le aclaró la madre. Eran gente simple, con ropa simple y no estaban a la moda. Ni qué decir de los chicos que tendrían su misma edad. Consternado, escuchó a sus padres decirles que Seba los llevaría a jugar al fútbol con los chicos del barrio. ¡Ni pensar! Se burlarían de él hasta el cansancio cuando descubrieran los fósiles que tenía de parientes. A partir de ese momento trató de evitarlos, fingió tener mal un tobillo para no ir a los partidos, tener mucho que estudiar para encerrarse horas enteras en su cuarto y que lo dejen solo. No quería tener nada que ver con esos quedados en el tiempo, mucho menos tener que aceptar que eran sus familiares. Por suerte para Seba, no se quedaron muchos días. Al partir, los chicos rogaron que enviaran a su primo al campo en las vacaciones: «¡Te divertirás, Seba! Nada de libros ni estudio, solo campo y buen sol», prometieron. Casi se muere cuando sus padres se comprometieron a hacerlo.

Las temidas vacaciones llegaron mucho antes de lo esperado. Cuanto más trataba de atrasar los preparativos del viaje, más rápido pasaban los días. Ya no tenía otras excusas y los padres, que parecían haberse dado cuenta de las maniobras evasivas, le habían sacado el pasaje. Iría para el desentierro del carnaval. No podía unir en su mente a las mujeres que había visto, prima y tía, usando bikinis estrechas y plumas en la cabeza contorneándose encaramadas en altos zapatos de tacos y bailando al ritmo de samba brasilera o batucada rioplatense. Creía que se moriría de vergüenza solo de verlas. Pero no le quedaba otra opción, así que refunfuñando armó la mochila, lo cargaron de regalos para sus parientes, lo subieron al colectivo y partió a las tierras del olvido.

Cuando llegó a la terminal de colectivos, si a ese lugar se lo podía llamar así, comprobó que con el tierral que había el pelo se le endurecería como paja y no podría peinarse con ese jopo para arriba, que era tan característico en él y causaba tanta admiración entre los otros adolescentes de su escuela. Los tíos y primos lo recibieron emocionados, una gran sonrisa dejaba al descubierto unos dientes blancos como granos de choclo, «como los míos», pensó desolado Seba.

Al llegar a la casa la percibió como un lugar chato, no como la suya de dos plantas. Era toda marrón, las paredes de barro cocido, los pisos de tierra asentada por el tiempo, las tejas llenas de arena y yuyos amarillentos que demostraban la antigüedad de su construcción. Una triste acequia pasaba por uno de los costados. En el patio, a la sombra de un gran molle, dormitaban los perros que no eran de ninguna raza, solo de la calle que los mezclaba entre sí. Subiendo un poco la ladera del cerro, que lindaba con el fondo de la casa, se veía un corral donde se amontonaban los chivos.

Las habitaciones eran amplias, de ventanas chiquitas, tapadas por telas gruesas tejidas en el telar de su tía, al igual que las mantas que cubrían las camas. Él dormiría con su primo Lalo. Tenían la misma edad pero eran totalmente distintos, al menos eso pensaba Seba. De las comidas ni hablar, eran diferentes de las que preparaba su mamá, ni milanesas, pizzas o hamburguesas. En su lugar comían locros, guisos picantes con habas y mucha papa, carne de cordero, charqui, chalona. Pero los quesos de cabra, empanadas cocidas en el horno de barro y pan casero estaban buenos.

El primer día casi se cae de la cama del susto cuando cantaron los gallos y Lalo lo apremió a levantarse. Era de noche aún, pero todos estaban haciendo sus quehaceres. Llevarían a pastorear a los chivos, la tía ya les tenía preparado el desayuno, les dio unos bollos y queso para que se lleven por el camino. Seba no

tenía muchas ganas de ir, pero el día anterior había descubierto que en ese pueblo no había Internet ni señal satelital para que funcione su teléfono celular. Así que resignado siguió a su primo. Cuando regresó a casa de sus tíos Seba tuvo que reconocer lo mucho que se había divertido, habían corrido, silbado para que no se alejen los chivos, ¡hasta tomó del agua del arroyo que bajaba del cerro! En su vida había probado un agua tan fresca y deliciosa. El sol había calentado y dado color a su cara. Al sentarse a la mesa se encontró devorando los manjares que había preparado su tía. Durmió la siesta por primera vez y, al despertarse, miró todo con otros ojos. A partir de ese momento, Seba fue el primero en colaborar, no quería perderse nada. Todo era nuevo para él.

Ayudaron en la preparación de la chicha que se tomaría para el carnaval. Reemplazó a su tía en la molienda del maíz, acompañó a su tío a buscar la gigantesca bolsa de harina y los cajones de cerveza que se necesitaban para despertar al Pujllay. El diablo carnavalero despertaría a unos días de desenfreno y alegría, azuzando con su cola de látigo a todos los pueblerinos para que no se duerma la algarabía que caracterizaba sus escasos días de vida.

Pasó el jueves de los compadres, donde los hombres se reunían a coplear en honor al carnaval que llegaba. También pasó el jueves de las comadres, quienes bautizaron a un muñeco de pan que llamaban guagua y coplearon burlándose de los hombres. Seba preguntaba todo y todo aprendía.

El día del desentierro llegó. Muy temprano por la mañana la gente del pueblo se encaminó a una de las laderas de los cerros que enmarcaban al pueblo. Al frente de la caravana marchaba el que lideraba la comparsa. Con mucha seriedad llegaron hasta un lugar donde estaban amontonadas muchas piedras, superpuestas, formando el mojón. Lo rociaron con las bebidas alcohólicas, esparcieron por encima las hojas de coca, lo rodearon de serpentinas y sembraron de papel picado, prendieron cigarrillos y los dejaron con el filtro en la tierra para que fume la Pachamama. A ella trataban de conformar para que deje salir de sus entrañas al diablo del carnaval. Las mujeres se tomaron del brazo y giraron en torno a la apacheta al son de las anatas, flautas que ejecutaban los hombres, y los niños las enharinaban a cada vuelta. La alegría estalló cuando el hombre que dirigía la comparsa sacó de entre las piedras un muñeco vestido de muchos colores fuertes ¡El Pujllay! exclamaron, y la fiesta comenzó. Todos dejaron sus rostros apagados y bailaron festejando la llegada del carnaval.

Seba, enharinado, con una ramita de albahaca detrás de su oreja y el pelo lleno de pintura, bailó y rió toda la jornada. La alegría, lo sabía muy bien ahora, era porque al fin se había encontrado. Sus orígenes, sus antepasados, su gente, su lugar en el mundo estaban allí.

El cuadro del lago de Como

Yvette Schryer

Escritora argentina (1932). Reside en Israel desde 1970. Estudió filosofía y letras en Buenos Aires. Ha publicado los libros de cuentos *Un ramo de prosas* (Editorial Índigo, París, 2003) y *Prosas compartidas* (Editorial Dorgraf, Tel Aviv, 2007). Madre de 2 y abuela de 6. Habla italiano, francés y hebreo. Imparte en Israel lecciones de castellano y dirige un taller de escritura creativa en castellano.

Está en mi estudio. Lo acaricio cada día con la mirada. Y si lo puse en una pared lateral fue para que nadie lo notara. Está allí, intacto, intenso, vivo, como mi recuerdo. Es la prueba de que una vez tuve diecisiete años y su presencia me ayuda a comprender los saltos de humor de mis hijos adolescentes.

Ilustración: Corbis

El cuadro del lago de Como

Yvette Schryer

Está en mi estudio. Lo acaricio cada día con la mirada. Y si lo puse en una pared lateral fue para que nadie lo notara. Está allí, intacto, intenso, vivo, como mi recuerdo. Es la prueba de que una vez tuve diecisiete años y su presencia me ayuda a comprender los saltos de humor de mis hijos adolescentes.

«Il faut que jeunesse se passe», dice mi mujer cuando está perdiendo la paciencia con los mellizos. Repite lo que le decía a ella su madre, como si la juventud fuera como el sarampión o la varicela; una enfermedad con la cual no queda otro remedio que esperar con paciencia a que pase.

Cuando vuelvo la mirada a ese adolescente que fui, tolero mejor a mis chiquilines malhumorados, con sus rebeldías e ingenuidades. A veces los compadezco porque sé que sufren realmente, pero espero que puedan sacar lo dulce e irrepetible del momento que están viviendo. La adolescencia con sus temblores e incertezas, sus dudas y sus entusiasmos es un momento mágico, como lo fue para mí ese verano de hace más de cincuenta años a orillas del lago de Como...

Me recorre un estremecimiento de voluptuosidad cuando evoco mi primera experiencia sexual... y a la mujer que me hizo saborear el sexo en la plenitud del placer auténtico, tierno, osado y desprovisto de vulgaridad.

Ella era quince años mayor que yo y aunque olvidé por mucho tiempo su nombre, conservé el recuerdo de la intensidad de sus ojos castaños, del suave tacto de su tez bronceada y la imagen del porte estatuario. Y el perfume... intenso, dulce, sensual, francés como ella.

Era cliente habitual de la pensión que tenían mis padres en el lago de Como.

Yo pasaba mis vacaciones allí. Trasnochaba con mis amigos y no me despertaba hasta el mediodía. Por las tardes ayudaba de mala gana en los quehaceres de la empresa familiar, pero los realizaba refunfuñando y descontento pensando que no era justo que mis padres no me dejaran disfrutar plenamente de mis vacaciones; había estudiado todo el año y merecía un descanso, ¿no? Ellos respondían a mis protestas con un silencio tolerante (como el mío de ahora) pero no me ahorraban los trabajos.

Me hice amigo de la mujer. Era el tercer año que venía a la pensión. La escuché decirle a mi madre que el niño (yo) se había convertido en un joven muy buen mozo. Me sentí muy seguro de mí mismo.

Las sensibles antenas de mi madre detectaron peligro y noté que trataba de darme ocupaciones que me mantuvieran alejado de la francesa, pero no podía evitar que, terminado el trabajo, nos encontráramos en el jardín donde también los otros huéspedes se sentaban esperando la hora de la cena.

Allí se gozaba de la mejor vista del lago.

Yo pintaba, empeñado en aprisionar en el lienzo las luces y los colores del ocaso, fundidos en el resplandor único de la superficie del agua. Mi padre difundía música suave por los altoparlantes; Mozart, generalmente.

Yo pintaba bastante mal, pero ponía toda mi alma en ello. Disfrutaba de la cercanía de la mujer que leía en silencio pero que de tanto en tanto cerraba el libro, dejando un dedo entre las hojas, para comentar algo con voz acariciante. Me trataba como a un igual y eso me gustaba. Comencé a tener la certeza de no serle indiferente, a pesar de nuestra diferencia de edad.

Cierto amanecer, cuando regresaba de la discoteca, la vi correr en bikini por la escollera; despojarme de mi ropa y zambullirme tras ella fue todo uno. Probablemente no era muy hermosa, pero al liberarse del corpiño de la malla, mientras buceábamos en el agua helada, sus senos me parecieron semejantes a las naranjas de la ilustración de un cuento de mi infancia: eran los frutos prodigiosos que daban fuerza y extraños poderes al héroe que conseguía obtenerlos. Los buscaba, los atrapaba, se escabullían de mis manos según sus movimientos, cómplices del vaivén del agua.

Esa madrugada nos amamos y nos amamos muchas madrugadas más.

Al finalizar el verano, ella regresó a Lyon. Le prometí que le enviaría el cuadro y ella me aseguró que volvería a Italia el próximo verano.

Yo le envié el cuadro pero ella no cumplió su promesa.

Pasaron casi cincuenta años desde entonces y hace unas semanas mi cuadro del lago llegó a mis manos acompañado por la carta de un abogado de Lyon: era el legado de una señora que no había olvidado mi nombre.

Cosas de vieja

Fernando Sorrentino

Escritor argentino (Buenos Aires, 1942). Es profesor de lengua y literatura. Ha publicado, entre otros, los libros de cuentos *Imperios y servidumbres* (Seix Barral, 1972; reedición, Torres Agüero Editor, 1992), *El mejor de los mundos posibles* (Plus Ultra, 1976; 2º Premio Municipal de Literatura), *El rigor de las desdichas* (Ediciones del Dock, 1994; 2º Premio Municipal de Literatura), *La corrección de los corderos, y otros cuentos improbables* (Editorial Abismo, Buenos Aires, 2002), *Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza* (Ediciones Carena, Barcelona, España, 2005), *El regreso. Y otros cuentos inquietantes* (Editorial Estrada, Buenos Aires, 2005), *En defensa propia / El rigor de las desdichas* (Editorial Los Cuadernos de Odiseo, Buenos Aires, 2005), *Costumbres del alcaucil* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008), *El crimen de san Alberto* (Editorial Losada, Buenos Aires, 2008) y *El centro de la telaraña, y otros cuentos de crimen y misterio* (Editorial Longseller, Buenos Aires, 2008); la novela *Sanitarios centenarios* (Plus Ultra, 1979; reedición, Editorial Sudamericana, 2000); la *nouvelle Crónica costumbrista* (Pluma Alta, 1992; reeditada como *Costumbres de los muertos*, Colihue, 1996); los libros de relatos para niños o adolescentes *Cuentos del Mentiroso* (Plus Ultra, 1978; Faja de Honor de la Sade; reedición, Norma, 2002), *Historias de María Sapa y Fortunato* (Sudamericana, 1995; Premio Fantasía Infantil 1996; reedición, Santillana, 2001), *El que se enoja, pierde* (El Ateneo, 1999), *El Viejo que Todo lo Sabe* (Santillana, 2001) y *Burladores burlados* (Editorial Crecer Creando, Buenos Aires, 2006); los libros de entrevistas *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges* (Casa Pardo, 1974; reediciones, El Ateneo, 1996, 2001, y Losada, 2007) y *Siete conversaciones con Adolfo Bioy Casares* (Sudamericana, 1992; reedición, El Ateneo, 2001, y Losada, 2007). Libros suyos han sido traducidos al inglés, al portugués, al italiano, al alemán, al polaco, al chino, al vietnamita y al tamil.

***En la casa había también un altillo, pero como en él dormía la Coca, ya no era altillo sino* dormitorio; *aunque la abuela lo llamaba* el cuarto de la muchacha *(y además decía* tránguay *por tranvía y* botines *por zapatos, y el subte de Primera Junta para ella era siempre* el Anglo).**

Fotografía: JGJ

Cosas de vieja

Fernando Sorrentino

En esos días de lluvia, Mario se empeñaba en que quería comer buñuelos preparados por la abuela. Ella, con halagada sonrisa, consentía sin dificultad, y mandaba a la Coca a limpiar las pelusas debajo de los roperos o a ordenar el cuartito de las cosas inservibles: tal era su sistema para quedarse dueña absoluta de la cocina. En la casa tan grande, tan oscura, tan sola, yo podía elegir entre permanecer mirando cómo las manos venosas de la abuela elaboraban prolija y lentamente los buñuelos (que ella llamaba *biñuelos),* o irme con la Coca a verla acomodar los trastos del cuartito de las cosas inservibles. La Coca lo llamaba *altillo,* pero yo sabía bien, por el *Pequeño Larousse Ilustrado,* que un altillo no podía hallarse en la planta baja, en un rinconcito cuya ventana daba a los límites del jardín, junto a la medianera de ladrillos, un lugarcito muy callado y húmedo donde había una plancha rectangular de hierro oxidado, unos azulejos floreados y una canilla para regar el jardín. Aunque el grifo carecía de llave y, de todos modos, nadie regaba el jardín, y ni siquiera era un jardín: no tenía plantas ni flores de cultivo, pero sí yuyos y enredaderas heterogéneas, bichos bolita, hormigas, charcos, sapos y lauchas.

Creo que yo ya tenía catorce años cuando supe cuál era el aspecto exterior de la casa. Yo casi nunca salía y, en ese caso, iba y volvía por la misma vereda de la casa, de modo tal que sabía de memoria los edificios de enfrente pero no conocía el que me guardaba desde que nací. Una vez se me ocurrió no hacer otros ángulos que los rectos, sin cruzar en diagonal ninguna calle. Caminé desde la esquina por la acera de enfrente. Por la izquierda superaba verjas de alambre o de hierro y confusas vegetaciones; por la derecha, cada tantos metros, se renovaba un árbol prisionero en un cuadrado de tierra. En primavera y en verano las ramas se juntaban en el cielo, y el sol pasaba apenas, en retacitos, como a través de un inquieto y fresco cedazo. Pero ese día era invierno y era el atardecer. Tan triste todo, con un vientecito desganado, mudo, la calle vacía y esas lucecitas, que salían ya como apagadas de salas de techos altísimos. No sé por qué, me daban

como unas ganas de llorar, y en seguida pensé en Mirta, una chica, mayor que yo, que estudiaba en mi colegio. Yo estaba sobre mosaicos azules y blancos —uno blanco y otro azul—, con nueve cuadraditos en sobrerrelieve, y una página sucia de *El Gráfico* iba a volarse a caballo del viento. La pisé a tiempo y, sin inclinarme, leí «Musimessi, figura en Newell's». Lo liberé, y el papel salió arrastrándose con un gemido áspero, y fue a encallar en el agua servida. ¡Qué lúgubre, mi casa! Apenas si se veía. Enredaderas mustias y oscuras cubrían la verja negra y oxidada; detrás, palmeras grises, pinos descascarados y el omnipotente gomero ni dejaban asomar la osamenta opaca de nuestra casa, cuyas paredes eran mapas de grietas y manchas. Pero contra el cielo blanco se recortaba el puntiagudo techo a dos aguas, techo de tejas que habían sido rojas y ahora eran violetas o del color del barro.

En la casa había también un altillo, pero como en él dormía la Coca, ya no era altillo sino *dormitorio;* aunque la abuela lo llamaba *el cuarto de la muchacha* (y además decía *tránguay* por tranvía y *botines* por zapatos, y el subte de Primera Junta para ella era siempre *el Anglo).* A mí me gustaba esa piecita con el cielo raso en V invertida y gruesas vigas de madera oscura. Sobre un banquito de cocina señoreaba una radio muy antigua, muy alta, muy poco audible, en la que cada noche ella escuchaba el radioteatro de Radio El Mundo. Usurpaba media habitación un inmenso ropero de caoba, de tres cuerpos, con un espejo ovalado. Al abrir la puerta, sujetos con chin-ches, estaban: Gardel, vestido de gaucho celes-te; Robert Taylor, de *cowboy;* y Ángel Magaña, de saco y moñito; también una estampita de la Virgen de Luján y otra de Ceferino Namuncurá. De la pared colgaba una fotografía coloreada (el día de su casamiento con Ricardo), donde la Coca casi no era la Coca, con ese peinado tan alto y esos labios tan rojos y tan finitos. Sobre el mármol de la mesita de luz había un frasco de agua de Colonia y una barrita de azufre. Sin embargo, lo mejor del cuarto era una ventanita circular, como si fuera un ojo de buey, que se abría, por mitades, en dos vidrios rosados.

Por eso, cuando se decía que la Coca iba a limpiar el altillo, significaba, en realidad, que iba a ordenar el cuarto de las cosas inservibles. Mucho le agradaba a la abuela que Mario le pidiese buñuelos, no tanto porque le gustara prepararlos, sino más bien porque así recuperaba un poco de la importancia que tuvo en otros años, cuando era ella quien dirigía todas las cosas de la casa, cuando todavía no habían empezado a dejarla a un lado. Claro que, como chocheaba (arteriosclerosis, ochenta y seis años), no era injustificado que tuviese manías, no era extraño que se confundiese y olvidase, no era censurable que a veces mintiera o inventara. El doctor Calvino afirmó que eran cosas de la edad; para ello no existía solución científica y simplemente había que admitir la situación

tal cual. Sea como fuere, de todos modos la abuela era adorable y no molestaba a nadie. Pasaba las tardes de otoño e invierno con una pañoleta en las rodillas y una bufanda en los hombros, hamacándose en la enorme mecedora, que, sin embargo, perdida en la interminable sala empapelada de flores lilas y pájaros verdosos, parecía pequeña. Allí, con las manos entrelazadas, pensaba quién sabe en qué, mirando a través de la mesa negra y ovalada, cubierta siempre por una carpeta cruda tejida al crochet. Cuando no, limpiaba todos los objetos metálicos de la casa hasta darles un brillo enceguecedor, y ese brillo era como un escándalo entre cosas tan opacas y melancólicas. Yo solía buscarle candelabros de bronce o fruteras de plata, pero Mario me lo prohibió, considerando que así estimulaba el desarrollo de algo que podría denominarse manía. De cualquier manera, ahora que los días eran más templados, a la abuela se le había dado por vagar al atardecer por los rincones inexplorados del jardín, que lo eran casi todos; se sentaba, bien lejos de la casa, en una sillita de paja, hasta que al fin la Coca salía a buscarla y la obligaba a entrar, porque podía ser muy peligroso el rocío del anochecer. Convencerla de que se quedase en la sala era difícil, y cada día pasaba más horas en el jardín, generalmente cerca de la estatua destruida. El doctor Calvino aconsejó que se la dejara hacer su voluntad, pero cuidando de que no tomase frío, debido a la endeblez de sus bronquios.

Era cosa de no creer que, la noche de la tormenta de Santa Rosa, cuando Mario se levantó para asegurar las persianas, la abuela ambulara por el jardín, bajo la lluvia y agitada, tenue planta como era, por el viento helado y furioso. El doctor Calvino diagnosticó pulmonía, y, ahora, a la chochera se agregó la fiebre, y la abuela empezó a delirar con los hombrecitos. ¿Los hombrecitos? Sí, los hombrecitos vestidos de calzón amarillo y chaqueta roja, que se empinaban sobre botas negras y muy altas, que se cubrían la cabeza con un bonete azul de terciopelo. Era inútil que la interrumpieran con la noticia de que Telma había tenido mellizos, o que tía Marcelina le mostrara las sábanas que acababa de bordar. La ciudad de los hombrecitos se llamaba Natania y constaba principalmente de bosques, torres y puentes; la ciudadela del rey y los tres ministerios estaban custodiados por leones alados y por toros con cabeza de águila. «¿Por estatuas de leones y de toros?». No, por leones y por toros de carne y hueso. El doctor Calvino puso esa cara tan especial que asumen los médicos amigos de la familia, y la casa fue paso obligado de remotos parientes, solidarios en la desdicha que ya llegaba. Cuando la sutil vidita de la abuela se acabó del todo, llegaron los de la funeraria con los absurdos ornamentos con que se recibe a la muerte. La capilla ardiente se erigió en la sala donde la abuela lustraba metales, y las manijas del ataúd brillaban casi como si ella misma las hubiera bruñido. Las dos hermanas casadas y la solterona la rememoraron joven, siempre tan guapa y dispuesta, y tíos escribanos o abogados consumían café y coñac, y calculaban las

posibilidades de Balbín-Frondizi frente a las de Perón-Quijano. Toda la noche contemplé rostros sucesivos (y a veces pensaba en Mirta) y, desertando del velorio, me interné en la maraña del jardín, entre rugosas palmeras y campanillas azules que se morían apenas se las arrancaba. Lloré, aunque despacito, de sólo recordarla por allí, con sus anteojos y su abrigo negro.

Mario permitió que la Coca, que estaba separada del Ricardo aquel de la foto coloreada, llevase a vivir consigo a un novio o cosa así, ahora que no estaba la abuela para escandalizarse. Resultó ser un individuo torvo, de poco pelo, malas maneras y ninguna palabra. Durante la primera semana, al volver de no sé dónde, siempre más o menos a la misma hora, pasó las tardes observando por la ventanita circular hacia la casa de enfrente. El sábado mostró poseer un perverso espíritu innovador: empezó a introducir toda clase de modificaciones y, con la venia de Mario, se ensañó en revolucionar todas las cosas, que estaban tan bien como estaban.

Proyectó comenzar con el jardín, nada menos: cortar malezas, sembrar césped, cultivar flores. Y entonces el jardín no sería otra cosa que un jardín, es decir, una cosa lisa y limpia y clara, y no un lugar misterioso y secreto. Yo ya no podría pensar y jugar en el rinconcito formado por la palmera más gruesa, el cerco de ligustros desordenados y la estatua tumbada y rota, cubierta de musgos y líquenes, como diría el manual de *Botánica* de primer año. Alrededor del pedestal de la estatua los yuyos habían crecido hasta ocultarlo por completo, pero debajo —si es que alguien lo podía levantar, ya que era pesadísimo— la tierra era plana y apelmazada en un círculo perfecto, y era en el círculo donde estaban los primeros accesos de comunicación. Hacía mucho tiempo que ese bloque de mármol estaba perdido en el jardín: ELISA Y MARIO, declaraban un corazoncito y una flecha medio borrosos, y Mario hacía más de veinte años que era viudo.

El perro de los vecinos retrasó el plan del novio de la Coca. Ladraba y lloraba día y noche; era un perro estúpido e insoportable y, en efecto, él no pudo soportarlo: en un rasgo muy típico de su manera de resolver los problemas, le arrojó carne envenenada por encima de la medianera. Los vecinos —que también, aunque por otras razones, eran gente desagradable— formularon la denuncia a la policía, y él tuvo que pasarse dos días en la comisaría. Al volver, prefirió remozar el interior de la casa. Ya Mario estaba muy viejo y no influía en absoluto; era un trasto más que, en lugar de ocupar un sitio en el cuartito de las cosas inservibles, lo ocupaba en la biblioteca: con esmerada caligrafía antigua, en un cuaderno escolar copiaba —¿por qué?, ¿para qué?— poesías románticas o altisonantes. Pero las semanas iban pasando, y el sujeto ya terminaba de renovar y pintar toda la casa, unos colores cada vez más claros y luminosos, y en seguida atacaría el jardín. Empezó a limpiarlo avanzando en un círculo cuyo centro era la casa.

Cierto que faltaban muchos metros hasta la estatua, y que aún me quedaba algún tiempo para conversar y enterarme de otros detalles. Mientras tanto, él arrancó las primeras malezas, eliminó las latas y las piedras que se habían acumulado a través de más de veinticinco años de desidia, mató infinidad de sapos inocentes, y trazó así la primera vuelta del círculo. Por suerte, día a día el avance se hacía más lento, pues las nuevas circunferencias eran cada vez mayores. En el colegio yo me hallaba nerviosísimo pensando que ya estaría llegando al pino Julio (mirándolo desde un ángulo muy preciso, los nudos rezaban JULIO), y, en efecto, había llegado: la tierra ya estaba perfectamente desbrozada y alisada a su alrededor. Ellos ya habían comenzado una ordenada migración y, aunque me debían el aviso, nunca consintieron en decirme a dónde irían a instalarse. Para peor de males, el domingo se privó de su habitual tertulia y partida de billar con sus amigos, esos tipejos del café, seres de pucho en los labios, y permaneció en el jardín tomando mate con la Coca y leyendo las mentiras del diario, de modo que nada pude adelantar. Al otro día me esperaba una prueba escrita de zoología, y yo no podía concentrarme, se me iban los ojos por la ventana. No estaba de humor para la ameba y el paramecio; no estaba para pensar en esas estupideces, teniendo la certeza de que el lunes llegaría inevitablemente al pedestal. A las dos de la mañana fui a despedirme, y quedé tan nervioso que ya no pude pegar un ojo. De zoología no me acordaba nada; traté de copiarme y la profesora me sorprendió y me quitó la hoja. Por fin, entonces, en el banco del colegio, pude quedar cómodo y desocupado para poder recordar una vez más a los hombrecitos vestidos de calzón amarillo y chaqueta roja que se empinaban sobre botas negras y muy altas, que se cubrían la cabeza con un bonete azul de terciopelo.

[De *Imperios y servidumbres*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1972.]

El *Sixteen sixteen*

María Celeste
Vargas Martínez

Escritora y periodista mexicana (México, DF, 1976). Es licenciada en periodismo y comunicación colectiva por la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam), Campus Acatlán. Actualmente es especialista en estudios sobre animación. Tiene inéditos los libros *Animando un siglo... Historia mundial del dibujo animado* y *Hecho en México, historia de la animación mexicana*. Ha impartido conferencias sobre animación, cómic y literatura en diversas universidades. Textos suyos han sido publicados en *Ciberayllu, Ariadna, Destiempos, Remolinos* y *Caminos Abiertos,* así como en la revista *Visión Universitaria* (México, 2006), entre otras.

A partir de esa noche nadie volvió a llamarlo por su nombre, se le quedó el mote de* El Sixteen sixteen *y pronto la voz se corrió. Algunos de los antiguos amigos decidieron alejarse, pues él llegó a enseñarles lo que había aprendido en* el otro lado. *Para esos años, la diminuta semilla que tiempo atrás empezaba a germinar, ya se había convertido en una enorme planta que se extendía, voraz y aprisa, para cubrir todo.

Ilustración: ImageZoo

El *Sixteen sixteen*

María Celeste Vargas Martínez

«Lo importante no es lo que nos hace el destino,
sino lo que nosotros hacemos de él».

Florence Nightingale

Oculto en ese estrecho callejón, se llevó la mano temblorosa a la boca. Sus labios húmedos aspiraron lentamente para después lanzar el humo que se mezcló con el viento ligero de esa noche. Temblaba como la primera vez. Con su mano izquierda sostenía el cigarro, mientras la derecha aguardaba inquieta en ese viejo morral negro, tejido y sucio, que siempre llevaba colgado. Escuchó un ruido y discretamente se asomó: un par de niños corrían calle abajo pateando un bote. Volvió a fumar. Bajó la vista y observó sus tenis no muy limpios, sus pies sin calcetines y su bermuda café. Respiró, pues en su pecho parecía que el corazón pronto saldría huyendo. Limpió su mano sudorosa en la playera negra.

—No seas idiota... Es uno más —se dijo mientras con la mano que sostenía el cigarro se golpeaba el pecho.

Nunca se había sentido así, quizá el sobresalto se debía a que ahora se trataba de alguien conocido. Por un momento, la indiferencia lo había abandonado. Pensó en él, su sonrisa chimuela en su rostro delgado y sus ojos negros llenos de luz: Marco fue su amigo. Su pie derecho comenzó a golpear el piso ligeramente, sentía que llevaba mucho tiempo en ese callejón. Nuevamente otro sonido, se quedó quieto y después, lentamente, volvió a mirar la calle: vio una delgada figura caminado por la acera. «Es él», pensó y lanzó el cigarro al piso para inmediatamente aplastarlo.

Respiró profundo.

Su mano derecha, inquieta y deseosa por salir, se quedó firme en el morral. Los pasos se escucharon más cerca, Marco se detuvo por un instante cuando

sintió que el ruido de la ciudad desaparecía y sus oídos se llenaban de ese extraño silencio que llega en los momentos donde la vida señala que se debe estar alerta. Observó en todas direcciones, pero la calle estaba vacía. Siguió caminando y subió a la banqueta para esquivar un par de baches que había en la calle sin pavimentar. Un poste de madera, de donde pendía un destartalado teléfono público, se encontraba a unos metros, cual guardián inclinado a punto de caer de cansancio. El sonido de los pasos aumentó y él supo que estaba a la distancia requerida: salió del callejón. Marco se sobresaltó.

—¿Alonso?... Me asustaste, cuate... ¿Qué onda? Me dijeron que ya habías regresado, pero no te había visto... Hace un año que llegaste, ¿verdad? —dijo deteniéndose de súbito.

Por unos segundos guardó silencio y su mano siguió resguardada en el morral: ya nadie le decía Alonso. Al escuchar el nombre en los labios de él, pareció oír la voz de su madre cuando lo llamaba a comer. Cerró los ojos y pensó en ella, olvidada en las frías tierras de ese país lejano donde sus padres lo habían llevado a vivir tiempo atrás cuando apenas tenía once años. Su padre, un comerciante respetado de la colonia, había decidido huir del país cuando Román, su hijo mayor, murió a manos de unos secuestradores. Se lo llevaron un viernes al salir de la escuela, lo encontraron una semana después cerca de un canal de aguas negras. La familia, asustada por las múltiples amenazas de los criminales que la policía no había podido apresar, huyó a los Estados Unidos.

—Aquí ya no es seguro, cada vez hay más asaltos y muertos —argumentó su padre un día después de recibir una llamada telefónica.

Un mes más tarde, el país donde Alonso había crecido quedaba atrás. Por la ventanilla del autobús podía ver la enorme carretera, que cual animal hambriento devoraba el pasado y los recuerdos. Alonso no lloró, para él era una aventura.

En *el otro lado,* como el padre de Alonso le llamaba, una escuela multicultural abría sus puertas para que el recién llegado continuara estudiando: aprendió el idioma y entre peleas y desacuerdos entendió cómo funcionaba la vida en esos lugares. Sólo entonces empezó a añorar su escuela y sus amigos, y a extrañar México. La familia se fue cuando en el país la violencia comenzaba a nacer, apenas era una semilla que se abría paso en la tierra árida, una insignificante planta que se aferraba a crecer y extenderse. En esos años los muertos eran pocos: los medios no reparaban en ellos. ¿Quién podía detenerse en uno que otro cuerpo tirado en despoblado?

—Ya nadie me dice así... lo sabes —afirmó él.

El joven delgado y de cabello corto contempló a su viejo amigo y dirigió su mirada hacia su mano firme en el morral que atravesaba su hombro. Un hueco, profundo y doloroso, se adueñó de su estómago y subió a su pecho. Alonso observó los ojos de Marco, le recordaron a los de su madre antes de morir.

—Espero que algún día podamos regresar —le dijo ella en el hospital antes de que los médicos sacaran al niño y corrieran de un lado a otro tratando de ayudar a la mujer.

Cerró los ojos para olvidar lo de su madre. Su mano izquierda apretó su bermuda: no quería recordar.

—Lo sé, pero para mí siempre serás Alonso... Pasamos muy buenos momentos en la primaria... Marco y Alonso siempre juntos, ¿recuerdas cómo nos castigaba la maestra? —interrogó Marco.

Hasta Alonso llegaron las imágenes de los dos jugando en la escuela, las risas, las bromas, las travesuras a los profesores y ambos de pie en un rincón mientras todos jugaban en el patio. «¡Tranquilo, jugaremos más tarde al salir de la escuela!», le decía muy quedo Marco, sólo para reconfortarlo.

Después, el color se fue y se vio a sí mismo rodeado de un grupo en una calle de Los Ángeles. «Si en verdad quieres ser uno de los nuestros tienes que hacerlo», le gritó un hombre moreno que en un brazo lucía el tatuaje de una mujer desnuda. Alonso, de manos débiles entonces, contempló al joven frente a él, tirado sobre el piso, con el rostro descompuesto y en los ojos la súplica derramada. «¡Hazlo!», le volvió a gritar el hombre tatuado. Sus manos, temblorosas e inciertas, levantaron el arma y apuntaron al joven que seguía derribado. Éste sólo cerró los ojos: se escuchó un disparo. Alonso, con el rostro lleno de espanto, vio un hilo rojo correr por la calle. Tras de él, los gritos se hicieron y los brazos lo alzaron para festejarlo. Levantó la vista y contempló el arma en su mano aún temblorosa, entonces supo que jamás la dejaría.

Aquella noche comenzó su carrera al lado de esa pandilla que estaba dispuesta a acoger a un niño cansado de la pobreza y la difícil vida en el barrio.

Las peleas con los otros grupos eran constantes y a lo largo de los años jamás cesaron. En una noche mataron a cinco miembros de una pandilla y dejaron heridos a otros dos, fue entonces cuando la policía comenzó a buscarlo y cuando su padre tomó la decisión de regresarlo a México. Llegó a los dieciséis años, tratando de encontrarse con la gente que ya no sentía cerca.

—¡Miren, regresó Alonso! —dijo uno de sus amigos cuando lo vio una noche

arribar al parque donde solían reunirse.

—Pero cómo ha pasado el tiempo, hermano —señaló César mientras chocaba su mano con el recién llegado.

—Sí, y qué allá te dan *crecilac* o qué onda... Vaya que creciste —agregó el primero.

—No tanto —aclaró Alonso indiferente, no estaba seguro de querer estar en México.

—Bueno, al menos más alto que nosotros sí estás... ¿Cuántos años tienes ya? —preguntó Benito.

—Sixteen —dijo él sólo para apantallar al grupo, demostrarles que había aprendido inglés y, por lo tanto, que era mejor que ellos.

—¿Cuántos? —interrogó César.

—Sixteen... sixteen —aclaró alardeando y molesto Alonso.

—Sixteen sixteen, ja ja... ¡Qué chido!... Ahora resulta que ya te sientes gringo. Así son todos, nada más se van pa'allá y creen ser mejores que uno... ¡No te digo, mano! —afirmó Benito.

Las risas de todos inundaron el parque y a partir de esa noche nadie volvió a llamarlo por su nombre, se le quedó el mote de *El Sixteen sixteen* y pronto la voz se corrió. Algunos de los antiguos amigos decidieron alejarse, pues él llegó a enseñarles lo que había aprendido en *el otro lado.* Para esos años, la diminuta semilla que tiempo atrás empezaba a germinar, ya se había convertido en una enorme planta que se extendía, voraz y aprisa, para cubrir todo. Entonces, esos escuetos muertos ya eran más de cuarenta mil.

—Ha pasado el tiempo, ¿verdad? —interrogó Marco sin recibir respuesta.

Él seguía sumido en los recuerdos. Ahora, un año después de su llegada a México, la cifra de muertos había aumentado a sesenta mil: la violencia parecía no querer detenerse. Él comenzó a sentir suyas las tierras que había dejado y la violencia latente en cada esquina se le metía por las venas para recorrer abruptamente su cuerpo y llenarlo de energía.

Solo, con unos cuantos amigos que lo buscaban, empezó a frecuentar un billar donde siempre había alguien que fingía conocerlo y hasta ahí llegaban aquellos que deseaban contratarlo. Entonces, *El Sixteen sixteen* dejaba las bolas y la cerveza, y tranquilo se iba a una esquina a hacer negocios. En silencio, escu-

chaba a quien lo buscara, mientras fumaba su cigarro de marihuana.

—Ya sabes que son diez mil... pero es trabajo asegurado —decía decidido a aquellos que pretendían regatear por sus servicios.

—La mitad ahora y el resto después —argumentaban algunos.

—No, todo ahora, si no, no hay trato —afirmaba él.

—¡Pero, si me tranzas con la lana y no lo haces... o me engañas y me dices que sí lo hiciste y descubro que no..! —increpaban sus clientes.

—Tengo palabra y siempre cumplo... Mira —decía él mientras sacaba su teléfono celular y le mostraba al cliente fotografías de servicios pasados—. Te enseñaré la de él cuando lo haga, así ya no habrá desconfianza.

Sin más, el cliente pagaba y *El Sixteen sixteen* regresaba a la mesa a jugar sin pensar en nada.

Y esa noche, cuando salió al encuentro de su antiguo amigo Marco, cumplía con la solicitud de *El Negro:* «Ese güey me bajó a mi vieja. Se siente muy acá porque estudia la prepa, lo que no sabe es que nadie se mete con *El Negro»*, afirmó el adolescente moreno de cabello rizado, frente amplia y rostro marcado por la viruela, cuando en el billar contrató a *El Sixteen Sixteen*. Él se negó, pero *El Negro* duplicó la paga. El silencio se hizo, dudó, mas hacía tiempo que deseaba un celular nuevo y una televisión: aceptó.

—¿Qué te trae por mi colonia? —preguntó Marco nervioso y con temor por la respuesta.

—Ya sabes, trabajo —dijo él mientras sacaba su mano derecha del morral.

Una vieja arma quedó frente a Marco y un nudo se aferró a su garganta. Su corazón comenzó a latir tan rápido como el del joven frente a él y sus manos se humedecieron. No pudo correr.

—Pero somos amigos, estudiamos juntos —dijo Marco con voz entrecortada.

—Bisnes son bisnes —aclaró *El Sixteen sixteen* y jaló del gatillo.

Dos disparos rompieron el silencio, Marco cayó de bruces sobre la acera y *El Sixteen sixteen*, ya para entonces más tranquilo, guardó el arma y sacó su teléfono celular de una bolsa de su bermuda. Hizo un par de fotos y se marchó calle abajo, caminando sin prisa, mientras por la ventana veía a algunos vecinos vigilar. No le preocupó, sabía que nadie hablaría, pues en ese año que llevaba en

México, se había extendido su fama de asesinar aun sin motivo. Descendió a la calle principal y detuvo un taxi. Sus grandes ojos cafés, confundidos por la droga, se fijaron en las casas de ladrillos sin pintar de esa colonia olvidada por las promesas de los políticos. Sus labios rojos y gruesos esbozaron una sonrisa y sus dientes pequeños y discretos mordieron la piel blanca de su mano derecha: tenía un extraño sabor. El auto se perdió entre calles maltrechas rumbo al billar y él, que se había ido siendo un niño para regresar convertido en un sicario, fue devorado por la ciudad mientras aguardaba la llegada de un nuevo trabajo.

Cartas perdidas

Ulises Varsovia

Escritor chileno (Valparaíso, 1949). Es docente de español en la Universidad de St. Gallen (Suiza). Ha publicado más de veinte títulos de poesía desde 1974, en forma artesanal, y sus poemas han aparecido en más de sesenta revistas literarias de Latinoamérica y Europa, en español y en otros idiomas.

Dramáticas cartas de amor / escritas en la adolescencia, / oculto en la buhardilla / con tu impalpable desnudez, / bajo el peso estremecedor / de todas tus culpas humanas.

Ilustración: ImageZoo

Cartas perdidas

Ulises Varsovia

Dramáticas cartas de amor
escritas en la adolescencia,
oculto en la buhardilla
con tu impalpable desnudez,
bajo el peso estremecedor
de todas tus culpas humanas.

Nunca sabrás, temprana amada,
que un adolescente turbio
buscó refugio en el rincón
más sombrío de la casona,
y descargó allí su tensión
de hijo impuro de algún fantasma
pululante por los sótanos,

nunca sabrás qué palabras
trasvasaron mis sentidos
a la página desnuda,
envuelta en espesa ansiedad
mi conciencia de joven galán
turbado en su centro motriz,

ni nunca sabré qué escribí
en esas cartas perdidas
entre el polvo y el revuelo,
aquellas tardes brumosas
cuando el turbio adolescente
subió a la umbrosa buhardilla,
y confió al papel desnudo
sus húmedas tribulaciones
de hijo impuro desconcertado.

Letras adolescentes
es el libro conmemorativo de los 16 años de
Letralia, Tierra de Letras,
la revista de los escritores hispanoamericanos en Internet.
Fue publicado en *Editorial Letralia,*
espacio de difusión del libro digital,
el 20 de mayo de 2012.

Letras adolescentes

Varios autores

http://www.letralia.com/ed_let/16